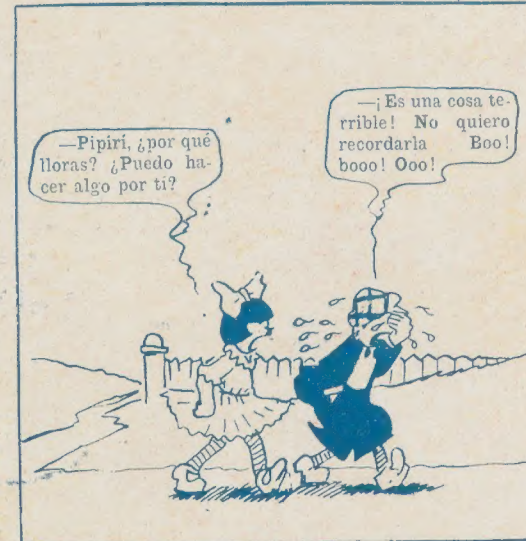
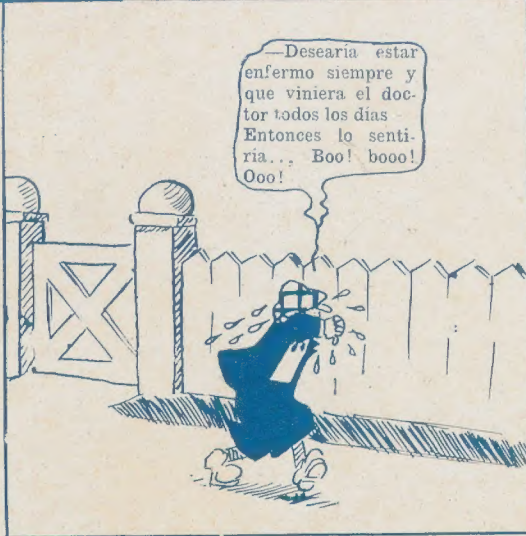


FRAY MOCHO



"BELLEZAS"





FRAY MOCHO



Año XV

Buenos Aires, 17 de agosto de 1926

N.º 747

Gertrude Ederle, cruzó el Canal, por Rojas



—¡Qué cosa bárbara! Todo el mundo no hace más que hablar de la señorita Ederle porque ha cruzado el Canal de la Mancha, y de mí que estoy cruzando una situación angustiosa nadie dice nada!...



—La famosa sufragista Carrie Chapman Catt, comentando el triunfo de la Ederle, dijo: "la mujer, hoy día, es muy superior a la de dos generaciones atrás. ¿Qué le parece a usted, que es hombre?"

—Que usted es más superior aún que la generación de hoy.



—“No saldré del agua hasta que usted no me saque”—dijo la señorita Ederle a su entrenador. Eso mismo le dije el domingo al vigilante que me llevó a la comisaría: “No saldré del vino hasta que usted no me saque del boliche”...



—¡Todo es cuestión de suerte! A la Gertrude Ederle, mientras estaba en el agua, los que le acompañaban le decían: “¡Adelante!” y de mí, que estoy con el agua al cuello, todos dicen: “¡Pérez se hunde! ¡Pérez se hunde!”



—Yo no sé por qué se hace tanto ruido alrededor de la proeza de cruzar el Canal a nado. Después de todo, ¿qué ha hecho la señorita Ederle?

—Nada.



Casi todos creemos haber librado de algún peligro por alguna casualidad; casi todos hemos visto, una vez al menos durante nuestra vida, inclinarse sobre el abismo el platillo de la balanza, y no volcarse, vencido ya, por milagro...

Pocos estarán de ello tan seguros con Matías Reñales, mocetón de pelo en pecho, que ejerce el desalmado oficio de guarda de consumos, y más veces anda a tiros que reza el rosario. Aparte de los lances del oficio, Matías suele encontrarse enredado en otros que nada tienen que ver con las gabelas del Ayuntamiento, pues Matías es más enamorado que dromedario africano, amén de celoso y matón y refidior sin jactancias, pero con derroches de valentía que rayan en bizarra temeridad; y a su manera, y dentro del círculo nada selecto de sus relaciones, Matías se procura una serie de emociones románticas, y se juega el pellejo con desgaire de guapo e indiferencia de fatalista.

—Porque, miusté — dijome en ocasión de haber venido a verme para pedirme cierta recomendación, la número quinientos mil de las que a toda hora lueven sobre todo el mundo, sea o no sea influyente — en no estando de allá... — y señaló, alzando el índice, al techo de mi escritorio. — Si está de allí, sale usted a la calle, hace viento, cae una teja e punta, le da en la cabeza... y a San Ginés.

Se me había olvidado que Matías, recriado en Madrid, es albaceteño, no sé si de la propia ciudad puñalera, seguramente de la provincia; y convendrá decir también que su tipo corresponde al del semimoro, bautizado, pero en el fondo incristianable, que con tal frecuencia encontramos en nuestras regiones del Mediodía. De arrogante figura, tez cetrina, ojos de fuego y terciopelo, barba de intenso negror y un bosque de descuidados rizos coronando la bella cabeza, Matías es grave y sentencioso a fuer de moro natural y ni se alaba de sus proezas, ni echa por tierra a nadie. Hay en él rastros simpáticos de la dignidad mahometana, sobre todo cuando insiste en lo estéril de los esfuerzos humanos para contrarrestar lo que está escrito. No emplea esta frase, pero el concepto sí.

Y tirando del hilo del concepto, vine a sacar el ovillo del episodio que aún hace erizarse el cabello de Matías.

—Era yo criatura de unos siete años, y vivía con mi madre [poética] en cá el agüelo, pac de mi pac, que era labrador. Yo no podía ayuar aún, porque no tenía fuerza, y mi quehacer era zamparme las golosinas y andar diableando. En la casa, además de mi madre y yo, estaba la otra nuera del agüelo y otros dos chiquillos, Roque y Melchorcico, hijos suyos. Mi tía se llamaba Tecla; mi madre Llanos — de la Virgen e los Llanos, que es la patrona el pueblo. — Las dos, mi tía y mi madre, habían enviudado a un tiempo, cuando el cólera. ¡Qué fué una compasión! Y el agüelo ¿qué quería usted que hiciese? Las recogió y las amparó... y tós comíamos.

Sólo que la comía a unos aprovechados y a otros parece que se les vuelve solimán. Mi tía Tecla era de esta casta. ¡Mujer más seca...! Parecía guindilla e sartal, o los gatos cuando pasan veinte días cerraos en un armario, que salen chupaos y echando lumbres. Gastaba un genio e vinagre, y andaba roía de rabia en vista de que sus dos criaturas no

acababan de medrar, mientras yo, hecho una manzana, más duro que una guija. Mi madre estaba desvanecida conmigo; al fin no tenía otra cosa a qué mirar en el mundo; y el agüelo — ¡caprichos de señores mayores! — se le caía la baba conmigo y me hartaba de mimos y me daba a escondidas la mejor fruta del huerto. Y miusté que yo comprendo las cosas; vamos, la que ha parío un par de chiquitines tan de Dios como cualquiera, y a más delicados, y ve que todo el cariño se lo lleva otro hijo e otra madre, — ¿cómo quíusté que se ponga? Como una pantera. Así andaba tía Tecla: unos ojos me echaba a escondidas, que yo corría a agazaparme en las faldas de mi madre temblando e susto.

Y no era muy medroso... Al contrario: más malo que un cabrito; siempre enzarzao en peleas y metiéndome a hacer hombrás fuera e

andaba buscándome toda angustia.

Por aquel entonces hizo mi agüelo una cosa ná buena, y lo digo aunque sea faltar y parezca ingrátitud, porque la gente de malos higaos se güelve repeor cuando la esesperan con demasiada poca justicia. Pues el agüelo, ¡Dios le haya perdonado! sintiendo que le pesaban los años, llamó a un escribano y dispuso de cuanto tenía: el huerto, los trastos e la casa y la labor, unas tierras... y tó en favor mío. A los chicos e tía Tecla, ni ésto. ¿Verdá que es pa irritar? Yo no me enteré, y aunque me enterase, ¿qué entiende un chico? Lo único, que tía Tecla se puso más feroz, y cuando me encontraba solo parecía que intentaba espezarme. ¡Qué lástima me dan los que pasan miedo! El miedo es cosa mala; es una enfermedad. Yo perdí el comer y me entró calentura.

EL DESTINO

Por Emília Pardo Bazán

LA ÚLTIMA CITA

Tarde ya, casi al filo de la noche,
Lo aguardo en el jardín con luna nueva:
Pero las horas pasan
Y él no llega...

El otro amor fué igual, y cuando vino
— ¡Oh inefable sorpresa! —
El otoño había vuelto y no quedaba
Ni un capullo de rosa en la alameda...

Entonces, solo, entre los arcos de agua,
Inútilmente recorrió las sendas,
Pronunció un dulce nombre y al marcharse,
Vió rodar a sus pies las hojas secas...

Por eso, distraído caminante,
Nunca será puntal, en consecuencia:
El corazón lo sabe y, sin embargo,
Hoy, como ayer, en éxtasis, lo espera!

Santos Aguilera

tino, tirando pedrás al mismo sol y rompiendo la crisma a zagalones que me llevaban la caeza de altos. Pero elante tía Tecla me entraba un canguelo que se me quitaban el habla y la acción. Era como aquel que ve una serpiente desmesurá, y en igual de echá a correr se quea quieto, esperando la mordeura. Tía Tecla me encantaba con los ojos e basilismo que siempre me estaba flechando; y es que por los ojos aquellos salía un aborrecimiento tan de aentro de la entraña, que me parecían las hojas e dos puñales metiéndoseme por el corazón a partirmelo. Como me la echaba de guapo, vergüenza me daría de ecirle a madre que tenía un miedo tan horroso; pero juraría que a ella le pasaba otro tanto, ¡proecilla! y cá vez que yo me apartaba un minuto,

Era una murria, que tó el día me lo pasaba acurrucao a la vera la lumbre cerca el fogón. Estío era, y yo tiritaba. El sangraor ijo que aquello venía e la humidá de la cequia; pero sí, ¡buena humidá! Mi madre me armó una especie e cama con un colchón y una colcha de percal, y de allí costaba trabajo sacarme. El agüelo juraba que una bruja me había ido fuera a tomar sol. Y cátese que uno de los chicos de tía Tecla, Roquillo, el mayor, que era de mi edad y se espepitaba

por mí, viéndome acostao con la cara tapá por la colcha me sacudió y me dijo: "Matías, ¿sabes que ha parío la perra? ¡Seis cachorros tiene! y está tan celosa, que no me atrevo a cogerle uno. ¿Te atreves tú?" Yo he tenido siempre la debilidad de que cuando me preguntan si me atrevo, me atrevería me parece a encarmarme con Dios.

Contesté "ahora mismo", y salté de mi colchón. El chico — no sé por qué; ¡las veces que he pensado por qué pudo ser aquello! ¡cosas de la suerte del hombre! — va y dice: "Pues yo, para que no me escubran, aquí en tu sitio me escondo". Y se cuela en mi cama, y sube la colcha como yo, igualito...

Voy al cobertizo, me yego a la Pulia, me enzarzo con ella, me clava los dientes en este brazo, me saca un dedazo de pellejo, — ¡lo que son las madres pa defender la cría! — agarro uno e los perriyos, ciegos aún, un canelo precioso, cierrro la cancilla y a escape me vuelvo a la cocina.

E la puerta me paro clavao de susto; ¡tía Tecla estaba ahí! Me quedo estatua. Con la perra, bueno; pero con la mujer... Y así, agachafito, la veo que tienta en mi cama, — y el primo callao. Entonces ¡Virgen de los Llanos!, la veo que agarra por las asas el caldero e la lejía, hirviendo a tó hervir, que lo alza en peso, que se vuelve, que se acerca a la cama, y que de pronto... ¡zás! lo suerta encima de golpe... ¡Si vieses usted lo que pasó antes de morir aquella criatura, es-caldá viva!

Y ahí tiene usted por qué luego he crefo que lo que está de allí... — añadió Matías con relampagueos de espanto en las pupilas al recuerdo de la tragedia.

Coronas antiguas

En el Museo Arqueológico de Ancona se conservan tres magníficas coronas de oro, que datan del siglo IV, antes de Jesucristo, y que fueron descubiertas en otras tantas tumbas de la necrópolis de Montegostino, la antigua Ortona.

Estas coronas son ejemplares únicos en la orfebrería, y pertenecen a la antigua civilización picentina; porque, si bien, con arreglo a la clasificación hecha de las joyas del Museo de Ancona, corresponden todas ellas al período denominado gálico, ha de tenerse en cuenta la gran originalidad del arte picentino antes de la invasión del país por los galos. Por otra parte, la cultura gala en Italia tenía por base la cultura picentina, y después sobrevino la influencia greco-etrusca.

Como es sabido, los picentinos constituían un pueblo antiguo de Italia, de raza Sabellia, que habitaban entre Camponia y Lucanier y la costa del golfo de Poridonia en la parte que hoy corresponde al noroeste de la provincia de Salerno. En el año 258 (antes de J. C.) fueron vencidos en una sola campaña por los romanos, y permanecieron tranquilos hasta el año 91 antes de la era cristiana, en que se levantaron contra Roma.



SINTÉTICAS

FALTA UN ESPECIALISTA

El ministerio de Agricultura ha creído conveniente contratar en Bélgica, por cuenta del gobierno nacional, los servicios de un especialista en las labores de la poda, a fin de que se encargue de dirigir, entre nosotros, los trabajos de dicha operación agrícola.

Esta medida ha provocado la censura de algunos órganos periodísticos y la protesta de los técnicos en la materia que se han creído menoscabados en su profesión por la antedicha resolución ministerial.

Sin embargo, creemos que el ministro de Agricultura ha tenido una feliz idea, y por ello aplaudimos sin reservas su acertado propósito de traer un buen podador. Hace tiempo que el país está necesitando precisamente alguien que sepa manejar una bien afilada podadera. La vegetación parasitaria que invade la administración pública, los grandes despilfarros que absorben buena parte del presupuesto nacional, etcétera, no hallarían nada más adecuado, que la acción vigorosa de un experto, capaz de librar al erario de tan dañina exuberancia boscosa.

VERDADES CIENTÍFICAS

En Offenbach (Hesse), acaba de ser destituido un maestro de escuela acusado de herejía y blasfemia, por haber enseñado a sus discípulos, al tratar de la teoría de la evolución, que el hombre descende del mono.

Según se nos asegura, en nuestros círculos profesionales ha surgido la iniciativa de exteriorizar un sentimiento de adhesión y simpatía hacia el citado educacionista alemán, transmitiéndole el siguiente cablegrama: "Junto con la protesta por su injusta destitución, enviámosle las seguridades de nuestra solidaridad y entusiasta adhesión a su postulado científico proclamando verdades incontrovertibles sobre nuestra ascendencia genealógica, que hoy se hallan perfectamente comprobadas por testimonios vivientes" J. S. Salinas, etc., (Siguen las firmas, a las que agregamos la nuestra).

LOS ASESINOS DEL ARTE

El compositor inglés Nicolás Corviello, que días pasados llegó a Nueva York, tuvo la mala ocurrencia de asistir a un cabaret, con objeto de oír un reputado "jazz-band". De pronto, los músicos empezaron a tocar una composición de la que es autor el señor Corviello; y la ejecución fué tan desastrosa que el anciano compositor se levantó rojo de cólera, exclamando: "¡Eso no es música! ¡Eso es...!" No pudo terminar la frase porque cayó al suelo, presa de un síncope mortal, y falleció en el acto.

Como se ve, estos malhechores del arte, para los cuales debiera existir un código que castigase sus atentados, constituyen un verdadero peligro. Hay, pues, que cuidarse de ciertas ejecuciones melódicas, declamaciones poéticas, etcétera, cuyos efectos suelen ser iguales a los de las ametralladoras.

OFERTA Y DEMANDA

En Bristol (Inglaterra), William Britton sufrió graves quemaduras. Los médicos que le asistieron consideraron necesario practicarle injertos de piel, a cuyo efecto se solicitaron, por medio de anuncios, personas que se prestasen a suministrar trozos de epidermis. Al llamado respondieron ciento veinte personas, ofreciéndose desinteresadamente para la operación del trasplante, gracias a cuya generosidad pudo salvarse el enfermo.

Entre nosotros, un señor que tuvo la desgracia de romperse una pierna al bajar de un tranvía, se hizo pagar cuatro mil y pico de pesos por el miembro fracturado.

He ahí un indicio de que la carne argentina vale mucho más que la inglesa.



—¡Jura que no dirás nada a nadie!

La voz de Dionisia Lanfranchi, llegó hasta mí, amortiguada, como con sordina, a través del velo de niebla amarillenta que nos envolvía.

Nos encontrábamos en la "Sala de pulverización" de las termas de Salvomaggiore; a nuestro alrededor había grupos de personas respirando el milagroso polvillo dorado, y en aquel fantástico resplandor parecíamos todos fantasmas.

Mientras esperábamos que la condesa Lanfranchi saliese de "Bain de Jouvence", — así denomina ella al fangoso flúido en que todos los días y por espacio de veinte minutos sumerge su esbelto cuerpo, — Dionisia inclinándose hacia mí repitió la misteriosa recomendación:

—¡Jura que no dirás nada a nadie!

Yo lo juro. Juro sin escrúpulos ni dificultad, pensando que, según los franceses, entre mujeres y entre amantes, "jurer, ça n'engage a rien".

Entonces Dionisia me hizo esta revelación:

—He mandado un retrato mío a un concurso de belleza.

—¿Sí?

—Sí. Al gran concurso internacional de belleza, realizado por el "Herald de París".

—¿Y qué?

—Que... He ganado el primer premio.

El hecho no me extrañó: la belleza de Dionisia era indiscutible; es una belleza que deslumbra, que exaspera a las mujeres y subyuga a los hombres. Pero mi imaginación preveía ya las consecuencias de aquel acto.

Conozco bien al conde Lanfranchi y temo por Dionisia sus iras.

—¿Y tu padre, qué dice a eso?

—¿Mi padre?... No sabe nada... Ni mi madre tampoco... Pobre de mí si lo supiesen. Con sus ideas arcaicas y solemnes.

—Pero, ¿cómo vas a ocultárselo? Tu retrato aparecerá en todos los diarios.

—Lo sé, — respondió riendo, Dionisia. — Pero no con mi nombre. He adoptado uno de fantasía. Y sacando de su bolso un ejemplar del "Herald de París", me lo alargó. En el centro de la primera página se destacaba en grandes proporciones y nítidamente impreso el retrato de Dionisia; la pequeña boca semilunar, los grandes ojos sombreados por las largas pestañas... Y debajo, con grandes caracteres, leo, no sin sorpresa: "Alda Kolli, vencedora en el Concurso Mundial de Belleza".

—¡Alda Kolly! — exclamo aterrada. — ¿Pero de dónde diablos has sacado ese nombre?

—De una lista de pasajeros que he encontrado en la sala de lectura; es de hace dos años... ¿Por qué me miras así?

—Pero, ¿has hecho eso?

—¿Y por qué no? Mi primo Freddy Lovell, el novelista, toma siempre el nombre de sus personajes en la lista de los pasajeros de los hoteles suizos.

—Pero aquí no estamos en Suiza... Y Alda Kolly existe... Alda Kolly se encuentra aquí...

—¿Que está aquí?... Pero ¿quién es?

—La institutriz de los niños de la marquesa Lovati... Yo la conozco.

—¿Que tú la conoces?

Concurso de belleza

Por Annie Vivanti

(Ilustraciones de Vene Ziani)

—Perfectamente. Se halla en el Hotel Central.

—¡Dios mío! ¿Y es bonita?

—¡Un horror de fea!

—¡Pobre de mí!...

—No. Pobre de ella, más bien. In-

Dionisia había palidecido.

—Pero yo no sabía... No podía imaginar... ¿Qué debo hacer ahora?

Reflexiono un instante y la digo:

—Debes ir a buscarla, decirle lo ocurrido... Pedirle excusas. Posi-



Y arrojándole sobre las rodillas el diario, agregó: "Esas cosas no se hacen"...

feliz muchacha a la que expones al ridículo... A la burla de todos...

Y arrojándose sobre las rodillas el periódico, agregó: — Esas cosas no se hacen.

blemente exigirá de tí una declaración pública, una retractación en los periódicos...

—¿Qué dices? Pero papá me mataría! Mamá se enfermaría... ¡Oh!

Saludo del viajero

Buenas noches, zagalas; las sombras del camino, cortadas por el rayo que espanta y por el trueno pavoroso, desviaron hacia este nido ajeno mi ruta dolorosa de humilde peregrino.

Si os queréis, vuestro techo cobijará el divino misterio de un espíritu magnánimo y sereno, y el olor de las parvas que trascienden a heno llenará de perfumes agrestes mi destino.

Vengo sin ambiciones, y de ciudades vengo; en ellas nada tuve, y ahora nada tengo, como no sea un poco de ensueño y de emoción.

No busco cacerías: la muerte es mi tragedia. Quiero ser en el campo, de la humana comedia, un pastor de cayado, de flauta y de zurrón...

GODOFREDO LAZCANO COLODRERO.

No. Yo me voy de aquí en seguida. Digo a mamá que me siento mal y nos volvemos a casa.

Y Dionisia tomó el diario, la bolsa, todos sus efectos, como si fuese a ponerse en viaje inmediatamente. Luego fué dejándolos, uno por uno y tomándose las manos agregó:

—¡Ayúdame tú! ¡Tú, tan buena... Debes impedir que lo sepa esa muchacha.

—Pero, ¿cómo voy a hacer?... El concurso ha tenido éxito... Todos los diarios y revistas publicarán el nombre...

Dionisia hizo un gesto de desesperación.

—Ve a hablarla tú que la conoces... Explicala todo; dila que ha sido un error... Pídelo perdón por mí. Aplácala... Pero vé corriendo... ¡Pronto!

II

Cuando llegué al Hotel Central, vi a la marquesa Lovati, sentada a la sombra de los grandes árboles del jardín. Parecía agitada; a su alrededor tenía infinidad de periódicos abiertos. Los tres niños jugaban cerca. De la institutriz, Alda Kolly, ni rastro.

Al verme, avanzó hacia mí y me refirió rápidamente lo ocurrido. ¡Quién se iba a imaginar semejante cosa! Aquella insensata, tan fea como era, había tenido el valor de enviar a un concurso de belleza su nombre con una fotografía de otra mujer.

De seguro que había comprado el retrato de una bailarina o de una artista de cinematógrafo... ¡No sabía! Lo que sí podía averiguar era que la institutriz no había enviado su propia fotografía.

¡Y ella, que había confiado la educación de sus hijos a una mujer semejante! Todos los diarios hablaban de ella. ¡Qué publicidad! ¡Qué escándalo! Naturalmente que la había despedido en seguida! Aquella misma mañana tomó el tren para su país natal.

—Y, además, me ha mentado, descaradamente, — prosiguió la marquesa. — Ha fingido no saber nada... Caer de las nubes! Lloraba diciendo que debía haber un error... Que sería una broma. Que se trataría de otra persona del mismo nombre... Pero, aquí, en este diario, está todo bien claro... El nombre, la edad, su país de origen... ¡Qué hipocresía!...

III

Por deseo de Dionisia, algunos días después descendía del tren en el pueblecillo natal de la institutriz, llevando dos cartas, una pidiendo disculpas y otra con un billete de mil francos. En la oficina de correos me informé de su dirección.

—¡Otra más! — comentó la encargada. — Han venido ya como cien personas a preguntar dónde vive esa señorita... Pero todo es inútil, ella no recibe a nadie.

Insistí y me dijo:

—Siga a ese cartero. Va precisamente a esa casa a llevar una nueva remesa de correspondencia.

Seguí al hombre y pronto llegué a la modesta casita que albergaba a la vencedora en el Concurso Mundial de Belleza.

Después de una larga espera, abrió la puerta una mujercita tímida y cauta. Una edición un poco más antigua que su hija Alda. Mientras recogía los paquetes que la entregaba el cartero, me miró de reojo y exclamó:



—¡Mi hija no está!

La explicó que conocía a Alda y que la llevaba una misiva consoladora.

—¡Ah! ¿La conoce?

Entonces, sonriendo tristemente, me hizo pasar a una salita donde Alda escribía en una mesa llena de cartas. Al verme se puso de pie y avanzó a mi encuentro, pálida, extenuada. Me pareció aún más fea que de costumbre, con los ojos enrojecidos por el llanto. La saludé afectuosamente y la entregué el doble mensaje de Dionisia. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Acepto las excusas — exclamó — pero el dinero no. Jamás podrá recompensarme esa joven todo el daño que me ha hecho — agregó sollozando. — Piense que no me atrevo a dejarme ver, que no me arriesgo a salir a la calle porque todos se burlan de mí.

—¡Pero no crea tal cosa! — aventuré para consolarla.

La mamá hizo eco a mis palabras.

—No, querida, no...

—Mire todas estas cartas... ¡Qué cosa terrible! — Y Alda señaló el montón que había sobre la mesa, en las sillas, en el suelo.

—¿Qué es eso? — pregunté sorprendida.

—¡Mírelas! ¡Convénzase!

Tomé algunas y las leí.

Eran declaraciones de amor, pedidos de fotografías con autógrafo, de entrevistas a periodistas, a pintores. La ofrecían, también, contratos para teatros y music-halls. Un gerente de una compañía cinematográfica, la decía:

—“No querrá la divina vencedora del Concurso Mundial de Belleza, dignarse aceptar la parte de protagonista en un grandioso cine drama escrito para ella? Indique sus condiciones que están aceptadas desde este momento”...

—¿Y qué hace con todas estas cartas? — pregunté.

Fué la madre la que respondió, sacudiendo la cabeza al mismo tiempo.

—Alda pasa los días y las noches diciéndole que no a todos. — Y suspiró.

Llegó para mí la hora de marchar a la estación y dejé a Alda, después de abrazarla. En la escalera me crucé con un señor alto y elegante, que marchaba con paso resuelto.

Me alejé, y no supe hasta algún tiempo después, lo que había ocurrido.

Aquel señor era Mr. William Donoghue Kay, de Chicago, “el rey del Film”. Había ido directamente a París, acompañado por su secretario, para escriturar a la vencedora del Concurso Mundial de Belleza, la muchacha considerada la más bonita entre las seis mil concurrentes.

Apenas llegado al pueblecillo se informó de la dirección de Alda Kolly y dejando a su secretario en el bar de la estación, marchó solo a conversar con la futura estrella cinematográfica.

—¿Vive aquí la señorita Alda Kolly?

—Sí, — respondió la madre.

—¿Se puede hablar con ella?

—No.

—¿Con quién se puede hablar aquí?

—Con nadie.

Entonces Mr. Kay sacó el reloj que señalaba las tres. Con uno de sus gruesos dedos señaló las seis y dijo con voz tonante:

—Volveré a las 6. ¿Ha comprendido? La señorita Kelly se servirá recibirme.

¿Promesa, amenaza?

Y el Rey del Film se marchó al café de la estación para dictar a su secretario un despacho para el Chicago Tribune.

—Título — dijo. — La muchacha más bella del mundo descubierta por Mr. William Kay. — Subtítulo: Contratada por el Rey del Film, por 500.000 dólares.



Entonces, sonriendo tristemente, me hizo pasar a una salita, donde Alda escribía en una mesa llena de cartas...

—¡By Gingo! — se permitió observar el secretario. — ¡Es mucho!

—Ya rebajaremos algo — respondió el Rey del Film, guiñando un ojo.

—¿Pero está ya firmado el contrato?

—No. Ni la he visto. Pero ¿cuándo ha dejado de conseguir lo que desea William Donoghue Kay?

El final de la historia lo supe algunos meses más tarde, de labios del propio Mr. Kay, de Alda y... de Madame Angeles.

Madame Angeles—Modes et Chapeaux, — era la modista oficial del pueblo donde residía Alda. En su juventud había recorrido el mundo en calidad de dama de compañía de una artista célebre. Era una mujer de iniciativa y de recursos.

norteamericano no se retirará. Es capaz de permanecer toda la noche junto a la puerta. Vamos a ver. Son apenas las 4. Tenemos dos horas de tiempo. Valor y dejadme hacer.

Salió corriendo y regresó, a poco, seguida de un muchacho que llevaba una cesta y una caja de cartón. Momentos después puso manos a la obra.

Lavó con aguas de rosas las mejillas de Alda; colocó sobre sus ojos enrojecidos unos trapos empapados en leche, puso sobre el rostro, polvos, pomadas, coloretes, lápices... En cierto momento se retiró un poco para contemplar, desde alguna distancia, su obra, como el pintor observa el efecto de su cuadro.

—Ca y est! — exclamó. Luego suspiró y dijo: — Esto no es muy difícil porque aquí hay juventud y con la juventud se logra todo.

Sacó de la caja de cartón, sedas, medias, zapatos... y prosiguió su obra transformadora...

El cambio de Alda resultó completo.

—¡C'est parfait! — exclamó al terminar madame Angeles.

Y corrió para improvisar una pantalla de reflejos rosados en la luz de la salita.

Sonaron las 6 y en el mismo momento se oyó el tiembre de la puerta. Alda comenzó a temblar.

—Espera aquí, — susurró madame Angeles. — ¡Valor! Piensa que, a pesar de todo, has vencido en el Concurso de Belleza.

Cosa extraña, pero aquella idea dió a Alda un poco de ánimo.

Entretanto la madre había introducido en el saloncito a Mr. Kay y a su secretario. Los dos hombres se sentaron y esperaron en “aquella semi-oscuridad rosada”.

Por fin, se abrió una puerta y apareció Alda. Como para hacer resaltar el contraste, las dos viejas iban a los costados.

¿Era bella o no? Imposible afirmarlo. Además, pensó el Rey del Film, ¿qué importaba? ¿No era la vencedora en el gran Concurso Mundial de Belleza? Eso bastaba, para él y para el público.

—Señorita, — comenzó, haciendo una reverencia. — Vengo a ofrecerle de parte de la American Film Company, un contrato...

—¡Gracias! ¡No lo acepto! — interrumpió Alda.

—¿Que no lo acepta? ¿Cómo es eso? — Y en el concepto del Rey del Film, la Kolly ascendió algunos escalones.

—Pero usted no sabe de qué se trata...

Y comenzó a explicarle la importancia de su sociedad, la magnitud de sus producciones, la fuerza de la propaganda...

—¡Es inútil! ¡No acepto! — insistió Alda.

William Donoghue Kay, aumentó mentalmente el diez por ciento a la cifra que pensaba ofrecer... y reforzó su elocuencia persuasiva. Pero Alda, ya más tranquila y a quien la escena comenzaba a divertir, repetía obstinadamente: ¡No acepto!

Entonces el Rey del Film, se puso de pie. Era una figura alta, imponente.

—¿Sabe señorita que está rehusando una suma de seis cifras?

¡Una suma de seis cifras! Las dos viejas se miraron. Luego miraron a Alda... ¡Una suma de seis cifras!

Pero Alda, viendo una solución en su negativa, repetía como un autómeta:

—¡No acepto! ¡No acepto!

Los monstruos sociales

Ya habréis visto esas personas de escarpate que argumentan con los dedos enjorados. Palacios de la vanidad, gigantes de la estupidez, renunciaron a su alma. Son lastre pesado que echará a pique la nave. La sociedad debe escupirlos lejos. Su mundo comienza fuera de ellos. De sí no saben nada. Si ante ellos el alma se encoge en su modestia, los monstruos estiman ese recogimiento como una victoria suya y hacen sonar en sus bolsillos las monedas. Su condición es más miserable que la de los mendigos, porque al menos éstos tienen la sinceridad de pedir lo que les falta, y ellos, por el contrario, hacen ostentación de poseerlo todo cuando les falta todo. Es preciso que el espíritu recobre sus fueros y hunda en el abismo a los usurpadores. No habrá necesidad de que los echen. Ellos huirán ante la presencia serena del alma. La desarmonía de esas gentes es doblemente plebeya, porque, además, pretenden el poder que sólo debe darse a los escogidos.

V. GARCIA MARTI.

Entonces William Kay tuvo una duda horrible. ¿Se habría comprometido ya con la Boston Cinematograph Company? ¡La casa rival! Había que vencerla, a toda costa.

—En resumen, señorita. Terminemos — manifestó el americano sacando del bolsillo un contrato en el que no había más que escribir la cifra y las firmas. — La ofrezco un contrato por cien mil dólares. Diez mil pagados al contado... ¿Firma o no firma?

Alda firmó. Y firmó William Donoghue Kay, y la mamá de Alda, como garante y firmaron el secretario y madame Angeles, como testigos. Fueron entregados los diez mil dólares y todo quedó en orden.

Al bajar la escalera el secretario observó:

—A mí no me ha parecido tan bella!

—Ni a mí — dijo Mr. Kay. — Pero, ¿qué importa? Es el primer premio del concurso de belleza.

Tres días después Mr. Kay recibía, en París, un pliego certificado. Alda le devolvía el contrato y el cheque de los 10.000 dólares, con un relato fiel de todo lo ocurrido.

Mr. Kay permaneció un instante desconcertado. Aquello era lo que menos podía imaginarse. Luego, de pronto, se dió un golpe en la frente

como asaltado por una ráfaga de inspiración. Tomó la carta y pasó al escritorio donde sus secretarios se devanaban los sesos buscando



Por fin, se apareció Alda. Como para hacer resaltar el contraste, las dos viejas iban a los dos lados...

A la salida del teatro,
cine, café o cualquier reunión,
no tema usted contraer enfermedad alguna por el
frio o la humedad que caracterizan a esta estación.
Tome las insuperables
Pastillas RIN - RIN
que serán para su salud el mejor salvamento.
En todas las farmacias.
Precio de la caja grande, \$ 1.- La caja chica, \$ 0.45

escenas descabelladas para el cine-drama en que debía aparecer la nueva estrella.

—¡Stop! — ordenó. — ¡Ya está aquí, toda la trama de la cinta! y arrojó la carta sobre la mesa. — ¡Qué doble éxito!

Y, rápidamente, corrió a poner un telegrama dirigido a Alda:

—No acepto rescisión del contrato. Los ensayos empezarán el lunes.

El nuevo film, a cuyo estreno asistí con la misma Alda y su madre, titulado "Concurso de Belleza", fué todo un éxito y la joven aparecía en él arrogante y graciosa... En un solo punto la trama cinematográfica se diferencia de la verdad. En el desenlace, pues la heroína se casa con un multimillonario australiano, mientras que Alda...

Pero, silencio, porque el anuncio no se ha hecho aún oficialmente.

La señora de Briche sale radiante de júbilo de la farmacia. Se ha pesado y ha adelgazado dos kilos en las últimas dos semanas. Es la recompensa por las privaciones que viene imponiéndole el régimen de abstinencias y largos paseos a que está sometida. Hay, pues, que continuar; y decide volver a su casa a pie. Apresurándose un poco, llegará a tiempo de que Victoria, su criada, no le ponga mala cara por la tardanza.

Porque la señora de Briche sabe por experiencia que es necesario hacer muchas concesiones para conservar la criada, que tanto trabajo cuesta adquirir. La corpulencia de Victoria y sus varices han obligado a la señora de Briche a buscar un hombre que dé brillo a los suelos, y el reuma que padece Victoria en los puños ha hecho preciso que una mujer se encargue de la limpieza y lavado de la casa. Ahora, precisamente, la señora de Briche anda buscando una mujer que cosa, porque la vista de Victoria se debilita de día en día. Parece que es algo de anemia, y la señora de Briche ha tenido que cambiar su oportuno por otra marca más reconstituyente.

Pero cuando Victoria quiere trabajar sabe confeccionar unos exquisitos platos de dulce que le gustan con delirio, por lo que se permite hacerlos de vez en cuando.

La señora de Briche llega a casa con cinco minutos de retraso. Victoria abre la puerta y no oculta un gesto de desagrado. El señor Briche, sentado ya a la mesa, lee el periódico. El olor de la cena perfuma el ambiente. Se siente hambre sólo con percibir semejante olor.

—¡Sirvanos, Victoria. Yo no quiero sopa. Estoy contenta de mi régimen. He adelgazado otros dos kilos.

—¡Ah! ¿Sí? Pues le prevengo a la señora que he decidido marcharme de esta casa.

La señora de Briche, que aun conserva el sombrero en sus manos,

CAPITULACIÓN

Por A. Berry

lo estruja contra su pecho, consternada.

—¡No es posible, Victoria! ¿Qué ha ocurrido? Ciertamente he venido un poco más tarde; pero yo le prometo que desde mañana seré puntual.

—No, no, señora. Repito que me marchó.

—Pero, ¿no está usted a gusto en la casa? ¿Está usted enferma? ¿Quiere usted que venga otra mujer a ayudarle?

—No, señora; y eso que no esta-

Cómo era Renán

Era, sin duda alguna, un gran hombre: o, más bien, contenía en sí algunos hombres (un heresiarca, un artista, un arqueólogo, un moralista, un metafísico y un sacerdote), todos ellos, distintos y hasta superiores, que prestándose unos a otros sus aptitudes especiales, formaban exteriormente la apariencia muy aceptable de un grande hombre. El artista prestaba al erudito la gracia de su arte; el erudito comunicaba al artista la suculencia de su saber. El sacerdote endulzaba al heresiarca; el metafísico vivificaba al arqueólogo. Y todos contribuían así a construir un admirable Renán.

Sin embargo, el hombre que dentro de Renán más ayudó a la gloria de Renán, fué el artista. Tenía el don inefable de cautivar a las muchedumbres, como Orfeo, sólo con arrancar a la lira unos sonos dulces y delicados. No creo que con ese simple tañer de melodía alada edificase a la manera de Orfeo, ciudades duraderas; pero como Orfeo fascinó con la lira a muchas y muchas alimañas. En resumen, no obstante, era un razonable grande hombre. Y como además de eso, fué un justo, (algunos dicen que hasta fué un santo), ampliamente merece la canonización.

ECA DE QUEIROZ.

ría de más. Pero no se trata de eso...

—¿Es que quiere usted más sueldo? Aunque desde el mes pasado se lo hemos subido dos veces...

—No se trata ahora de eso. De eso ya hablaríamos dentro de unos días si no me marchase.

—¿Quiere usted más días de vacaciones? ¡Conteste usted!

La señora de Briche empieza a perder la paciencia. El señor Briche interviene.

—Hace usted muy mal, Victoria, en no decirnos lo que quiere. Podríamos entendernos. ¿Qué desea usted?

—Quiero que la señora no siga más tiempo su régimen. Ya ha adelgazado otras cuatro libras, y esto no puede seguir así.

La señora de Briche se echa a reír.

—¿Y es eso lo que le preocupa, que yo caiga enferma? Tranquílese usted, Victoria; precisamente lo hago para tener más salud.

—No es que la señora caiga enferma lo que me preocupa; eso, allá la señora. Pero es que cada vez que adelgaza manda achicar su ropa, y estoy viendo que ya no me van a servir los vestidos que me da cuando los desecha. De modo que ya lo saben ustedes: o el régimen o yo; lo que la señora disponga.

Precisamente aquella noche Victoria se ha dignado hacer uno de los platos de su especialidad. El señor Briche goza pensando en el postre. Se vuelve tímidamente a su mujer:

—¿No te parece que tu régimen es demasiado severo?

La señora de Briche está furiosa; pero disimula... y capitula.

—Sí; creo que no me siento muy bien. Me debilita demasiado; hoy, precisamente, me ha dado un mareo. Victoria, deme un buen plato de sopa, a ver si me reanimo.

Aquella noche la señora de Briche estuvo a punto de enfermar de una indigestión.



Despidiéronlo cinco manos a un tiempo, una serie de pequeños gritos y partió el tren.

Una voz hablale dicho:

—Pórtate bien; acuéstate temprano; fuma poco...—era la madre.

Otra voz le gritó, ya el tren en marcha:

—No olvides escribirme mucho, todos los días...—era la novia.

Y cuando apoyó la cabeza sobre la madera de la ventanilla, entornando los párpados para que no le molestara aquel loco sol de enero, le pareció ver las figuras de la novia y de la madre corriendo a su lado, sobre el arroyo que va acompañando al riel.

Creó que imaginariamente las llamaba "¡pobres!" y se sublevó contra sí mismo, porque el pobre era él. Su vida lo estaba diciendo, su lamentable vida de joven avejentado y enfermo, con veinticinco años que semejaban cuarenta, arrugado y canoso; escéptico, frío, inútil... hasta sin ganas de llorar. Y, como si sus pensamientos requirieran una justificación para sí mismo, se puso a recorrer sus pocos años, a grandes zancadas, como un chiflado vulgar.

A los catorce años era un perfecto imbécil. No sabía nada, no quería aprender nada, no hacía nada. De pronto, despertaron en él todas las cosas que pueden hacerse a los diez y seis años de edad en una ciudad como Buenos Aires, cuando se quiere "vivir al día". "Calavereó", "farrreó", se hizo un "pierna". En síntesis, se acostaba muy tarde, se levantaba después del mediodía. No había muchacha en su barrio que no "pretendiera", que no le oyera sus boberías, que no intentara pellizcar. Fué a las confiterías, después al Hipódromo, en seguida al "cabaret". Cuando cumplió veinte años e intentó mirar para atrás, le pareció que había andado un camino enorme, cuando en realidad no se había movido de su sitio. Cinco años después, ahora, llevaba el cuerpo caído, delgaducho, anémico, y el alma, machucada por todas partes, maltrecha...

Iba al "campo". Al campo que recetan los médicos cuando ya no les queda, menjurje de botica que hacer tragar al enfermo... Todos creían en esta última receta, menos él. El podía decir tranquilamente, sin mentir lo más mínimo, que llevaba sobre sí una carga demasiado pesada, el presentimiento de que el campo no le serviría de nada, el horrible presentimiento de que no volvería, y sin poder decirlo, por no apenar más aún a aquellas dos mujeres que le seguían en su ruta con el alma y que la reverberación solar le estaba poniendo sobre el arroyo que corre a la par de los rieles, como una dolorosa prolongación de aquella inolvidable y sencillísima despedida...

—Pórtate bien, acuéstate temprano, fuma poco...

Y la otra, velada por una ligera emoción de lágrimas:

—No olvides escribirme mucho, todos los días...

Llegó al pueblecito diez y ocho horas después, aplanado de espíritu, dolorido de cabeza, con la boca reseca. No pudo dormir, atormentado por aquel crujir de maderas y hierros, pero desobedeció a la "viejita" con toda su alma: fumó desesperadamente...

LA ENSOÑADA

Por B. González Arríli

Al pueblo ni lo vió. Era un pueblecito como tantos, sin color, sin inquietud, sin importancia.

La casa que los recibió, amablemente, le pareció que tenía, no obstante aquella enorme glicina, y la obsequiosidad provinciana de la dueña, — una compañera de la infancia de la madre — mucho de

hospicio, un frío de muebles desconocidos, una aspereza de ropas que no son habituales, una hostilidad de ambiente que achica los pobres corazones que se hallan solos, en un suplicio refinadísimo, dolorosísimo...

Durmió muchas horas. Cuando despertó quiso ponerse de pie, pero

le pareció que las piernas habían resuelto quedarse bajo las sábanas, hechas un cuatro huesudo... Y se quedó no más, mirando las redondas vigas del techo sin cieloraso, o la ordinaria ventana pintarrajeada de verde vivo, o la retorcida reja, que parecía de cárcel...

Tres semanas después, entre el sincero espanto de aquellas buenas gentes, se le huyeron los abiertos y vidriosos ojos en las cuencas entutadas de insomnio, y se quedó apretándose fuertemente las manos como en un remedo de amorosa despedida...

Cuando lo alzaron, entre cuatro, "para que no se quiebre", del colchón y lo acomodaron en la caja, se encontró bajo la almohada un montón de cuartillas, borroncadas con lápiz, de letra desigual, con tachas en cada línea...

Las dos mujeres que lo despidieron cariñosamente en el andén de la estación, se repartieron aquella herencia de cuartillas.

La madre guarda una sola hoja, que tiene cuatro líneas y una mancha al final, una pequeña manchita algo más amarilla que el papel y que a ella se le ocurre que rue una lágrima del hijo muerto.

La novia — que ahora es la señora esposa de un tendero rubicundo — guarda sin que nadie lo sepa, todas las otras cuartillas. Cuando le apena mucho la vida tranquila, monótona, fastidiosa que lleva, vuelve a leerlas. Aquellas paginitas parecen traerle un perfume conocido de la época alejada por los días. Ella había sido siempre una muchacha igual a tantísimas otras, más o menos bonitas, más o menos carnuda, más o menos vulgar. Pero él, el muerto, había idealizado en aquellos sus finales días del pueblecito, contemplando su pequeño retrato y las redondas vigas del techo, la verde ventana, la reja de cárcel, el cielo siempre azul y oro... y la llamó "su ensoñada", el hada buena, amable, cariñosa, que acaso hubiese sabido prolongar sus días con un cariño de sus manos rosadas o endulzar sus instantes con un beso de sus labios rojos...

¡Las palabras consoladoras de aquella su vieja pena, que le decían las cuartillas arrugadas y menos borrosas! Después de leídas, la "ensoñada" del muerto parecía querer menos, mucho menos, al rubicundo tendero...



El que prueba
una vez nuestro
CHOCOLATE
GODET
EXTRA (PAPEL BRONCE)
es nuestro mejor propagandista, su sabor
convence a los mas
delicados paladares.

DANIEL BASSI & Cia
B. MITRE 2538-54 B. Aires

MI ESPERANZA

La canción que yo vine acá a entonar, permanece sin cantarse hasta este día. He gastado mis horas en templar y en destemplantar mi lira, y mi tiempo no ha llegado, en verdad, ni las palabras han sido bien aderezadas: sólo hay la agonía del ansia en mi corazón.

La flor no se ha abierto; tan sólo el viento suspira y pasa.

Yo no he podido contemplar su faz, ni tampoco he escuchado su voz; sólo oí la suavidad de sus pisadas, por la senda que cruza ante mi hogar.

Los días perdurables han pasado en preparar la esterilla para su asiento en este suelo; pero la lámpara no ha sido encendida, no; y yo no puedo invitarlo a mi morada.

Vivo con la esperanza de encontrarlo; mas la visita no llega, ¡no llega, Señor!...

RABINDRANATH TAGORE.

Difícil de cumplir

El cura estaba dando los últimos consejos a los recién casados:

—La esposa — decía — debe obedecer al esposo y seguirle por todos los caminos de la vida, sin...

—Pero, señor — interrumpió la esposa.

—No he acabado aún — replicó el cura. — Ella deberá siempre seguirle...

—Haga el favor, señor — volvió a interrumpir apurada la esposa, — ¿no podría alterarse esta última parte de los caminos? Tenga en cuenta que mi esposo es cartero.



Poetas uruguayos
Emilio Carlos Tacconi



¿POR QUE?

Hombre: ¿por qué eres malo, si es tan corta
[la vida]
Hombre: ¿por qué te arrastras, si naciste
[con piernas]
Si hasta el perro se eleva, ladrándole a la
[luna...]
¡Hombre! Si hasta el gusano, con ser
[gusano, sueña
Con un milagro de alas...
No sé por qué te empeñas,
Hermano,
En ser menos que un perro y menos que
[un gusano!

SUICIDIO

Te di vida en mi vida; idealicé tu barro;
Te quise hasta las lágrimas; soñé en hacerte
[madre,
Y cuando te creía la excepción milagrosa,
Te suicidaste en mí con una sola frase.

CUESTION DE SANGRE

No sé si hay sangre azul...
Pero sé que a la roja se le llama plebeya...
La mía es H.8; la que me dió mi madre...
Sangre de bien nacido; sangre color
[vergüenza.

Mi madre ya se fué... Pero vive en mí
[sangre.
En mis glóbulos rojos perdura su nobleza...
¡Oh sangre que era blanca en su seno
[purísimo,
Donde mamé el atávico germen de la
[decencia!

NUPCIAL

Abandonaste el piano a mis instancias
Y en el misterio de la sala oscura,
Nuestro amor se quejó en las resonancias
Del sofá... Dominada mi locura,
Me rendí en la embriaguez de tus fragancias
Gozando la excepción de tu ternura,
Mientras el ave negra de mis ansias
Se alejaba de mí... Mas tu hermosura,
Gimiendo un nuevo anhelo en un suspiro,
Voló tras ella en victorioso giro.
¡Oh noche de sublimes embelesos!
Volviste al piano loca, incontinida,
Y fué tu ejecución llena de vida,
Un plagio del allegro de mis besos.



¡Cómo se llena el alma de luz al leer "Rocio", de este poeta compatriota! Y de luz, a pesar de que en versos admirables el autor muestra las tinieblas en que viven tantos seres que no han sabido llegar a ese plano espiritual que está más cerca de Dios que de la tierra y desde el que todo se ve a través de un lente natural.

Tacconi está allí y tiene presa en su mano varonil a esa Musa prodigiosa que es la serenidad. Seduce la filosofía de este poeta joven que supo hallar su sendero entre los infinitos caminos del mundo. Ya ha visto la vida; sabe de memoria las dos fases eternamente antagónicas: aquella en que la materia pesa sobre el espíritu y la otra — la de su vida fructífera — donde se bebe belleza en fuentes inagotables y hay espacio para desplegar las nerviosas alas del ensueño.

Al autor de "Rocio" le late normalmente el corazón; quizá haya tenido la sabiduría de vivir a prisa y por eso la juventud le da tiempo para saborear la experiencia que, de otro modo, se tiene únicamente cuando la savia invernal pasa muy despacio por las arterias endurecidas.

De este agri dulce vivir del poeta que tiene juventud y tiene experiencia — que es lo mismo que poseer un vaso desbordando para ofrecerlo al viajero rendido y saber de antemano cuán negra es el alma de los que beberán la miel mordiendo el cristal generoso, nacieron los hermosísimos poemas de "Rocio". Son tan hondos, tan espontáneos y personales, que conquistan simultáneamente el espíritu y el corazón del lector. Y es que pocos son los poetas que, como Tacconi, saben usar una ironía aguda junto a una vibrante sensibilidad lírica y una tan grande pureza de anhelos.

Nos confiesa que su vida es como el álamo: "sube sola y ufana, porque se sabe noble, porque se tiene fe!"

El tesoro de belleza interior del poeta, solamente en la soledad que él tanto ama — puede subsistir íntegro y vigoroso; no la soledad de todo el ser — el anacoreta-hombre no es el ideal (que ese no estudia, ni analiza, ni asimila experiencia), sino el otro, el lírico, que, por más generoso y más puro, necesita siete llaves para su seguridad.

El inspirado autor de "Rocio" lo sabe; por eso tiembla ahora de emoción bajo la carga deliciosa de la belleza que ha defendido y que anhela regalar — en el sentimiento cumbre — al alma cálida y transparente de una mujer...

"Norte, Sur, Este, Oeste...
¿Por dónde ha de venir la mujer que adivino?"
Me complace en transcribir, para deleite de los lectores de FRAY MOCHO, algunas de las bellísimas poesías de "Rocio"; ellas dan la medida del talento poético que ostenta quien sólo necesitó no deformar su naturaleza espiritual para triunfar ampliamente.

ALICIA PORRO FREIRE.

Montevideo, julio de 1926.

LA ALMOHADA

La almohada que juntó nuestras cabezas
Está fría sin ti...
Noche a noche se alarga en mis tristezas
Y resulta muy grande para mí.
De punta a punta
Mis insomnios la planchan y la entibian
Esperándote siempre... ¿Volverás?
Sus confidencias mi inquietud alivian
¿Acaso a ella también la olvidarás?

La almohada que juntó nuestras cabezas
Conserva todavía tus aromas...
Hay algo de mujer en sus vainillas...
Tiene blanduras néveas de palomas

Y evocaciones de tus maravillas...
Huecos de nidos con piar de besos,
Curvas de senos bajo rico ajuar,
Formas de nucas temblorosas, y esos
Motivos íntimos del verbo amar...

A ratos pienso a solas: "No me quiere".
Y cada vez que acuesto mis tristezas,
Me dice que te espere, que te espere...
La almohada que juntó nuestras cabezas.

La almohada que juntó nuestras cabezas
Enmudeció por no turbar mi paz;
Pero ella conocía tus flaquezas,
Como sabe, también, que volverás...

Siempre hablamos de ti y la beso, fiel,
Pues creo, alucinado en mis ternezas,
Que en sus fundas tiene algo de tu piel,
La almohada que juntó nuestras cabezas...

La almohada que juntó nuestras cabezas
Es corazón del lecho, a cuyo abrigo,
Se diluyen mis rudas asperezas,
Cuando sueño contigo.

Y cada noche que regreso tarde,
Pensando en el amor que te consagro,
Ante el pestillo tiemblo de cobarde,
Pues, ansiándolo, temo ese milagro...
¿Estará? ¿Habrá vuelto?... ¡Si estuviera!
¡Tiene tales diabólicas rarezas!
Pero no... Sola, sola y triste, espera
La almohada que juntó nuestras cabezas.



Yo soy un gato

Por Francisco Lles

Yo soy un gato, señora. Estáis cerca de mí y me miráis con vuestros grandes ojos verdes, sembrados de puntitos de oro, como dos océanos en cuyo fondo hubiera un continuo palpitante de estrellas; estáis cerca de mí y tratáis de ocultar, aunque en vano, vuestros pensamientos, tras la humedad marina de la pupila glauca, donde yace dormido, con una grave hiperestesia, el desconcertante ensueño de la imprecisa lejanía...

Señora, ved cómo florecen los rosales. Y he creído sorprender en el leve pliegue de los labios purísimos, lo enigmático de una sonrisa en germen, ante mi mano inquietante, inmovilizada en un gesto, allá en lo alto. Y es porque vuestros ojos hiperbóreos, de lejanía marina, han comprendido ese gesto, que la pulpa de carnosos fruto rojo de vuestros labios, ha insinuado la más artera y enigmática de las sonrisas giocondinas. Es preciso confesarlo, es preciso: sois una gran adivinadora de pecados. La indecisión del gesto, os habló de mis elucubraciones cerebrales: tenéis razón, Señora: "Ved cómo florecen los rosales"; y mi mano, que presintió la impresión de la caricia, la floración de vuestras carnes, se detuvo y trazó el gesto inmortal, alucinada, en el instante en que concebí, violentamente, la eclosión de las rosas de vuestros senos...

Señora, yo soy un gato. Pensando en vos, gustaría de vagar por los tejados en la alta noche y de llenarme las pupilas de luna. Señora, no sonríais: así como me veis, soy un felino, un mal felino que pretende hipnotizaros con el embrujado encantamiento de sus ojos redondos; un mal felino que sólo gusta del refinado placer de las conquistas absolutas, por el derecho de la fuerza... Un mal felino, Señora: Yo soy un gato.

Vos no habéis hurgado con vuestros dedos, que hacen dos lirios de vuestras manos, en la entraña de mi instinto: Por eso vuestros grandes ojos de luz de luna, luchan en vano con la semisombra de la penumbra de mis torvos ancestralesismos.

Aquí, tendido a vuestros pies, os acecho como a mi víctima. No sonríais por dentro, Señora. Comprended y confesad que ante mi presencia tenéis sobresaltos y cometéis desaciertos de ratoncillo perseguido. No podéis negar que no está lejano el día en que la bestezuela de mi instinto hará saltar con su garra nerviosa, los broches de la túnica de prejuicios con que cubris vuestras carnes llenas de sol... No me miréis así, Señora; yo no os quiero ganar por compasión: la compasión y no la ciencia, es hoy el mito de Prometeo, y yo, Señora, soy un espíritu fuerte que no ha nacido en estos siglos de hipocresía.

Señora, yo soy un gato. Os amaría vagabundeando; os amaría en los huecos sombríos de las puertas de los grandes caserones cerrados, o persiguiendo por las calles, entre las pedradas y los silbidos de los trota-acera trasnochadores. Yo soy un gato, Señora. Gústame marrullar y restregarme voluptuosamente contra vuestras faldas, pero miradme a los ojos y ved que os miran con dominio, aun cuando, en mi lujuria, enarcaría el lomo bajo la caricia de vuestra mano... Yo soy un gato, Señora. Amo las torres que se enfilan bajo los astros y que se dibujan entre las sombras, temerosas de ser comprendidas por las almas vulgares, —porque ellas son como yo, Señora;— y amo los arcos de sus fachadas borrosas que me recuerdan vuestros ojos llenos de luna, vuestros ojos hiperbóreos, que son como dos océanos por entre cuyas ondas hubiera un continuo agitarse de estrellas en fuga.

Ah, cuánto me gustaría perseguir a lo largo de una canal, dormirme luego, hecho un rollo, sobre vuestro regazo, o atenacearos la carne, en un desperezamiento de mis uñas felinas! No, yo no os quiero así mansa como una paloma que se entrega; yo os quiero conqueri-

dora, sí, pero al mismo tiempo agresiva y brutal como una gata, y vibrante, como las paredes de un resonador.

Ya sé que me tomáis por un niño, enfermo de una muy rara enfermedad: guardad vuestra compasión para otros seres: yo soy un gato, Señora, y no he de agradecerosla.

Sabéis que no duermo de noche; sabéis que rondo vuestra casa y araño a vuestra puerta. Salid andando como una gatita sigilosa; lanzad luego un maullido y otro y otro: tres maullidos. ¿Oís, Señora...?

Tengo ganas de perseguirlos por los tejados, bajo la luz amable de la Luna.

Las carreras de carros en Roma

En las carreras de carros romanos, los conductores se dividían en cuatro compañías o "faccios", que se distinguían entre ellos por el color de sus vestiduras.

Estos colores simbólicos representaban las cuatro estaciones del año. El verde significaba la primavera; el rojo, el estío; el azul, el otoño; el blanco, el invierno. Domiciano aumentó a seis el número de las compañías; las dos nuevas eran la dorada y la de púrpura.

La pasión de los romanos, y más tarde la de los habitantes de Constantinopla por las carreras de caballos, alcanzó límites insospechables. Entre la multitud circulaban listas de caballos con los nombres y colores de los caballeros, cruzándose apuestas enormes.

Las disputas entre las compañías o grupos degeneraban a veces en altercados sangrientos. Bajo Justiniano perecieron cuarenta mil hombres, asesinados por los grupos verde y azul.

Desaparecieron los grupos, al menos, nominalmente, por lo que se multiplicaron los colores.

En los tiempos caballerescos, las divisas simbolizaban los amores y aficiones de los caballeros.



La bebida de mesa preferida

Por sus propiedades tónico-nutritivas y por su fácil asimilación, la Malta Palermo es reputada por el cuerpo médico argentino, como la más saludable de las bebidas de mesa.

Y las excelentes bondades de este natural reconstituyente se extienden a más: tonifica el sistema nervioso, enriquece la sangre y estimula admirablemente la digestión.

EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

CERVECERIA PALERMO S. A. — Buenos Aires



Publ. P.A.Weber

Versículos del entusiasmo

Respeto todo entusiasmo, que de él se alimenta el fuego sacro de la vida, llameante en la sustancia generatriz.

A semejanza del mundo físico, tu mundo moral tiene también tu sol: el entusiasmo creciente, que debe elevarse cada mañana con renovada energía, transfigurando las simientes de los surcos mentales y dando libertad al agua vivificante de la acción.

El ideal es el movimiento esencial del espíritu; y esta sonoridad íntima se genera en las ondas del entusiasmo.

¿Qué son las grandes acciones, sino un persistente y continuado entusiasmo?

Por eso el tuyo ha de ser sereno, pensante, lleno de terquedades, a semejanza de la famosa gota de agua, que no obstante tener todas las sedosidades y fluideces de la música, puede horadar la roca viva de la montaña.

Un entusiasmo que conozca la loca vanidad del haz de paja, que quema su inconsistencia con presunciones de hoguera...

Y además ha de ser alegría, abierta, lúcida, como la luz de los espacios rumorosos.

Así como la ostenta el alba, novia sonrosada de entusiasmo.

Así como la que regala el padre sol, progenitor eterno de todos los entusiasmos de la creación.

Así como la que segrega la fuerza que viborea en el alma de las cosas.

Somos un ideal en marcha: nuestro entusiasmo es la carretera luminosa que nos deja entrever la ruta innumerable.

Vivir sin entusiasmo, es decir, sin voluntad de crear, de ser, de captar los desdoblamientos interiores de los horizontes intuidos.

Sería el peor de los días de nuestra existencia.

Sería la anunciación de nuestra derrota, pues, malos capitanes de nosotros mismos, estaríamos completamente desarmados para la lucha. Perderíamos, según el bello decir del poeta, "la espada mejor para el combate de la vida".

¡Y guay entonces del día sin ventura!

La campana de la vida nos llamaría a los funerales de nuestro entusiasmo.

Perderíamos la captación íntima en los temblorosos escenarios del "yo".

Nuestra sensibilidad quedaría herida en su cuerda maestra.

Nuestra voluntad cobraría enfermedad de muerte.

Desconsuelo y esperanza: desasosiego y embriaguez. He aquí el eterno vaivén de la existencia. Sentir que nos morimos por la noche y, al levantarnos, el abrazo de una inexplicable alegría. ¿Quién renovó nuestro corazón? El entusiasmo, señor de innumerables servidores; el entusiasmo, mano que desciende de los más recónditos repliegues del subconsciente para allegarnos el milagro de la renovación y del optimismo.

Por eso los páramos conviértense en jardines y los peñascales en hontanares puros y musicales.

El huerto del mundo no se riega con el desagüe de los indiferentes; es menester el caudal amplio y fertilizante que irrumpe por el campo de las almas entusiastas.

Y de este riego recibe el árbol de la vida su savia más vivifica y pujante.

Como que es agua que viene de la montaña de Dios y desemboca en el Océano de la Vida Infinita.

Levanta tu corazón. Pule tu espíritu como una lanza de luz. Necesitas atmósfera superior. Que arranque tu alma sus mejores temblores de vida. Transparentate en la diafanidad de tu propio cielo. La altura es hermana gemela del entusiasmo. Y tú has de ser así, como los ríos, como los vientos, como las cumbres... siquiera un instante, el único y definitivo, aquél en que tu alma se adueña de las fuerzas invisibles y realice el hallazgo de sí misma...

¡Y así tú, hermano mío, y así yo, el más sediento de los hombres!...

RICARDO TUDELA.

Quinquela Martín

¡No hay secreto en el río que no haya descubierto bien en las horas bellas que brinda sus joyeles el sol, o allá en las noches, cuando se aduerme el puerto... Todo, todo, supieron dominar sus pinceles!

El reflejó en la tela, la nave majestuosa bajo un cielo azulado de alegre primavera, o al triste barquichuelo tendido en la ribera en la melancolía de una tarde lluviosa.

El supo las palabras trazadas en su vuelo por la blanca gaviota que custodia al navío, en los atardeceres cuando solloza el río, y se encienden los astros y se oscurece el cielo.

Y artista y soñador, presintiendo el camino de luz que da la gloria, se unificó al encanto de todo eso que en dulce idioma le habló tanto... y le ofreció su beso y le brindó su vino!

Y ahora, nos decimos: no es ese nuestro río, mirando al ancho plata; no es ese nuestro puerto; porque en sus telas regias nos parecen más cierto la ribera, la dársena y el gigante navío!

FELIX B. VISILLAC.

LOS PICAFLORES

Por Montiel Ballesteros

En el reino de las aves se llevaba a cabo una gran fiesta en celebración de la Primavera.

Estaría allí representada la flor y nata de los poetas, de los trabajadores, de los viajeros. Vendrían golondrinas y zorzales, horneros y calandrias, carpinteros y churrinches, mirlos y martin pescadores... No faltarían, por cierto, las delegaciones extranjeras: su excelencia el Ruisenior, el mejor poeta del mundo; el ave del paraíso, que posee unos adornos tan finos; el cóndor, majestuoso y calvo como un viejo diplomático; el tucán, con su enorme pico de cimitarra; los papayos vistosos y conversadores, la alondra madrugadora y las nobles águilas blancas.

Como era una fiesta criolla, los dueños de casa serían representados por una delegación de pájaros indígenas, pero en homenaje al don de mundo de la señora picaflor y para hacer admirar la graciosa miniatura de su castillo, la reunión se realizaría junto a su residencia.

Todos los pájaros aportaron su tributo a la fiesta.

Quien trajo flores, taxes de plata, mburucuyás de oro llenos de granitos carmín; quien trajo, dulces pitangas rojas, azucarados guaviyúes violeta, pequeñas granaditas de arazáes de las cuchillas; otros contribuyeron con sabrosos bibyes, guayabas silvestres, miel embriagante de camoatíes y lechiguanas, frescas hojas y cogoyitos tiernos.

El programa era vasto.

El ruisenior recitaría sus cantos románticos al claro de luna; el zor-

zal payador improvisaría en la guitarra; cantaría sus dianas matinales la calandria. Se entonarían coros al sol y a las estrellas nuevas. Habría record de altura y pruebas de habilidad para construir nidos.

Desde temprano, con sus trajes flamantes, llegaban los invitados: el mirlo con su negro vestido de etiqueta, el cardenal con su encarnado gorro frigio, la garza con su traje de tul rosa, los jilgueros de chaleco amarillo y sombrero oscuro, los pecho-colorado con su decoración, el naranjero con su capa con los siete colores del arco iris...

Los teruteros galantes hacían de servidores y la señora picaflor y sus hijos, — los colibríes, — lucían sus admirables vestidos de tornasolados oros, azules, negros y verdes metálicos.

Comenzó a desarrollarse la fiesta y los pequeños pájaros moscas, golosos en extremo, volaron al comedor y se comieron los postres, la miel, el agua dulce y perfumada, prontos para el banquete.

La mamá, al no ver a sus chicos, se fué en puntas de pie y los sorprendió. Con severidad, como castigo, les impuso:

— ¡Inmediatamente a corregir la falta!

Y ellos salieron, volando como una flecha, a buscar miel y néctar de las flores.

Los habrás visto a medio día, temblando se les haga tarde, zumbando nerviosos, apresurados, metiendo el sutil y largo pico en las corolas de las flores que les ofrecen su miel para ayudarlos.



UNA VISITA

Por Alfonso Croziere

Todo salpicado de barro, y sin saber ya dónde poner los pies, iba Adolfo temblando ante la escena que le aguardaba en casa.

Su mujer aguardaba detrás de la puerta.

—No entres. Quitate las botas antes, y, sobre todo, no te las limpies en el limpiabarros, que lo vas a manchar. No, no me beses todavía, marrano.

Sólo cuando se puso las zapatillas, que su mujer le alargó desde la puerta, pudo Adolfo entrar en su casa.

—¿Cómo vienes! Es que no sabes andar.

—Yo pongo cuidado, Carolina, pero esos autos...

—Es que estás siempre en las nubes. Anda, bésame ahora. ¡Pero no me toques con tus manos puercas! ¡No te acerques mucho, que me llenas de barro!

Se había quitado el abrigo y sentía necesidad de sentarse. Iba a hacerlo en el sofá, pero Carolina le detuvo:

—¿Qué vas a hacer?

—Sentarme.

—¿Sentarte ahí? ¿Pero estás loco? ¿No ves que he puesto una funda nueva?

—Pues dame un papel y lo pondré encima.

—No digas tonterías. Vamos a la mesa. Pero mucho cuidado con el mantel, que lo he puesto hoy lim-

pio. ¿Sabes en qué he estado pensando toda la mañana?

—¿En qué has pensado, Carolina?

—En la boda de tu amigo Gustavo, que se celebra precisamente el día que yo recibo. Como es posible que venga gente a verme, podías ir tú solo a la boda. ¡Adolfo, que manchas la servilleta de tapioca!

—Perdona, hija.

—Perdona, perdona. Lo que hay que hacer es tener cuidado. No sabes comer.

—Está bien; no sé comer. Pero volvamos a la boda de Augusto. ¿Cómo no vas a ir tú habiéndonos invitado a los dos al banquete de boda?

—Pero como recibo ese día...

—Si no viene nunca nadie.

—Pero... ¿y si viene alguien?

—Está bien; iré yo solo. Ya ves que no te molesto con mi insistencia.

Un silencio. Carolina se levantó para ir a la cocina en busca de los huevos al plato. Al volver miró a su marido con ojos desconfiados.

—¡Cualquiera diría que te alegra que yo no vaya a esa boda!

—¿Qué cosas dices!

—¡Como que no lo veo todo claro! No puedes ocultar el fondo de tu pensamiento. ¡Cuidado con el mantel! ¡Pues bien, he pensado otra cosa! Iré a la boda.

—Bueno, ven.

—¿Te molesta, tal vez?

—¡Oh! Basta de discusiones. Vamos a comer tranquilamente.

Las cinco y media. La comida se había prolongado. Los señores de Dindonnet regresaban tranquilamente a casa.

—Verdaderamente, Carolina, que has estado imprudente. ¡Vaya una cara fúnebre que has tenido! Augusto lo ha notado.

—¿Qué quieres? No puedo remediarlo. Durante todo el día he estado pensando que tenía la casa sin arreglar, la cama sin hacer...

—Es que se nos hacía muy tarde y no acababas nunca de vestirme.

—¡Di ahora que yo he tenido la culpa.

Habían llegado a casa. Se precipitó a la portería.

—¿Ha venido alguien, señora Botte?

—Sí, señora.

Carolina, rabiosa y triunfante, se volvió a su marido.

—¿Has oído? ¡Cuando yo te decía que vendría alguien!

—Ha sido un ladrón—dijo tranquilamente la portera.

Los Dindonnet dieron un salto.

—¿Eh? ¿Qué? ¡Ladrones! ¡Dios mío! —exclamó Carolina.

Y el marido pálido:

—¿Qué dice usted?

—Lo que usted oye. Hace una media hora. Pero tranquilícese. Los vecinos oyeron ruido, acudieron y el ladrón fué detenido antes de que tuviera tiempo de llevarse nada.

—¡Menos mal!

Subieron a toda prisa. Dindonnet corrió a su mesa de despacho, al armario, a la cómoda.

—¡Gracias, Dios mío! No ha sido fracturado ningún mueble. Tranquilízate Carolina. Pero, ¿qué tienes? ¡Supongo que no te vas a echar ahora a llorar! ¡Ah, ya! Comprendo. La emoción...

—¿Qué emoción ni qué narices!

—¿Entonces?

—¿Qué habrá pensado de mí el ladrón al ver que eran las cinco de la tarde y estaba la cama sin hacer?

¡No se asuste!

Es cierto que la temida influenza ha vuelto a hacer su trágica aparición en esta ciudad. Pero con asustarse no se gana nada. Lo que hay que hacer ahora es prepararse. Tomar las precauciones aconsejadas por los médicos y tener siempre a mano un tubo de FENASPIRINA, el remedio admirable que salvó tantas vidas en el mundo entero durante la última epidemia. En cuanto se sienta Ud. con dolor de cabeza, malestar, escalofrío y maltrato en todo el cuerpo, métase en la cama, tómese dos tabletas de FENASPIRINA con un trago de agua é inmediatamente después un limón exprimido en agua caliente; abríguese bien y sude. Tres o cuatro horas después, si los síntomas no han desaparecido, tómese otras dos tabletas. Por lo general, esto basta para contener el avance de la enfermedad.

¡Compre un tubo de FENASPIRINA ahora mismo! Si no lo hace, quizás tenga que arrepentirse. Supóngase que Ud. o alguno de su familia se sientan enfermos esta noche, cuando ya las boticas estén cerradas...



SICILIANA

Por Georges Lachaud

El clown y el acróbata eran inseparables: eran coetáneos, compatriotas y amigos de la infancia. Tuve ocasión de conocerlos en el Circus de Bolonia, y puedo asegurar que nunca he visto una escena tan terrorífica como la que ellos representaban.

Después de unas cuantas habilidades, diestramente ejecutadas, pero ni muy nuevas ni muy notables, el acróbata trepaba al techo del circo.

Era un joven bien formado, robusto y vigoroso, de facciones regulares, ojos expresivos y cabellos abundantes y rizados. Se llamaba Paolo, y era el tipo perfecto del italiano meridional.

El clown se llamaba Giovanni. Este, aunque tan esbelto y agraciado como el otro, era, en la escena, un pobre diablo corcovado, derrenegado y patizambo, con una cara más horrible que grotesca. Aparecía siempre con la nariz pintada de negro; y como el resto de su cara era una gruesa capa de albayalde, esa nariz negra hacía, a la distancia, un efecto macabro y repulsivo.

Durante la primera parte de la representación del acróbata, el clown se limitaba a hacer los gestos más horrorosos y las contorsiones más extravagantes, o pretendía imitar, con el éxito más desgraciado, las proezas atléticas de su compañero. Pero, cuando éste trepaba al techo del circo, el papel que el clown desempeñaba entonces, era serio e importante, terriblemente importante.

Subía a su vez a un tablón ancho, suspendido horizontalmente de sus extremos por dos gruesos cables que colgaban del techo. Y entonces el acróbata se precipitaba cabeza abajo desde aquella altura vertiginosa, con el cuerpo rígido, los brazos extendidos, las manos juntas, en la posición del nadador que va a zambullirse.

Se habría hecho pedazos contra el piso, pues para este caso no se tendía red alguna ni grande ni chica, si el clown no hubiera estado allí, sobre el tablón, pronto para aferrar instantáneamente entre sus hercúleos brazos a su compañero, cuando éste pasaba como una bala por delante de él, deteniéndolo así en su mortal caída, a un par de metros del piso, entre los gritos de angustia y los aplausos frenéticos de los espectadores.

Pablo y Giovanni habían hecho su fortuna con esta proeza realmente estupenda, que ejecutaban desde hacía años, siempre con éxito brillante; y era evidente que la vida no habría sido para ninguno de los dos tan fácil, si hubieran tenido que ganársela por separado, el uno como simple clown, el otro como simple acróbata.

Sin embargo, hubo un momento en que pareció inminente la disolución de esta sociedad que tantos beneficios les reportaba. En el curso de una de las triunfantes jiras que solían hacer de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, habían visitado su aldea natal, situada al

pie del Etna, y con este motivo habían vuelto a ver a Rosina, amiga de la infancia de uno y otro, en la cual ambos habían puesto secretamente sus esperanzas de ventura, cuando, seis años antes, se habían lanzado al mundo a buscar fortuna.

Los encantos de la muchacha, una lindísima mocetona tan robusta de cuerpo como fuerte de espíritu, tuvieron la virtud de despertar a un tiempo en el corazón de Paolo y de Giovanni una pasión igualmente avasalladora, que ambos, uno tras otro, con media hora apenas de in-

fortunado con palabras de amistad, fervientes y apasionadas.

Si hizo esto por pura bondad de alma, o porque calculó que el rencor de Giovanni podía causar la ruina financiera de su preferido, este es un punto difícil de determinar. Lo cierto es que Giovanni, enfurecido en el primer momento de la entrevista, se separó de Rosina con la cabeza baja: vencido o convencido, esta es otra disyuntiva también difícil de resolver.

Y cuando Paolo, lleno de inquietudes por su porvenir, fué ansioso a buscar a su asociado para saber si lo que acababa de ocurrir había roto o no la lucrativa vinculación que los unía, Giovanni le respondió taimadamente que todavía no había resuelto nada sobre eso, que tal vez sí, que tal vez no; y se mantuvo a la expectativa.

Pero, pocos días después, Paolo se casaba con Rosina, y Giovanni



—Pero, ¿qué haces?
—Echando las cartas para ver si me dicen que voy a quedarme viudo...

tervalo, declararon a la joven que era objeto de ella, provocando en el alma de ésta el conflicto consiguiente y creando entre ellos mismos una situación preñada de peligros y de amenazas.

Pero Rosina no tardó en decidirse, y su decisión fué favorable a Paolo. Llamó a éste, y le abrió las puertas del cielo con su promesa. Llamó al otro, y lo precipitó en el infierno con su repulsa. Sin embargo, trató de atenuar el dolor del

no tuvo inconveniente en ser el padrino de boda de su rival.

Ni tuvo tampoco inconveniente en ser testigo de la felicidad de éste, pues Paolo se llevó consigo a su mujer cuando todos, y Giovanni entre ellos, reanudaron la jira interrumpida.

Sólo que, desde ese momento, el clown y el acróbata no fueron inseparables sino en la escena. Fuera de ésta, los atractivos del hogar del uno y los placeres de la soltería del

LA GRIPPE

Mucho se ha hablado sobre esta enfermedad, pero en realidad, lo que se sabe es que cada enfermo reacciona a su manera, y que se localiza en muy diversos órganos. El estado anterior del individuo parece tener gran influencia en esto. (Dice el Dr. G. Lyon). Y en muchos se localiza única y primitivamente, aparte de síntomas secundarios, como dolores de cabeza, tos, etc., en el aparato digestivo. No cabe lugar a dudas, pues, que lo primero es purgarse. Y que para el caso, lo mejor será una purga que tenga acción desinfectante: tal el "Sacarol". En todas las farmacias se vende el "Sacarol" a 45 centavos, y debe llevar la firma de Araujo y Cia. Se toma como azúcar.

otro, mantenían a cada cual en un campo diferente. Y, como siempre, la terrible escena del acróbata y el clown seguía repitiéndose de circo en circo, y el dinero seguía entrando a raudales en el bolsillo de los dos protagonistas.

Sin embargo, había entonces un punto misterioso en la vida del clown: era que, estuviera donde estuviera, Giovanni desaparecía de la manera más completa durante toda la mañana, cotidianamente, tanto los días de trabajo como los de fiesta. Lo único que se sabía a este respecto era que, al salir a la calle con el alba, tomaba en dirección al campo y no regresaba hasta la hora del almuerzo.

Había otro detalle, oscuro también, en la vida íntima del personal del circo: el de que, de un tiempo a esa parte, se les había agregado, pero no desde muy cerca, un vejete singular, de barbas blancas y grandes anteojos azules, que seguía a todas partes al acróbata y al clown y que no perdía una sola de las representaciones que éstos daban.

Pero ni este ni aquel misterio alteraban poco ni mucho la felicidad de Paolo y de Rosina, a quienes Dios había dado ya un hijo; ni perturbaban tampoco la perfecta armonía que existía entre el matrimonio y el clown Giovanni.

Este era el estado de cosas cuando se anunció en grandes y llamativos carteles el beneficio de ambos artistas en el Circus de Bolonia, para la noche de un sábado.

La mañana de este día, Giovanni salió a dar, como siempre, su paseo cotidiano. Tomó en dirección al barrio bajo de la ciudad y se internó en él; y, deteniéndose delante de una casucha de miserable aspecto, abrió la puerta, que estaba cerrada con llave, y entró.

Detrás de él, con pocos minutos de intervalo, entró también allí un anciano de barbas blancas y grandes anteojos azules. Era el vejete misterioso, el admirador y compañero de andanzas de los dos artistas.

Este cruzó los aposentos de la casa, completamente vacía y deshabitada, y se introdujo en un tinglado de alto techo que se alzaba en el fondo. En este tinglado estaba Giovanni en mangas de camisa, y allí no se veía más que un tablón ancho, suspendido horizontalmente de sus extremos por dos gruesos cables que colgaban del techo.

La fe en sí mismo

Hay pocos hombres que tengan fe en sí mismos, y entre este corto número, los unos nacen con esa fe que viene a ser para ellos como una provechosa ceguera o un oscurecimiento parcial de su inteligencia (¡qué espectáculo presenciarian si pudieran mirarse las entrañas!); los otros se ven obligados a adquirirla: todo lo bueno, lo sólido, lo grande que hacen, comienza por ser un argumento contra el escéptico que en ellos reside; es menester convencerle y persuadirle y para ello casi se necesita genio. Los últimos son los más exigentes consigo mismos.

FEDERICO NIETZCHE.



Sin decir una palabra, el recién llegado tiró al suelo el sombrero, se quitó los anteojos, se arrancó las barbas, se sacó el sobretodo y los pantalones, y quedó convertido en un joven rozagante, en traje de acróbata.

—¿Vamos?—propuso a Giovanni.

—Vamos—dijo el interpelado.

El acróbata trepó al techo, y el clown subió al tablón; y en aquel lugar se hizo y se repitió, hasta tres veces, en medio del silencio más completo, y con el éxito más afortunado, la terrorífica escena, la estupenda proeza que Paolo y Giovanni representaban en público, entre los gritos de angustia y los aplausos frenéticos de los espectadores.

—Pietro—dijo Giovanni al acróbata cuando terminó el experimento. —Creo que puedes estar contento, porque con este ensayo doy por concluido tu aprendizaje. Dentro de un mes empezarás ya a hacer fortuna. A menos que te arrepientas...

—No, Giovanni — dijo el otro con firmeza.

—Bueno. Te recuerdo otra vez tu juramento. Tú no me conoces, tú no me has visto nunca en tu vida, hasta el momento en que vengas a buscarme dentro de un mes. Suceda lo que suceda, tú no me conoces, tú no sabes nada... ¿Oyes?

—Sí.

—Suceda lo que suceda.

—Suceda lo que suceda—repitió Pietro.

—Y te recuerdo también que la traición te costaría cara, muy cara... Tú podrías quizá arruinarme, pero te aseguro que no sobrevivirías a mi desgracia... Tengo amigos... Pietro sostuvo la mirada feroz que, junto con estas palabras, le dirigió Giovanni, y dijo con una sonrisa:

—Suceda lo que suceda, el secreto me conviene a mí tanto como a tí... Será mi fortuna.

—¿Y qué es lo que puede suceder? — preguntó Giovanni bruscamente con una voz que era un ruido, acercándose al acróbata con los puños cerrados, la cabeza baja, los dientes apretados, la mirada entre las cejas, en la actitud de un tigre que va a saltar sobre su presa.

—No sé...—dijo el otro, sonriendo siempre; y bajó la vista.

Pero, como Giovanni lo asiera del brazo violentamente, agregó en tono firme, y sacudiéndose:

—Ni me importa tampoco.

Aquella noche, Paolo trepó al techo del circo y metió la cabeza en un saco que se ató al cuello, y Giovanni subió al tablón. Y, como de costumbre, se hizo en todo el circo, lleno de bote en bote, un silencio aterrador. Y, como siempre, el acróbata se precipitó cabeza abajo; y, como siempre, el clown midió el tiempo y extendió los brazos. Pero, esta vez, el cuerpo de Paolo pasó como una bala, rozando las puntas de los dedos de Giovanni, y se estrelló en el piso.

Por un brevísimo instante, el cuerpo del infeliz se destacó clavado en la arena, formando un ángulo con el vértice hacia arriba. Luego, se tendió de lado, las piernas rígidas, el busto y los brazos hechos una masa informe.

Primero, se oyó el golpe sordo del choque y un grito de Giovanni.

Luego, resonó un alarido espantoso, uno solo, que partía de mil bocas. Después pareció que una tromba formidable arrastraba a los espectadores, de todas partes a la vez, hacia el centro del circo.

Y allí, en medio de la pista, el cuerpo de Paolo desaparecía ya, rodeado por una muralla de formas humanas; y, sobre el tablón todavía, Giovanni, con los ojos fijos en el cuerpo que yacía debajo de él, lloraba convulsivamente y se desgarraba las ropas y se arrancaba los cabellos.

Y, de pronto, en medio de esta agonía, el clown se quedó repentinamente hipnotizado, porque entre él y el cadáver de Paolo acababan de interponerse un par de ojos inmensos, ojos que eran como abismos que lo querían tragar, los ojos de Rosina que sospechaba...

Pero todo el mundo estaba de acuerdo en declarar que el cuerpo de Paolo había pasado demasiado lejos del alcance de Giovanni; y no hubo un solo que dijera que, a causa de los movimientos del clown, el



—¿Qué manera de comer; prefiero comprarte un traje antes de convidarte otra vez...

—¿Qué querés, viejo, son los resultados de tomar el mejor aperitivo y tónico estomacal, el HIERRO QUINA BISLERI!

Cuando la ciudad duerme...

Esta ciudad ruidosa tiene el ánima triste...

Luces, luces y luces;

alocada alegría,

pero en el fondo, es cierto,

tiene el ánima triste.

Cuando se acalla el ruido de la vida

y el silencio se abraza con las sombras,

da pena andar por la tristeza enorme

de las calles desiertas,

largas, largas y largas.

Rueda la luna en la quietud del cielo;

vuelca su claridad, y su caricia

es en las cosas como un tul de novia.

¡Nada me da tristeza más profunda

que la quietud de una ciudad que duerme!

En el fervor del día,

cuando la tierra tiembla bajo el peso

de enorme maquinaria,

—brazo, ilusión y fuerza—

acaso nadie escucha

ni sabe dónde está el ánima triste

de la ciudad. Yo sé que está escondida

en el amparo verde de los árboles,

y teje su quejumbre

como una araña quieta y silenciosa.

Pero en la noche muérense los ruidos;

a la ciudad le duelen las espaldas;

y se queja en silencio;

y se apagan las luces;

pero el ánima triste

de la ciudad no duerme;

llora sin ruido, con las luces pobres

de sus esquinas mudas...

¡Oh, sus mudas esquinas;

intersección de múltiples caminos

que en la fiebre del día

fueron encrucijadas bulliciosas!

De pronto el gran silencio se interrumpe;

un latido mecánico se acerca;

se oyen voces de un coro desacorde;

y llega y pasa la alegría inútil

de un grupo que trasnocha, en rauda fuga.

Y de nuevo el silencio que medita;

filósofo en la calma y abandono.

Las calles, mudas, largas,

son rutas de un dolor interminable,

que parecen llevar hasta la boca

de inevitable abismo;

son como lenguas secas

de la ciudad cansada,

que buscan y no encuentran el consuelo

del límpido ofertorio de una fuente...

Y sonará el silbato de la aurora

y empezará de nuevo la tarea.

JOSE E. PEIRE.

tablado se balanceaba ligeramente en el momento crítico... cosa que no había sucedido nunca.

No uno, sino dos meses después de esta desgracia horrible, los diarios de Roma publicaban las siguientes líneas:

"Podemos dar a nuestros lectores la grata noticia de que, dentro de poco, les será dado volver a admirar la portentosa hazaña que ha hecho célebre en estos últimos tiempos en todo el reino, los nombres del malogrado acróbata Paolo y de su compañero el clown Giovanni.

"En efecto, la empresa de uno de nuestros principales circos acaba de contratar al acróbata siciliano Pietro Salvini, que, en los ensayos practicados ayer con el clown Giovanni, se ha revelado perfectamente capaz de repetir, con la mayor precisión, el terrible experimento que costó la vida a su antecesor, el infortunado Paolo.

"Sin embargo, a fin de impedir que esta desgracia llegue a repetirse, las autoridades han hecho saber al empresario que no permitirán que el acróbata se cubra la cabeza con un saco, pues está casi probado que este desconcertante recurso efectista, fué la causa de que en aquella ocasión, al precipitarse cabeza abajo, el célebre Paolo se desviara demasiado del trapecio donde lo esperaban como siempre, los brazos de su amigo y compañero el clown Giovanni".

De esta noticia tuvo conocimiento también la viuda de Paolo, alojada desde la muerte de su marido en la casa paterna, en Sicilia; y ese día, inclinándose sobre la cuna donde dormía un ángel, la hermosa Rosina susurró al oído de éste mientras sus ojos lanzaban relámpagos de odio y de venganza:

—Hijo mío, cuando seas grande, yo te contaré la historia de un clown celoso, traidor e infame; y entonces tú sabrás lo que tienes que hacer. ¡Dios te conserve vivo hasta ese día!



SUGESTION

Es de piedra. Pero habla a mis antojos
En la mañana de amor florida,
Como la ensoñación de gloria y vida
Aunque estén mustios y sin luz sus ojos.

Corona ostenta de laureles rojos
Sobre su frente magistral ceñida.
Y en lo alto la diestra suspendida
En un signo inviolable a los arrojados.

Más de una vez a contemplarla acaso
He detenido mi errabundo paso,
Quise confiarla mi pasión secreta.

Y enardecido en su mudez amante,
A la hermosura le canté triunfante
Y más que nunca me sentí poeta.

OCASO

Muere la tarde. En el confín lejano
La púrpura del sol sobre la grama
Como encendida pira se derrama
Y corre por el monte y por el llano.

De su labor ha vuelto el hortelano
Al amor del hogar que le reclama.
Y es un paisaje azul el panorama
Del surco abierto al fecundante grano.

Vuelan las aves en tropel al nido.
De la majada el postrimer mugido
Se pierde en la penumbra campesina.

Y en ése enmudecer de la natura,
El sol descende de su regia altura
Mientras la negra noche se avetina.

RESURRECCION

Es un crepúsculo mi vida. Acaso
Un día podrá ser que yo te escriba
Confiándote mi pena y te describa
Esas horas sin luz por donde paso.

Mi pobre juventud marcha a su ocaso
Como el lirio que el cierzo lo derriba.
Mis ilusiones miro y desde arriba
El sol me envía su fulgor escaso.

Deja que me hunda como el sol. Mañana
Cuando sus rayos doren tu ventana
Y su fulgor extraño te despierte,

Piensa entonces en mí. Sin egoísmo,
Al resurgir del mundo en que me abismo,
Entre tus brazos clamaré: soy fuerte.

TRIUNFADORES

Son aquellos que van la frente erguida
Llena el alma de angustias y de amores,
De la idea del bien los sembradores
En medio a las borrascas de la vida.

No son aquellos de virtud suicida
Que tras del oropel tronchan sus flores.
Sino aquellos eternos luchadores
Que escalaron la cumbre apetecida.

NUESTROS POETAS Vicente Bove



Hace ya dos lustros por lo menos, cuando nuestro ambiente intelectual lo llenaban los cantos armoniosos de Carriego, Espiro, Ugarte y otros más. Vicente Bove surgió con su libro de sonetos "Vibraciones", de corte clásico, de finales rotundos e impregnados de una suave musicalidad. Era en el tiempo que la aparición de un poeta resultaba algo poco común, extraño si se quiere. Sin embargo, Bove, siguió cantando los impulsos de su espíritu sensible y más tarde, cuando aquel ambiente se había conmovido y los enredos líricos y altisonantes de Banch, Capdevila, Ghirardo y otros, sacudían la apatía intelectual, dió Bove un segundo tomo de bellísimos sonetos, con la presentación de Manuel Ugarte. Sus versos fueron bien aplaudidos por la crítica consciente, y su nombre ocupó un puesto en la lírica argentina.

En la actualidad, Bove, desde la falange del periodismo, vuelca de vez en cuando su alma en mil facetas de extrañas armonías y nos da sus sonetos, en cuyo molde se ha especializado; estrofas que deben reunir la verdadera pulidez académica; siendo las más difíciles en su aparente simplicidad.

El poeta ama la sencillez; gusta de la soledad porque sabe que en ella descubre mejor el cielo de su fantasía.

Como verán los lectores de FRAY MOCHO, por las poesías que insertamos, Bove es un poeta sentimental, no un panteísta. Su alma refleja sus estados, su inquietud.

El nuevo libro de Bove, que prepara para en breve, reafirmará sus bellas cualidades de poeta.

El autor de "Olimpicas" ha obtenido en juegos florales de este país y del extranjero, infinidad de premios que acreditan sus condiciones excelentes de escritor. Su nombre, pues, nos es familiar, porque sus versos han visto las columnas de todas nuestras principales publicaciones y su nombre está a la vanguardia de nuestros buenos poetas.

Triunfadores no son los que la fama
Con su trompeta sonoral proclama
Cual grandes paladines de victoria.

Sino los que van solos y combaten,
Que arrastrando una cruz, también se baten,
Para poderse coronar de gloria.

A UN POETA

Sea tu verso inicial
Contra la maldad que asedia.
Algo siempre se remedia
Cuando se combate el mal.

Sé bueno y sentimental,
Y no un muñeco de feria,
Vales más en tu miseria
Que todo un señor feudal.

Y deja que tu contrario,
—El célebre millonario—
Siga en su tanto por ciento.

Que oro no tendrá bastante
Para comprar el diamante
Que brilla en tu pensamiento.

DESPUES QUE MURIO LA NENA

No ha florecido el rosal
Después que murió la nena.
Y en la casa hay una pena
Y un silencio sepulcral.

La ciencia para su mal
No tuvo palabra buena.
Enfermedad que condena
Desde un principio es fatal.

La madre desesperada
Clama por su hija adorada
En un rincón del hogar.

Y como un contraste odioso.
Del arrabal misterioso
Un tango se oye sonar.

FRANCO

Intrépido aviador, que en magno vuelo
Ha llenado una página de gloria,
Y en haz de resplandores la victoria
Lo condujo, triunfante, por el cielo.

Ya se ha colmado al fin su gran anhelo,
Nuevo Colón para la humana historia.
Y será su admirable trayectoria
Hoy festejada en argentino suelo.

Volador colosal, noble y valiente,
Que cruzando uno y otro continente
Su bandera de honor alza y tremola.

Ya su vuelo inmortal el mundo aclama.
Y brindemos por Franco y por su fama
Y su heroica nación que es la española.

LA DIPLOMACIA

Por Pierre Veber

Telegrama de las agencias:

"Un suceso horrible ha causado gran consternación entre los habitantes del territorio en litigio: un niño de siete años, hijo de un leñador, perdió a sus padres y partió con sus siete hermanos para ganarse la vida. Este niño, llamado Pulgarcito, juntamente con sus siete hermanos, ha sido capturado por un bandido monstruoso que se alimenta de carne humana. A esta hora se sigue sin noticias de las desgraciadas criaturas. Rogamos a las autoridades de los pueblos vecinos que empleen la fuerza para libertar a los niños cautivos del ogro".

Telegrama de las potencias a las autoridades de los pueblos limítrofes del territorio en litigio:

"Envíen detalles sobre incidente Pulgarcito y suspendan acción de justicia hasta nueva orden".

Respuesta a estos telegramas:

"El ogro habita una caverna justamente en medio del territorio en litigio, que está limitada por las cuatro potencias Norte, Sur, Este y Oeste. Sin embargo, es preciso impedir que ninguna de las potencias tome la iniciativa, pues se arriesgaría el equilibrio de las cordiales relaciones internacionales. Esperamos órdenes urgentes, pues el ogro se ha comido a uno de los prisioneros".

De las potencias a las autoridades:

"Enviamos representantes diplomáticos. Evitad toda demostración que pueda interpretarse en cualquier sentido".

De los plenipotenciarios a las potencias:

"Hoy, primera reunión. La desconfianza inevitable de estas entrevistas ha sido prontamente sustituida por una gran cordialidad. Se ha acordado, sin embargo, no resolver nada sin antes haber examinado a fondo la cuestión. Próximamente publicaremos un libro sobre la cuestión Pulgarcito".

Respuesta:

"Apresúrense. El público se inquieta. Se sabe que el monstruo ha devorado a otro de los hermanos del infortunado Pulgarcito."

Plenipotenciario a la potencia Norte:

"Nuestra diplomacia ha estado a la altura de su misión. Triunfamos en toda la línea. Hemos obtenido que para la discusión actual se emplee nuestra hermosa lengua nacional. Esto ha sido decidido en menos de tres días."

Plenipotenciario a la potencia Sur:

"Nuestra diplomacia ha conseguido una deslumbrante victoria. Hemos obtenido, al cabo de dos días, que el acta de los debates se redacte en nuestra hermosa lengua nacional".

Telegrama de las agencias:

"El acuerdo entre las potencias parece inminente. La necesidad de una acción común ha sido aceptada ya por el Consejo. Se va a redactar una nota que se remitirá al ogro uno de estos días. La actitud del monstruo es rebelde. Se ha comido a otro hermano de Pulgarcito. Los

cinco niños supervivientes piden socorro. Convendría apresurar más la solución de este incidente."

Plenipotenciarios a las potencias:

"El acuerdo que iba por buen camino, sufre algunos retrasos. Se acaba de presentar una grave cuestión: ¿A qué nacionalidad pertenece Pulgarcito? Es preciso que se



EL BORRACHO.—¡Fíjate! ¡De anoche acá he perdido dos kilos!
EL AMIGO.—¡Habrás querido decir dos litros!

aclarar este punto, pues de lo contrario se favorecería a un país a expensas de los otros. Se dice que no tenía domicilio fijo y erraba por los países donde, de vez en cuando, encontraba trabajo. Si esto es verdad, las negociaciones se reanudarán activamente. Se espera una solución para el fin del mes próximo".

ya más que dos hermanos vivos".

De los plenipotenciarios a las potencias:

"Una solución militar se impone. El ogro persiste en no tener en cuenta nuestras intimaciones. Actualmente la unión entre las potencias es seria y debe aprovecharse. Esperamos órdenes".

Extracto de los periódicos:

Madrigal a unos ojos

Divinos ojos que hieren como acerado puñal,
y que en la mirada bella
llevan cautiva una estrella
divinal.

Si alguien se mira en tus ojos, feliz, señora, el mortal
que siga tu etérea huella,
para decir la querella
de su mal.

Pues que tendrá, a buen seguro,
para alumbrar las tinieblas de algún gran dolor oscuro,
de tus ojos el milagro de un resplandor sideral.

Y pobre de mí que he sido,
por pretender lo imposible, cruelmente en el alma herido
de tus ojos delincuentes, por el oculto puñal.

ARTURO LESCANO.

Fragmento de una carta de Pulgarcito:

"...¡Venid a socorrernos! Ya no somos más que cuatro. Bastaría con mandar un gendarme. El ogro se burla de las notas que le dirigís. Si no nos socorréis estamos perdidos..."

Telegrafía de las agencias:

"El incidente Pulgarcito entra en una nueva fase. Los plenipotenciarios se han reunido y de común acuerdo han redactado una nota conminatoria dirigida al ogro. Los términos exactos de esta nota no son conocidos; pero se sabe que intima al ogro a libertar sus prisioneros en el más breve plazo. ¡Ya era hora! Según últimas noticias, el desgraciado Pulgarcito no tiene

CONTRA
LA TOS
Y CATARROS
BRONQUITIS
LARINGITIS
INFLUENZA
PILDORAS
DE
Catramina
BERTELLI

Se venden
en todas
las Farmacias

Concesionarios
para ARGENTINA,
URUGUAY Y PARAGUAY:
JOSÉ PERETTI Y C.ª
BUENOS AIRES
MONTEVIDEO

"Política extranjera. — ¿Cuándo se decidirán a obrar? Desde hace más de dos meses que se verifican las negociaciones han sido devorados seis hermanos de Pulgarcito. Somos la irritación del mundo entero. Los gabinetes discuten mientras que el pueblo reclama a grandes voces una solución violenta. ¡Un solo ogro tiene en jaque a cuatro naciones!"

Potencias a plenipotenciarios:

"¡Apresúrense! ¡Urge! Como si gan más tiempo haremos el ridículo".

Respuesta a los anteriores:

"La opinión debe tranquilizarse. Pulgarcito vive todavía. Felizmente, hemos concluido nuestro Tratado. Se ha convenido que cada una de las cuatro naciones envíe un gendarme. El cabo será suministrado por una quinta potencia no interesada en el debate. De este modo ninguna inquietud ensombrecerá el horizonte político. Hemos remitido hoy mismo nuestro ultimátum al ogro. Si pasado mañana Pulgarcito no está libre obraremos con toda energía.

Otro telegrama de los plenipotenciarios:

"En el momento de entrar en campaña nos enteramos con estupor de que Pulgarcito acaba de ser comido. A consecuencia de esto, nos parece resuelto el incidente, y debemos considerarnos felices de no haber tenido que intervenir."

Extracto de los periódicos:

"El incidente Pulgarcito está completamente resuelto, para satisfacción de todas las potencias. Cuando se piensa que hubiera bastado tan poco para romper el equilibrio europeo se queda uno asombrado y tembloroso. Por fortuna, nuestros diplomáticos han estado a la altura de las circunstancias, y su tacto y habilidad superan a todo elogio. Han sabido contemporizar, evitar los choques, sobrellevar las susceptibilidades y sentar, en fin, las bases de una paz firme y duradera. Podemos afirmar que gracias a ellos no subsiste ninguno de los motivos que podían haber revolucionado el Universo".

Telegramas de las agencias:

"Los jefes de las cuatro potencias han enviado la cruz de sus diversas órdenes a cada uno de los plenipotenciarios que han tomado parte en las últimas negociaciones diplomáticas."

CURIOSIDADES

Hace veinte años se necesitaban seis u ocho metros de tela para hacer un traje cumplido a la mujer, en tanto que hoy con poco más de dos o tres ya está arreglada.

El boxeo que pudiéramos llamar científico empezó en Inglaterra allá por el año 1740.

Según uno de los últimos censos de los Estados Unidos, resulta que en ese país hay 1.920.220 más mujeres que hombres. En la Gran Bretaña ese exceso de la población femenina sobre la masculina es de 1.720.802.

Cuando las muchachas de algunas tribus del sur del Lago Chad están entre los ocho y diez años, se les hace un orificio en los labios superior e inferior y se les mete en ellos discos ligeros de metal, que se sustituyen por otros de madera, y que aumentando de tamaño, hasta que los labios se han extendido en unas proporciones increíbles.

Recientemente en Tien-Tsin, en China, un tranvía arrolló a un ciclista, ocasionándole la muerte. Dos días después, cuando la familia de la víctima conducía el cadáver a la última morada, el cortejo fúnebre se paró justamente en el lugar del accidente y el féretro fué depositado entre los railes.

Como podemos suponer, inmediatamente se detuvo la circulación y se produjo una confusión enorme. No obstante esto, el convoy fúnebre no se puso en marcha hasta que los funcionarios de la Compañía no expresaron a la viuda su condolencia y aquélla hubo recibido una fuerte indemnización.

Según la tradición, Cyges key de Lidia, el Gog de la Biblia y el Gugu de las inscripciones asirias, fué el que inventó el sistema de monedas.

La proporción de sal (cloruro de sodio) en las aguas del mar, es la siguiente: cada tonelada de agua del Océano Atlántico contiene 36 kilogramos de sal; del Océano Pacífico, 35 kilogramos; de los Océanos Artico y Antártico, 28 kilogramos y del Mar Muerto 39 kilogramos.

En las puertas de los cafés de Yugoslavia, es frecuente ver orquestas de jóvenes que tocan la mandolina y la guitarra, acompañados de muchachas que cantan sentadas delante de ellos.

Las locomotoras más antiguas que aun existen son las "Puffing Bully" y "Urylan Billy", construidas hacia el 1812 por Fawcett y Hackworth, de Inglaterra.

Las islas Filipinas pueden producir 75.000 toneladas de caucho anualmente.

Los naturalistas de la expedición Mac Millan, informan haber encontrado hierba azul en las regiones árticas.

Las ballenas, dice el doctor Miller, fueron antiguamente animales terrestres, pero los elementos de su cráneo, en vez de unirse en una misma superficie, como los del perro y de los demás mamíferos terrestres, se distinguen por su marcado enchufamiento, debido a que se meten unos en otros. El hueso de la parte posterior de la cabeza es llevado hacia adelante y el hueso que forma la parte anterior del hocico es impelido hacia atrás, sobre la parte central del cráneo.

La mano llevada a la cabeza era, entre los antiguos, un signo de seguridad, o demandada u obtenida. Plutarco, en la vida de Tiberio Gra-

co, refiere que éste, viendo que Scipion Nasica venía a matarle, y que era tan grande el tumulto que no podía dejarse percibir su voz, se puso la mano sobre la cabeza para indicar la magnitud del peligro y demandar socorro.

El nombre griego del dios del amor es Eros, que los romanos tradujeron por la palabra "Amor" o por "Cupido", sin que entre esas palabras se pueda establecer diferencia determinada. En Roma no llegó a tener culto especial ni característico de dios secundario, como en Grecia, figurando sólo como genio. La fábula indica que vemos oculto a Cupido en los bosques para librarle de las iras de Júpiter, quien, adivinando los disturbios que el niño había de producir, obligó a su madre a que se desprendiera de él. Oculto en el bosque, fué amaman-

tado por la cabra Amaltea, y ejercitándose después en el tiro, de este modo pudo después herir con tino en los corazones humanos con las flechas que Vulcano fabricó para él: una de oro, que enciende la pasión en las almas, y otra de plomo, que produce la antipatía.

Antes de que la prensa pusiese al alcance de todos las noticias interesantes, el heraldito del rey en las ciudades y el pregonero en las villas, daba a conocer a los vecinos los asuntos más importantes.

Los jornaleros coreanos tienen la costumbre originalísima de tenderse sobre las traviesas del ferrocarril durante las calurosas noches del verano.



Dientes blancos y limpios

El cuidado de los dientes, ha tomado gran importancia en nuestra época; antaño cuidarse los dientes era algo más bien reservado al sexo débil, pero hoy, como es una medida higiénica tan saludable, se pueden contar con los dedos los que no se limpian diariamente la dentadura, tanto hombres como mujeres, pues no sólo es cuestión de higiene sino también de coquetería. ¿Hay acaso algo más feo que dientes sucios y negros? Ahora bien, ¿con qué limpiarlos?

LAS AGUAS DENTIFRICAS tienen un pequeño poder antiséptico, pero no limpian.

LAS PASTAS DENTIFRICAS dan la ilusión de que limpian; las que contienen jabón disuelven las grasas, pero lo que está pegado a los dientes, el sarro, sale en muy pequeña cantidad y sólo por la acción del cepillo.

Para limpiar verdaderamente, sólo existen los POLVOS DENTIFRICOS y solamente algunos, pues hay muchos que son nocivos. Los buenos que compre Vd. en cajitas le cuestan muy caro, pues una caja que contiene de 20 a 30 gramos vale arriba de \$ 1.— Nosotros fabricamos un rico

POLVO DENTIFRICO ROSADO

según una fórmula que venimos perfeccionando desde hace años. Es lo mejor que hemos encontrado para limpiar los dientes sin estropearlos; son sumamente agradables al gusto y los vendemos sin lujo en bolsas de papel

de 1/4 kilo \$ 2.50—de 1/8 kilo \$ 1.40

Con cada paquete regalamos una cajita para usarlos. Con muy poco gasto puede pues Vd. tener los dientes blancos con el Polvo dentífrico de la

FARMACIA FRANCO-INGLESA

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires



Inauguración del Hogar Policial de la Sección 1ª



Con asistencia del presidente de la República, del ministro del Interior, del intendente municipal, del jefe de policía y de otros funcionarios, realizóse el acto de la inauguración del Hogar Policial destinado a vivienda del personal subalterno de la sección 1.ª de policía.—A la izquierda: el presidente de la comisión organizadora, señor Enrique Lavalle, pronunciando su discurso ante el primer magistrado.—A la derecha: el presidente de la República firmando el acta de la inauguración oficial.



El doctor Alvear abriendo la puerta del Hogar Policial, acto con el que se dió por inaugurado el mismo.

Una visita parcial del edificio del Hogar Policial de la sección primera, situado en la calle Independencia, entre las avenidas Azopardo y Huergo.

ANIVERSARIO DE LA INDEPENDENCIA DE BOLIVIA



Conmemorando el centésimo primer aniversario de la independencia de Bolivia, la sociedad "Juana Azurduy de Padilla" organizó una velada patriótica que se llevó a cabo en el Plaza Hotel.—A la izquierda: el doctor Enrique Loudet pronunciando un discurso alusivo a la mencionada efemérides.—A la derecha: una vista parcial de la concurrencia que asistió al acto.

"¡BIENVENIDOS!" POR CÉSAR A. FERRARI



Conciertos



Señorita Amelia Conte, notabilísima soprano, discípula del maestro Paggi, que obtuvo un brillante éxito en el concierto de música de cámara, recientemente organizado por la Sociedad Argentina de Conciertos y donde hizo gala de una magnífica voz y de excepcionales dotes artísticas.

Banquete al doctor Alfredo Sordelli



En los salones de la Confitería del Aguila, sirvióse el banquete organizado en honor del director del Instituto Bacteriológico del Departamento Nacional de Higiene, doctor Alfredo Sordelli, con motivo de su acertada actuación al frente de dicha repartición. La cabecera de la mesa ocupada por el obsequiado a quien acompaña el ministro del Interior, el presidente del Departamento Nacional de Higiene, el director del Museo de Historia Natural y otros caballeros.



Caricaturas de Sanguinetti

Doctor N. Kybal, ministro de Checoslovaquia. Este diplomático es el primer representante de la mencionada nación, acreditado ante nuestro gobierno.



Señor Eric Eimar Ekstrand, nuevo ministro de Suecia, en la Argentina.



Festival en el teatro Boedo

Elementos de la compañía que dirige el aplaudido primer actor Héctor Vozza, que tomaron parte en la función realizada en el teatro Boedo, con objeto de allegar fondos a la colecta organizada a beneficio del mecánico Campanelli. Durante el acto hicieron uso de la palabra los señores Oscar R. Beltrán y Salvador Riese.



Demostración al señor Fonso

Vida artística



Con motivo de cumplir sus bodas de plata al frente de la administración del Hospicio de las Mercedes, el señor Onofre P. Fonso, fué obsequiado con un banquete servido en su honor, en el restaurant La Sonámbula.—La cabecera de la mesa.



Irma Ema Lecot Palomeque, precoz declamadora uruguaya que, después de triunfar en su patria, nos visitará en breve.



El bailarín español E. Palos, que actuó por largo tiempo en los teatros de variedades de Buenos Aires, formando parte del conocido "Trío Palos" y que ha obtenido un gran éxito en los escenarios estadounidenses.



Señora Guiraldes de Degreft y doctores Guiraldes y Bollini.



Señoras de Virasoro y Del Piano y niños de Virasoro, Buelink, Del Piano y Giménez Zapiola.

DE ALTA GRACIA



Señorita María Angélica Finn Sastre.



Señoritas de Bollini Roca y señores Eduardo Bosch Gramajo y Carlos Rom.



Mr. Jay, embajador de los Estados Unidos de Norte América en la República Argentina.



Señoritas María Cristina Ruiz Pano y Fourvel Rigolleau, y señores Padilla, Rom y Pérez Mendoza.



Niños de Gofí, Del Piano, Seeber, Casado Sastre, Gondra y Giménez Zapiola.



Actualidades cinematográficas



Jacqueline Logan en "Al abrirse la puerta", cine-drama que la Fox distribuye desde el jueves último.



Douglas Fairbanks y Billie Dove en "El pirata negro", novísima producción del gran actor, que Artistas Unidos presentará a principios de septiembre próximo.



Aileen Pringle y John Gilbert, en el cine-drama extraordinario "Tres semanas de amor", que la Corporación estrenará el 22 del corriente.



Harry Carey (Cayena) y Harriet Hammond, en "El hombre de la Quebrada Roja", que Glücksmann presentará el miércoles próximo.



Vera Reynolds y William Boyd en "La senda de ayer", producción extra de Cecil de Mille, que Glücksmann comienza a distribuir.



Pasaje de "Sangre canallasca", film que interpretan B. Flowers, M. Flynn, K. Mac Guire y L. Shunway, que la Corporación estrenará mañana.



Irene Rich y Victor Varconi, quienes con Huntley Gordon interpretan "Coqueta incurable", que la General estrenará el viernes próximo.

La senda de ayer

DIRECTOR:
CECIL B. de MILLE

POR:
Joseph Schildkraut,
Julia Faye, Vera
Reynolds

Marca: "PROD. DISTR"

TODOS LOS DIAS
TARDE Y NOCHE

Gran Splendid
Palace Theatre



PROGRAMA SUPER EXTRAORDINARIO
MAX GLÜCKSMANN



"Camouflages" sociales



Entrando a proveerse de la ropa de rigurosa etiqueta, necesaria para cubrir las apariencias mundanas.

¡Cuántos misterios encierran esos trajes de etiqueta, destinados a cubrir las apariencias y a transformar rápidamente en elegante mundano, a aquel a quien lo obligan a serlo imperativas exigencias protocolares!

No son estos trajes, como otros tantos que, ya gastados por el uso, siguen todavía incansables el diario trajín, pasando en propiedad de mano en mano. Son ternos de mejor prosapia, y eso sí veteranos, en su mayor parte, en lides de amor, pero sufridos y obedientes. Cumplirán aún, por largo tiempo y pacientemente, su noble



El novio se coloca un flamante frac que realza su figura... y su osadía sin límites.



El "tubo", digno complemento de la mentirosa indumentaria, pone punto final a la ficción.

gre y divertida. Es cierto que yo pasé algunos malos ratos, cierta vez que me alquilaron para un entierro.

—¿Qué le ocurrió?

—Que me llenaron de grasa, me chorrearon de cera y me impregnaron con un olor de funeraria que casi me dura todavía. Pero gracias a mi buena suerte, pasé de moda y me dejaron descansar, después de tener derecho a un bien ganado retiro.

J. M. DEL CASTILLO.



Transformado completamente, ¿quién no triunfa con esta "parada" de mozo bien... disfrazado?

misión a corto plazo para regresar una vez más a la estantería de origen, en espera de prestar nuevos servicios. ¿Qué nos dicen esos trajes en sus horas de descanso? Escuchemos:

—Compañeros—exclama un frac,—vengo de una boda y tuve la mala suerte de que me destinaran a un tipo tan gordo!...

—Que no cabía en el pellejo, — interrumpieron varias voces.

—Peor que eso, amigos míos; que no cabía él en el mío. Colorado, sudoroso y mal oliente, me ha arruinado hasta la entretela y vean ustedes cómo he llegado, con una manga descosida.

—Menos mal que fué una boda—arguyó un smoking recordando cierto doloroso pasado.

—¿Y tu compañero, el pantalón? — preguntó una voz.

—Ese pobre lo pasó peor que yo, pues no hizo más que crujir y quejarse durante toda la boda. Intenté saber sus cuitas, pero fué inútil, ¡era tan reservado! Después nos separaron y ya no le vi más.

—Pues yo — dijo un smoking — fui a un banquete. Me he divertido en grande. Después de la comida concurrí a un cabaret y allí se armó una trifulca, en la que mi manequí sacó la peor parte, es decir yo.

—Tienes una gran mancha en la solapa — arguyó un jacket.

—Sí, fué un botellazo después de un palo. Yo nada vi; sólo sé que se apagó la luz y nos guarecimos debajo de una mesa.

—Amigo—interrumpe una galera,—eso no es nada; eso es sencillamente divertirse y aprovechar la noche. En cambio yo, con mi amigo el jacket, estuvimos en una boda de tarde. ¡Qué aburrimiento y qué desconsideración! Me llenaron el tafilete de gominá y de brillantina; después se me pusieron los pelos de punta.

—¿De algún susto?

—Sí; al encontrarnos en el atrio de la iglesia con la novia. ¡Qué escracho!

—A mí lo que más me ha fastidiado — dice a su vez el jacket, son las infulas que se daba el truhán; se necesita cinismo para decirle a la novia "sotto voce": todo esto me cuesta 300 pesos, es un gran sastre, cuando apenas pagó 15 pesos por el alquiler! Al día siguiente nos fueron a buscar. Salió la novia y le dijeron: venimos por el traje con el que se casó ayer su marido. Al oír esto se me abrió la cola de gozo.

—A pesar de todo — dice una vieja levita, — no debemos quejarnos de nuestra suerte; la vida nos resulta a veces, ale-



Y con el ínfimo gasto de unos cuantos pesos, queda resuelta la difícil situación, que ha de epilogar la bendición nupcial.

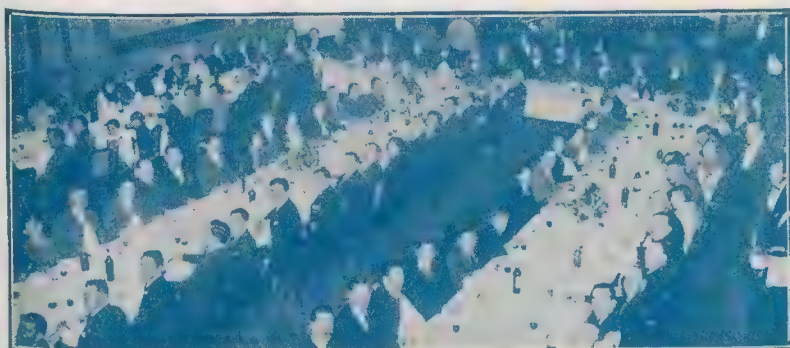
FRAY MOCHO EN ROSARIO DE SANTA FE



El ministro de Agricultura de la nación, ingeniero Mihura, y el gobernador de la provincia de Santa Fe, señor Aldao, presidiendo la mesa durante la fiesta realizada en el teatro Colón.



Los residentes de la colectividad suiza, en ocasión de celebrar el aniversario de la Confederación Helvética.



Una vista de la mesa durante el banquete anual que acostumbran a realizar los residentes naturales de Pallenza (Islas Baleares).



Notable modelo del avión Buenos Aires, formado con siemprevivas blancas y celestes, por la señora Adelina Bege de Minussi y regalado a la señora de Duggan.



Team de Acción, que empató el partido jugado contra Reflejos por 3 a 3 goals.



Juan Francia, jugador internacional, cuya descalificación por un año, decretada por el Consejo Superior de la Liga Rosarina, es considerada injusta.



Equipo Reflejos, que sostuvo el encuentro con Acción, sin que hubiese vencedores ni vencidos.



Cuadro de Tiro Federal, que obtuvo el triunfo sobre Calzada, en el Campeonato Villa, por un score de 5 a 1 goals.



Sepelio del caracterizado comerciante rosarino señor Jatar Azar.—En ángulo: retrato del extinto.

(Fots. Flores Toledo).

Información
gráfica
del interior



RUFINO. — Vista parcial de los concurrentes que asistieron al pic-nic organizado por los señores Francisco F. Pizarro, A. F. Suárez y N. Murray y dedicado al personal administrativo del Ferrocarril Buenos Aires al Pacífico.



INGENIERO LEDESMA. — Niños de la escuela local, durante un torneo atlético.



La directora de la escuela "Ledesma", pronunciando una alocución patriótica.



SANTIAGO DEL ESTERO. — Team de la Federación Tucumana que venció a Liga Cultural, en el match por la copa "El Orden".



Equipo de Liga Cultural que perdió el partido mencionado, donde la deficiente actuación del referee fué censurada por el público.



GENERAL RODRIGUEZ. — El personal del Hospital Vicente López, durante la comida que le fué ofrecida al doctor Germán Argerich.



GUAMINI. — Piezas cazadas por los señores Dellarole, Terrabusi y Rivera. (Fots. Della Mattia, Bertuzzi, Pérez y Talocchi).

En toda producción del genial austriaco, late la honda melancolía del pesimismo. Schnitzler, agraciado con el premio Nobel, fino y elegante artista del análisis agudo, es casi desconocido en castellano bajo su aspecto de cuentista. Sin embargo, nada hay más trágico y emocionante que una narración suya. El autor de "Morir", más conocido por su producción teatral, ha escrito una gran cantidad de cuentos, traducidos hoy a casi todos los idiomas del mundo. El que publicamos hoy, dará idea de las cualidades de su autor.

Me he pasado toda la tarde por las calles, sobre las que caía silenciosamente la nieve blanca y ahora estoy en mi casa. Prendida está la lámpara; el cigarrillo despidе humo; los libros están sobre la mesa y todo ordenado como para sentirse cómodo y satisfecho... Pero es en vano: pienso siempre en la misma cosa.

¿Ya no estaba acaso muerta, hace mucho tiempo, para mí. Sí, muerta, o como yo dije, con el ímpetu infantil del hombre engañado, "peor que muerta"... No simplemente muerta; muerta como todos los que yacen en la tierra, siempre, eternamente, en la primavera, en el verano y cuando la nieve cae, como hoy... Sin la más remota esperanza de levantarse. Desde aquella vez sé que está muerta para mí, como para los otros. ¿Me duele el corazón? No. Es el escalofrío vulgar que nos estremece cuando se ve bajar a la fosa lo que algún día fué nuestro; algo que aparece claramente ante nuestros ojos, con la luz en su pupila y el sonido de su voz...

Sí, es cierto, sufrí mucho cuando conocí su falsedad; pero... ¡cuántos motivos más había entonces! La rabia, el odio inesperado, la repugnancia a la vida y ¡es claro! el amor propio ofendido. Recién más tarde empecé a sufrir, cuando ya había para mí un consuelo, que me aliviaba: yo sabía que ella sufría también. Las tengo conmigo, puedo releerlas a cada momento, las miles de cartas en que lloraba y me clamaba el perdón. Ella misma está ante mis ojos: vestida con el oscuro traje inglés, con el pequeño sombrero de paja, tal cual estaba en la esquina, envuelta en las sombras de la tarde, cuando yo salí de la puerta... Ella me siguió mirando... Recuerdo asimismo cuando nos vimos por última vez: cómo estaba ella ante mí, con sus grandes y asombrados ojos en su redonda cara infantil, que parecía tan pálida, tan triste... No le dí la mano cuando se fué — ¡cuando se fué por última vez! — por la ventana miré hasta que llegó a la esquina, donde se perdió... para siempre. Ahora ya no puede volver...

Toda la historia de su muerte la supe casualmente. Podían haber pasado semanas y meses, sin que yo supiera nada. Una mañana encontré a su tío, a quien no había visto hace un año y que viene muy poco a Viena. Apenas había hablado con él algunas veces. La primera, hace tres años, en un hotel, donde también estaba ella con su madre. Luego, en verano: Estaba yo en un café, con un grupo de conocidos y cerca de nosotros, ante una mesita, se hallaba su tío, con dos o tres personas más. Se encontraba muy alegre y bebía a mi salud. Antes de salir se me acercó y me confió el

Las flores de la muerta

Por Arturo Schnitzler

(Traducción castellana, especial para Fray Mocho, por José Liebermann)

gran secreto de que su sobrina estaba enamorada de mí... En mi estado de semiembriaguez me pareció muy hermoso y hasta lleno de misterio, lo que me contó aquel viejo, bajo la canción de los violines orquestales... Me lo contó a mí, que lo sabía sin él; ¡a mí, que llevaba todavía en los labios la dulzura de su último beso!... y hoy, a la mañana... Por poco paso sin

verlo. Le pregunté por la sobrina con más etiqueta que interés... yo nada sabía de ella; hacía tiempo que dejó de mandarme sus cartas; sólo sus flores las recibía regularmente. Recuerdos del día más feliz de nuestro amor: una vez por mes, sin faltar, llegaban; sin ninguna tarjeta, silenciosas, humildes... Cuando pregunté al viejo por ella, se quedó asombrado. ¿Cómo? ¿No

sabía yo que había fallecido? Quedé perplejo. Entonces me habló mucho de ella. De que estuvo muy enferma, pero en la cama nada más que ocho días. "¿Qué enfermedad tenía?" "Una enfermedad del alma... anemia... ni los médicos sabían lo que tenía..."

Largo tiempo permanecí en el lugar donde me dejó el viejo; me hallaba deprimido, como si soportara una enorme carga. Y ahora se me ocurre que debo considerar este día como el primero de un nuevo período en mi vida. ¿Por qué, por qué? Lo que ha sucedido me ha herido muy superficialmente. No sentía nada por ella, ni siquiera la tenía en mi pensamiento. La resolución de escribirlo todo, me hace bien: estoy más tranquilo... Empiezo a sentir la comodidad de mi casa. Además, es inútil seguir pensando en ella. Esto me produce mucha pena. Ya se encontrará alguno que tiene más motivo para estar triste que yo.

Estuve de paseo. Lindo día de invierno. ¡Cielo pálido, frío, lejano... Yo, tranquilo. El viejo que encontré ayer... Me parece que esto pasó hace muchas semanas ya. Cuando pienso en ella, la imagino viva, con todas las líneas y rasgos de su silueta. Sólo una cosa falta — la rabia, la ira profunda, que en los últimos tiempos no se apartaba de su recuerdo. En realidad yo no tengo el concepto claro de que ella no vive más, de que yace en una fosa, de que la cubrieron de tierra — no siento ningún dolor en mi corazón. Sólo que la vida me parece más silenciosa. Hubo momentos en que por completo dejé de creer de que en la vida existen tristeza y placeres: pensé que sólo había muecas, máscaras de placer y tristeza. Reímos o lloramos e invitamos al alma nuestra a que haga lo mismo. Podría yo ahora sentarme y leer libros graves y profundos, penetrando al instante en su contenido. Podría estudiar cuadros antiguos; cuadros antiguos que hasta ahora no me decían nada, se descubrirían ante mí con toda su belleza... y cuando pienso ahora de personas que me han sido caras y que la muerte me las ha llevado, ya no me duele el corazón como en otros tiempos; imagino la muerte como algo amable, dulce: vive entre nosotros y no quiere hacernos mal.

Cubría la nieve las calles. Vino a verme la pequeña Gretel, con el proyecto de hacer un viaje en trineo. Ya nos hemos largado por las afueras de la ciudad, en el campo, y bajo el tintineo de las campanillas volábamos sobre los caminos blancos y lisos, sintiendo sobre nosotros la gris palidez del cielo. Raudos corríamos adelante, en el claro camino que se perdía a lo lejos. Gretel se apretujó a mi lado y con ojos alegres miraba el camino sin fin. Nos acercamos a un pequeño restaurant, que conocíamos del verano pasado: del tiempo cuando yacía ahogado en verdor. Ahora parecía tan cambiado, tan solitario, tan reparado del mundo, como si recién lo hubieran descubierto. La estufa de la sala quemaba tanto, que hubimos de alejar un poco nuestra mesita, y como la mejilla y la orejita izquierdas de mi Gretel se habían enrojecido tanto, hube de besarla en el otro lado. Luego, la vuelta, a la tarde ya. Gretel se

Pídan

"QUILMES DE INVIERNO"

La mejor cerveza
para la estación

ROSAS Y ESPINAS

Cuando Milton, el gran poeta inglés, se quedó ciego, se casó en terceras nupcias con una mujer muy bella, pero de un carácter violento y de un humor áspero e intolerable. Lord Buckingham dijo un día a lady Milton, delante del poeta, que ella era una rosa.

—Sí—respondió tristemente el autor de "El Paraíso Perdido".—Y conste que yo no puedo juzgar de ello por los colores, pero juzgo por las espinas.

apretó a mí, tomando mis manos en las suyas. Después, dijo: "Hoy, por fin, eres otra vez mío!" En seguida, sin mucho análisis, encontró la verdadera palabra, que tanto me alegró. Es posible que haya sido la influencia del aire puro la que me hizo bien. Me siento mucho mejor que antes.

Hace poco, mientras me encontraba después del almuerzo, dormitando en el sofá, me quedé asombrado por un extraño pensamiento. Se me ocurrió que yo era un hombre raro, insensible y duro. Un hombre que podría, sin lágrimas y sin ninguna demostración de pena, estarse, ante una tumba, al bajar a ella el cuerpo de una criatura querida; un corazón tan endurecido que ni siquiera lo terrible que encierra la muerte para un ser juvenil, puede conseguir su perdón... Si, si, no perdonar: he ahí el origen de mi dolor.

Todo ha pasado, todo se fué. La vida, los pocos placeres y el puñado de amor han ahuyentado de mí todas las ideas tristes. Volví a encontrarme con el mundo. Quiero a la gente: Son tan despreocupados, charlan con tanta alegría de simples tonterías. Y Gretel! Es una criatura cariñosa y tierna. ¡Qué bella es cuando se coloca, a la tarde, frente a mi ventana! Los rayos del sol brillan en su cabeza rubia.

Hoy ha sucedido algo extraordinario. Hoy es el día en que solía recibir, todos los meses, sus flores... y hoy han llegado también; algo así como... como si nada hubiese cambiado. Llegaron a la mañana, con el correo, en una caja blanca y larga. Era muy temprano: el sueño me cerraba los ojos. Cuando abrí la caja, mi sueño huyó... Me asusté: en la caja yacían, tiernamente atadas, violetas, pensamientos... yacían como en una tumba. Cuando tomé las flores en la mano, me sentí estremecido por un escalofrío de angustia... Yo sé bien cómo llegaron. Cuando ella se enfermó y tal vez cuando sintió la muerte cercana, habría ido al magazine de flores, haciendo el encargo y ordenando se me enviaran tal y tal día. Por aquella ternura había que estar agradecido. Sí, solamente así, el hecho se explica como natural, como una desgarradora ternura... Pero, cuando tengo en mi mano las flores y cuando empiezan a temblar y a agitarse de un lado a otro, veo en ellas, en contra de mi voluntad y mi deseo, algo lleno de misterio, donde vagan las almas... Como si las flores vinieran de ella, como si fueran un recuerdo suyo... Se me ocurre que, muerta ya, quiso hablarme de su amor, de su fidelidad tardía... ¡Ah! No comprendemos la muerte ni nunca la comprenderemos; toda criatura muere, recién cuando mueren todos los que la conocieron... Hoy así las flores de otra manera, no como siempre, sino con más ternura, como temiendo que no les doliera el contacto demasiado brusco y que sus almas comenzaran a suspirar en silencio... Ahora todavía, cuando las tengo sobre mi escritorio, en un florero verde-pálido, me parece que inclinan sus cabezitas, con una triste gratitud... Siento en su perfume todo el dolor de una nostalgia sin esperanzas y

se me ocurre que podrían contar-nos mucho si pudiéramos comprender el lenguaje no sólo de los que hablan, sino de todos los que viven.

¡No quiero engañarme más! ¡Son flores y no son nada más! Son

ca y las entregó al correo. Ahora han llegado y hélas aquí. ¿Por qué he de pensar tanto en ellas?

Paseo mucho tiempo en el campo, paseo mucho, pero solo. Cuando me encuentro entre personas no me

mismo instante, se me aparece tan lejana, como si la corriente humana la hubiese arrastrado bruscamente, no dejando ni rastro siquiera. Si no hubiera vuelto, yo no me extrañaría.

Siguen las flores en el florero verde-pálido. Los talluelos están en el agua y su aroma llena mi cuarto. Aún despiden perfume, a pesar de estar aquí ya más de una semana y empezar a marchitarse. Ahora empiezo a comprender todas las tonterías de las que me reía hasta hoy; empiezo a comprender cómo se puede hablar con los mudos representantes de la naturaleza, que se puede esperar una respuesta de las nubes, del cielo y de los ríos de la tierra: sólo es preciso hablar con ellas. He aquí que yo miro a mis flores y espero que empiecen a hablar... ¿Qué digo? Estoy seguro de que conversan entre ellas... Hasta ahora... Hablan y se quejan... Me parece que ya no estoy lejos de comprenderlas...

¡Qué satisfecho estoy porque termina el invierno! En el aire ya se siente la cercana primavera. El tiempo pasa con bastante tristeza. En nada modifiqué las costumbres de mi vida y, sin embargo, me parece que mis rasgos externos han perdido su claridad, que se han vuelto inciertos. Los sucesos del día de ayer se deslían en mi memoria. Todo lo que ha pasado se me figura como un sueño lejano. Cada vez que Gretel se va, especialmente cuando no la veo algunos días, mis relaciones con ella se me aparecen como una historia acaecida hace mucho tiempo. Cada vez que viene, lo hace desde muy lejos, desde una distancia infinita... Es cierto que cuando empieza a charlar todo vuelve a ser como antes; comienzo a sentir lo "presente", comienzo a darme cuenta de que vivo. Entonces me parece que los colores son en demasía claros y las palabras muy sonoras; y lo mismo que esta buena chica se aleja de mí cuando se va, tanto se acerca ahora, tan agradable me es su presencia. Antes, al retirarse ella, me quedaba el eco de sonoros y claros minutos, pero hoy todo se apaga, todo queda vacío y negro. Quedo solo con mis flores. Están marchitas y ya no despiden olor. Gretel ni las había visto; recién hoy se fijó en ellas y me pareció que quería preguntarme algo. Un misterioso temor la detuvo; no dijo nada, se despidió en seguida y se fué.

De las flores han comenzado a caer los pétalos. No las toco más, por el temor de verlas caer. Me duele terriblemente que se hayan marchitado. Yo mismo no sé por qué me falta valor para terminar, una vez para siempre, con la tonta historia. Me enferman estas flores muertas. A veces no puedo resistirlas más y me escapo de la casa. Pero en la calle me veo obligado a volver y a mirarlas. Y las encuentro en el mismo florero verde-pálido, tal como las dejé, cansadas y tristes. Anoche lloré ante ellas, como se llora ante una tumba, sin pensar en la que me las hizo mandar. ¡Tal vez me equivocó! Pero me parece que también Gretel siente en mi cuarto la presencia de algo extraordinario y terrible. Ya no ríe cuando viene a visitarme. Ya no



EL DOCTOR.—¿Es que ya no merezco que se me den los buenos días?

EL CAMPESINO.—No es eso, señor doctor. Es que... como hace tanto tiempo que gozo de buena salud, creí que estaría usted enojado conmigo.

sólo saludos de aquel mundo, pero no, no me llaman hacia la tumba. Son flores que cualquier vendedora, de cualquier florería, las ató mecánicamente, las envolvió en algodón, las colocó en una caja blan-

siento relacionado a ellas, como si todos los hilos que nos unen se hubiesen roto. Lo mismo siento cuando la rubia cariñosa está en mi casa y charla de todo. Ni yo sé lo que dice... y cuando sale, en el

REFLEXIONES

¿Qué es la simpatía? Casi siempre un prejuicio sentimental, fundado en la máxima vulgar: "el semblante es el espejo del alma".

Por desgracia la cara es casi siempre una careta. Gracias a ella la naturaleza recata las más bellas cualidades u oculta los más repugnantes defectos.

A quienes juzgan por las apariencias, cabría preguntarles: "Si el cerebro apenas imprime sus circunvoluciones en el cráneo, ¿cómo las imprimiría en la faz? ¿En qué parte de ésta se destacan los honrados callos del trabajo y la energía de la voluntad creadora? ¿Dónde está el repliegue fisonómico revelador de la solución de un problema científico.

Ya lo dijo el sublime Jesús. Sólo hay una regla segura para juzgar a los hombres: el fruto.

Conservemos como tesoro los amigos juiciosos que saben soportar el desaire de una pretensión injustificada.

S. RAMON Y CAJAL.

rfe cuando viene a visitarme. Ya no habla con voz tan sonora, con su voz clara y dulce. Es cierto que hoy no la recibo como en otros días. Además, me tortura un temor: ¿Qué pasará cuando ella me pregunte: "¿De dónde tienes estas flores?" Siento que tal pregunta no la podría soportar.

A veces se trae sus labores y cuando yo estoy ocupado con mis libros permanece silenciosa, tejiendo o cosiendo, espera paciente hasta que yo dejo mis libros y me acerco a ella, para quitarle sus labores. Luego quito la pantalla verde de la lámpara y el cuarto se inunda de luz agradable. No me gusta la oscuridad en los rincones de la casa.

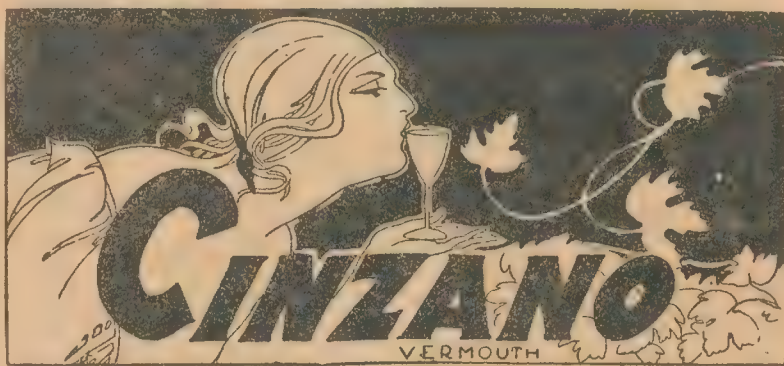
Primavera! Mi ventana está totalmente abierta. Yo y Gretel estuvimos parados ante ella, hasta muy tarde, mirando las calles oscuras. El aire estaba dulce y tibio y cuando yo miré a la esquina, donde pendía un farol, alumbrando débilmente, vi una sombra... Miraba a la sombra y no la veía... Cerré los ojos y al través de los párpados cerrados vi, repentinamente, una criatura abandonada y sola; con una claridad angustiosa vi el rostro, como si lo iluminara un sol amarillo; y en el rostro dos grandes ojos, asombrados... Lentamente me alejé de la ventana y me senté al escritorio; el viento sacudía la llama de la vela. Quedé inmóvil. Bien sabía yo que aquella criatura, en la esquina, esperaba... y si me hubiera atrevido a tocar las flores, las sacaría y se las llevaría, ahí a la esquina... Pensé mucho, a pesar de darme cuenta que era una tontería. También Gretel se alejó de la ventana, permaneció un rato detrás de mi silla y luego tocó mi cabello con sus labios. Después se fué, dejándome solo... Miré a las flores. Ya no eran, en realidad, flores, sino talluelos secos, marchitos... Me enferman, me vuelven loco! y todo debe reflejarse en mí, porque sino Gretel me hubiera preguntado alguna vez por ellas. Debe sentir lo mismo que yo, por eso se escapa, como ahuyentada por los espíritus que vagan aquí.

¡Espíritus! ¡Sí, son ellos, ellos son! La muerte reina sobre la vida. Y cuando las flores marchitas comienzan a exhalar el hedor de la putrefacción, es sólo un recuerdo de que un día vivieron. Y los muertos nos visitan tanto, hasta que los olvidamos. Ella ya no puede hablar hoy, pero yo puedo oírlo. Ella ya no viene más, pero yo la veo. ¡Y la primavera! ¡Y el sol, que arroja su luz en mi sofá! ¡Y el aroma que llega del jardín cercano! ¡Y los hombres que caminan por la calle, que no me interesan! ¡Son ellos, acaso, los mismos? Yo puedo bajar las cortinas y el sol está muerto. Nada quiero saber de todas estas personas que muertas están. Cierro la ventana, para que el aroma no penetre en mi cuarto. La primavera está muerta. Soy más fuerte que el sol, que los hombres, que la primavera. Pero más fuerte que yo, es el recuerdo. Viene cuando quiere y huir de él no puedo. Los talluelos secos del florero verde-pálido son más fuertes que todos los aromas de la primavera.

Mientras yo escribía estas líneas, ha entrado Gretel. Nunca ha venido tan temprano; generalmente viene a la tarde. Quedé admirado, casi perplejo. Algunos minutos quedó ella en la puerta y yo la miraba sin saludarla. Empezó luego a sonreír y se me acercó. En las manos llevaba un ramo pequeño de flores frescas. Sin hablar se acercó a mi escritorio y las colocó ante mí. En seguida extendió la mano y asió las flores marchitas del florero verde-pálido. Yo tuve la sensación, en aquel momento, como si me arrancasen medio corazón, y no pude hablar... y cuando me levanté, para asirla de la mano, me miró sonriendo. Y manteniendo en alto las flores marchitas corrió hacia la ventana y las arrojó a la calle. Yo quise arrojarlas tras ellas; pero allí estaba la dulce muchacha que me miraba. En sus cabellos rubios brillaba el sol de primavera. En el cuarto había perfume de flores. Yo

miro el florero vacío y no sé lo que me pasa... Me parece que me siento más libre... mucho menos molesto que antes. Entonces Gretel se me acerca y me entrega su ramo... ¡Qué fresco, qué lindo aroma! Quise hundir mi rostro en ellas. Sentí que una sombra cayó de mis ojos. Gretel estaba detrás de mí y me acariciaba el cabello con sus manos: "Mi querido tontuelo" — dijo. — ¿Supo ella lo que había hecho? Tomé sus manos y las besé. A la tarde fuimos a pasear al campo, en la primavera, y recién volvimos. Prendí una vela. Caminamos mucho, a pie y Gretel se cansó tanto, que al sentarse en el sillón, cerca de la estufa, se quedó dormida. ¡Qué hermosa es, cuando sonríe, en sueños!

En el florero verde-pálido se yerguen las flores frescas. Ahí abajo, en la calle — no, no, ya no están! El viento ya las dispersó junto con el polvo de la calle...



DAFNIS Y CLOE

I

Cándido idilio pastoril un día, por el verdor de la campiña griega, reposa en la molicie solariega bajo el pámpano fresco de la umbría.

De la flauta de Pan la melodía ella le enseñe a suspirar le ruega; cuando la toca el pájaro se entrega y la fiera del bosque se extasia.

Convidales la sombra y a su arrimo se acogen los zagales. Del racimo que ópimo brinda la silvestre parra, huyendo al ala adversa, que avizora, en el seno gentil de la pastora se refugia la lírica cigarra.

II

Sus élitros de sol temple el verano y la niña deviene con sorpresa, que al deslizarse del rapaz la mano, se abre el corpiño, por cazar la presa.

Y, ¡oh, delicias!, el seno soberano percibe el mozo con mirada aviesa; no hay azúcar de fruto más lozano ni fresa más oliente que esa fresa.

Felicidad, rubor, ansia, mutismo, y del beso en el hondo paroxismo la dulzura de Kypris les retiene.

Mientras al son de báquicos cántares, destila, con la miel de los lagares, el vino pastoral de Mytilene.

J. B. LAMARCHE.

Noticias bancarias

Hemos recibido la memoria y balance general del Banco Argentino Uruguayo, correspondientes al octavo ejercicio vencido el 30 de junio del corriente año.

Trátase de un documento verdaderamente interesante, donde se demuestra la prosperidad de la institución que nos ocupa y, en consecuencia, el acertado criterio que rige la administración de la misma.

Los depósitos generales alcanzan a \$ 32.567.038'32 y los fondos disponibles a \$ 8.123.117'21, es decir, más del 25 por ciento de los depósitos.

Las utilidades obtenidas durante el año suman \$ 622.613'76, y después de destinar \$ 300.000 a la construcción de local propio y pesos 16.649'25 a fondo de reservas facultativas, permiten la distribución a los accionistas de un dividendo de \$ 8.— por acción, quedando, para llevar a cuenta nueva, la cantidad de \$ 62.867'88.

En esta época de inestabilidad e incertidumbre, es doblemente grato consignar las cifras expuestas, porque ellas revelan elocuentemente la sólida posición de una institución financiera como el Banco Argentino Uruguayo, cuyo directorio merece un aplauso de estímulo.

Con pétalos de rosa

Las mujeres de Londres cuentan desde hace poco con una nueva moda en los cigarrillos que se les sirven en los famosos fumaderos de Bond Street. No hay ser más caprichoso que la mujer. Lo que ahora la entusiasma, porque es el *dermier cri* o porque ha visto a su mejor amiga usándolo, a la media hora o a los pocos días ya no llama en absoluto su atención. Los dueños de los fumaderos, observando que sus clientas ya no se entusiasman como otras con los cigarrillos de las marcas turcas, egipcias o armenias, idearon una moda que, a la vez que fuera una novedad, les permitiera cobrar los cigarrillos a altos precios, para que fueran todavía más exclusivos, cualidad ésta que siempre ha sido el "sésamo ábrete".

La nueva moda consiste en unos cigarrillos emboquillados con hojas de rosa fresca, las cuales son renovadas diariamente, para que conserven su frescura y fragancia naturales. Las "fashionables" de Londres han acogido la innovación con entusiasmo y pagan hasta dos cheques por cada cigarrillo, con gran contento de los expendedores, que están haciendo un negocio con la vanidad femenil.

VIGILANTE COMPLACIENTE

El transeunte. — Yo quisiera ir a la estación Retiro, guardia.

El vigilante. — ¡Ah, pues por mí no han inconveniente!

OLVIDADIZA

La madre. — ¿Quién estuvo aquí anoche?

La hija. — Una amiguita mía, compañera de oficina.

La madre. — Pues vas a decirle que otra vez no se deje la pipa sobre el piano.

—Quiet, quieto Nerón — dice el cuidador Ambrosio, que está en el pabellón de los leones. Moja el pincel en el recipiente de alquitrán y embadurna la pata sangrante del león.

La fiera agita la cola y un estremecimiento recorre su lomo y se pierde en su melena de un rojo sucio y descolorido. Su pupila se achica y se dilata sinestramente. Entreabre la boca y muestra sus viejos colmillos amarillentos. Hinchaba el vientre y exhala un hondo rugido desgarrador.

—Quiet, quieto, Nerón — le repite Ambrosio. — ¿Querés sanar sin curarte, eh? ¿qué te parece? Sanar sin curarse; ¿estaría lindo, no? Sería lo mismo que engordar sin comer... vamos... quieto... hay que curarse... Lo mismo que te digo le decía a Carmela — que está en la gloria — y déle que no... y déle que no... también quería sanarse sin curarse... y se murió.

La fiera abre tanañas fauces y lanza un formidable rugido que hace temblar los vidrios de las ventanas.

—¡Ah! — sigue diciendo Ambrosio — no te gusta, eh?... no te gusta que te lo digan, pero es así. Hay que dejarse curar y aguantar...

El león sacude, nervioso, su melena.

—¿Qué? — dice el cuidador. — ¿Tenés hambre? Ahora mismo te traeré de comer. Déjame traer el agua primero y en seguida te traeré de comer.

Esto diciendo, Ambrosio deja el recipiente de alquitrán y se aleja apresuradamente. Es bajo de estatura, picado de viruelas, magro. En cuanto le ven pasar, las fieras que habitan las contiguas jaulas braman tiernamente, resigando la pelambre en los barrotes de hierro.

Al momento vuelve Ambrosio y llena de agua los bebederos. Luego sale para volver al instante con una carretilla sangrienta en la que trae medio caballo desollado y cortado en pedazos.

—¡Duquesa... Febrero... Paje... ¡eh!... ¡eh!... ya sé que te comerías hasta las patas...

Y así cada uno recibe su ración que con buenas razones deja Ambrosio junto a la reja. Para Nerón, Ambrosio ha reservado un buen trozo de carne; pero Nerón la huele, la mira fijamente y sin tocarla se echa junto a los barrotes, que no es el comer, a lo que parece, el fundamento de su tristeza.

En esto se levanta una tormenta de viento y tierra. Las ventanas del pabellón se cierran con estrépito. Unos vidrios se hacen añicos. Oscurece. Ambrosio corre a cerrar las ventanas. Un vivísimo relámpago cierra las pupilas de las fieras. Duquesa da un salto; la piel del cuello se le eriza. El trueno, un trueno largo, grave, contenido como un rezongo, no tarda en hacerse oír y la lluvia empieza a caer, abundante, fácil y se experimenta cierto alivio, un como bienestar físico, ahora que el agua cae sin medida.

Ambrosio da unos pasos y vuelve junto a Nerón. El parque está desierto. Unas garzas corren a guarecerse bajo los árboles golpeadas por la gruesa lluvia. Oscurece aún más. La bestia mira a su cuidador con unos ojos quietos y tristes. Ambrosio pasa una mano por la reja y acaricia una de sus patas, la que está sana, y él lo deja hacer entornando los párpados y moviendo mansamente la cola.

DES DICH A

Por Leónidas Barletta

—¡Eh! — dice Ambrosio a media voz, — cada uno se queja de su suerte. Toda la gente se queja. Nadie está contento, nadie... nadie... Yo, hace catorce años que estoy aquí y no tengo nada y en Europa, no es por decirlo, tenía de todo... no me faltaba nada...

Duquesa se estira, se arquea, extiende, rígida, una pata y bosteza estruendosamente. Nerón vuelve lentamente su cabezota para mirarla.

—¿Por qué quisimos venir para la América? No lo sé. Vendimos todo y vinimos. Antes de llegar a Marsella se murió mi madre. Al entrar a Río de Janeiro, Carmela salió de cuidado. Tuvimos una linda nena y la llamamos Mercedes.

Pero no hay que afligirse... todo pasa... todo es igual... yo... yo mismo... mírame bien Nerón, parece que estuviera libre, ¿ves? y quisiera estar en una jaula, tirado en un rincón, con la cara en el suelo... no sé por qué; pero eso es lo que yo quisiera, sí. Mirame bien Nerón, ¿ves cómo me tiemblan las manos?

El viento arrecia. A través de las ventanas se ven los árboles que se bambolean cargados de agua. Por un instante no se oye sino un crujir de huesos triturados: es Paje que sigue engullendo. Ambrosio dice:

—La verdad es que la vida es triste. Las amarguras, muchas, y las alegrías, pocas, y somos todos muy desdichados...

NOCTURNAL

El ritmo de la noche se acentuaba en la fronda. El dulce ritornello del ave enamorada llenaba de armonías el bosque de la fada. Calló el ave un instante. La calma fué tan honda que el mundo pareciera haberse detenido... Luego, vagos suspiros, poblaron el ambiente; y de pronto, en la selva, sonó soberbiamente un himno de victoria cantado sobre un nido: la luna desplegaba su vuelo luminoso sobre la oscura fronda del bosque rumoroso!

FRANCISCO COSTA DOLDAN.

Continúa lloviendo con furia. De cuando en cuando una racha de viento y lluvia azota en la cara a Paje, que está frente a la ventana que tiene rotos los vidrios. Pero él sigue royendo ruidosamente los huesos que Ambrosio le ha dado.

—Después — sigue Ambrosio — vine aquí y de aquí no me he movido. Hace catorce años que te doy el alimento. Cuando te trajeron me diste mucha lástima. Yo decía: este también vino de viaje. Dejó las cosas que le gustaban y que conocía y vino a parar a una jaula para asombrar a la gente.

En esto con gran bullicio entran corriendo al pabellón dos muchachas. Se sacuden las faldas mojadas, se componen el cabello que el agua les ha aplastado en las sienes. Están las dos muy hermosas así mojadas. El cielo se despeja un poco y aclara, pero sin dejar de llover.

Se recogen las faldas, se toman de la mano y salen disparadas.

Duquesa se levanta, da una vuelta por la jaula, se detiene, se estira como un arco tenso, abre desmesuradamente las fauces y bosteza.

—¡Ohaaaa!! ¡¡Ohaaaa!!

Religión y religión

La palabra religión es, como la de Dios, libertad, etc., una de las que por su elasticidad y abstraccionismo, se presta a más diversos y equívocos sentidos.

Por religión entiende el hombre ilustrado que aún acepta una, el sentimiento de religiosidad o una noción personal que no precisa ni acepta culto, ni intermediarios, ni templos, ni ceremonias. Y por religión entienden otros, las mayorías más o menos superficiales o que poco se han dedicado a examinar esto de cerca, todas las mitologías, ritos, tradiciones, ceremonias y fórmulas que el clericalismo mantiene e inculca en cuanto puede.

Así, aquéllos y éstos, al hablar de religión, entienden por tal palabra, cosas completamente distintas.

RAUL VILLARROEL.

Y de nuevo han quedado solos y el cielo vuelve a encapotarse y la lluvia a caer con más violencia.

—Te digo, Nerón—continúa Ambrosio — que somos muy desdichados... muy desdichados...

Nerón se ha levantado y se rasca la frente contra los hierros de la jaula; luego se lame los bigotes; luego va a lamerse la pata herida y el alquitrán que le ha puesto Ambrosio le detiene y sacude nerviosa-

—Quédate quieto—refunfuña Ambrosio—no me gusta verte intranquilo. Los que sufren deben ser más buenos todavía... más buenos... aunque a veces... no sé... si tuviera la fuerza que tenés ¡ah! sí... gritaría... gritaría para sacarme la rabia y sería capaz de clavarle las uñas a cualquiera o de clavármelas yo mismo en el pecho...

Ambrosio se acerca aún más a la fiera y agrega, bajando la voz:

—Hace tres años se murió Carmela. Yo le decía: curáte, curáte, ¿te crees que me hacía caso?—y así siguió hasta que no hubo más remedio. Bueno, dije yo, ya no hay que hacerle; no soy el único que pierde a su mujer, y, además, la pobre me ha dejado una hija. Siempre es un gran consuelo. Pedí plata adelantada y pagué todos los gastos y médicos y le compré un saco a Mercedes, porque la muchacha — ¡pobre! — no iba a ser menos que las otras porque no tuviera madre. Pasa un poco de tiempo y Mercedes empieza a sentirse mal. ¿Cómo? — le digo — te he comprado un saco que me cuesta doce pesos y no haces más que quejarte que te duele la cabeza. ¡Eso sí que es lindo! Ella me contesta: Papá, me siento muy mal, muy mal... me voy a morir como mamá... ¡papá, no te pongas triste... te quiero decir una cosa... hace mucho que quería decirte; ¿viste ese muchacho que trabaja en la herrería, ese que te pregunta de Nerón y Duquesa?... bueno... bueno papá... yo... lo quiero, ¿viste cómo te lo dije?... lo quiero... lo quiero... bueno, papá, ya te lo dije...

A mí me parecía que Mercedes tenía la cabeza caliente y después, fría, fría. Esto no anda bien — pensé. Salí y le pedí la vela a la encargada, porque estábamos sin luz, y cuando volví y pude verla ya no la conocía. ¿Viste cómo respira uno cuando trabaja con el pico? Así respiraba y estaba blanca como la leche. Y cuanto más la miraba, más me parecía la madre. Esto, no es nada bueno, dije yo. Y no me equivoqué. A la mañana murió. Antes de morir me llama y me dice: — Papá, no te olvides, acordate de que yo lo quiero a ese muchacho de la herrería. Entonces yo, desesperado, le digo: Mercedes, Mercedes, ¿por qué te pones así? ¿No te doy lo que querés? ¿No te compré un saco de doce pesos? Mercedes, no te pongas así; si lo querés a ese muchacho de la herrería yo mañana se lo digo...

Ya no me contestó más. Y ahora, ahora Nerón, qué hago yo ahora, ¿eh? ¿qué hago? ¿Te parece que es lindo que voy a mi casa y no encuentro a ninguno, ni tengo con quien hablar, ni nada...

Si yo tuviera tu fuerza para gritar, gritaría... gritaría hasta que se me reventara el pecho...

El viejo león lo mira tristemente, se mira su pata embadurnada de alquitrán, bate su cola contra los flancos y brama largamente, con un bramido humano.



En aquella oficina del ministerio X... se trabajaba fuerte. Rara excepción ésta, pues todos sabemos la prontitud y celo al trabajo que caracterizan al empleado nacional. Sin embargo allí se trabaja, y eran los empleados disciplinados como los de una casa inglesa. Pese esta verdad a los periodistas baratos, que a dos por tres sacan a relucir la idiosincrasia del empleado público, encabezando sus kilométricos sueltos, más o menos, con estos epígrafes: "La burocracia inútil", "Los parásitos del Estado", etc.

No obstante lo manifestado, aquella oficina del ministerio X... colaboraba parentescos con las demás oficinas nacionales a la hora del te con leche — que por cierto no lo pagaba el Estado — regalaba una tregua en la labor ininterrumpida.

Aquellos instantes transformaban a la oficina: eran las polémicas sonoras y los ademanes enérgicos. Más bien se hubiera dicho un rincón de la Cámara, en pleno debate, que una oficina ministerial donde los expedientes cursaban sus trámites sin los perjudiciales atrasos de que siempre son responsables los empleados sin rectitud y los jefes sin orden ni preparación.

Todos sabemos los temas que se tocan entre los empleados de las grandes reparticiones: carreras y amores fáciles, cuando no se habla de política o quinielas!...

En aquella oficina tales asuntos no tenían vida, mas sí otros que rivalizaban con aquellos, por la nobleza y pasión con que eran sostenidos. Allí se discutía sobre la mujer actual, sus costumbres y sus modas; y era alma de los debates, el poeta Carlos Cliptón, que sostenía la bancarrota de la mujer, contra sus atacantes, Luis Nisde, cariñosamente llamado El Gordo, y Marcelo Alfonso, muchacho de gustos líricos, pero que no concordaba en sus razones con Cliptón, el poeta que había dedicado su juventud en una canción para las madres y los niños.

* * *

—Nunca fué más noble la mujer que en la actualidad — sostenía el Gordo Nisde. — La mujer moderna, prácticamente vale mucho más que la de ayer. Hoy la tenemos en las grandes capitales, disputándole al hombre el centavo diario, y cooperando con él en las luchas azarosas del trabajo y el progreso.

—Verdaderamente, hablas bien, Gordo — respondía Marcelo Alfonso. — La mujer actual ha despertado de la inactividad en que hallábase postrada; ha despertado para dar un gran paso hacia su independencia y dentro de poco, el "sexo débil" no envidiará las fuerzas del sexo opuesto.

Más o menos con estos razonamientos se iniciaban los debates. Sabían ellos, que de inmediato serían refutados por la lógica del poeta, que más de una vez los hiciera silenciar con las verdades que su verba clara, poniéndolas en evidencia, no admitían réplicas ni contradicciones.

Carlos Cliptón, con su temperamento soñado y su doctrina genuinamente criolla, deseaba que la mujer fuese lo que siempre había sido: arte en las letras y el pensamiento creador; madre y esposa venerada en los hogares, despertando siempre respeto y admiración. No concebía a la mujer mezclada a los trágicos del hombre; pues el hombre — fuerza y nervio — había nacido para ser la máquina fecundadora cuyas grandezas debía admi-

La bancarrota de la mujer

Por Ricardo M. Llanes

rar aquella en todas sus bellezas. El quería que la mujer actual siguiera siendo la que adoraron sus abuelos en los tiempos del romanticismo. Ella había nacido para encantar al existencia del hombre que le debía amparo y protección. Por eso, lamentaba el error de los hombres que aseguraban la superioridad

—Una vez más, queréis que os hable para contradecir vuestras razones irrazonadas. La mujer moderna, prácticamente, habrá superado a la mujer de ayer, y es por esa misma práctica que ha perdido mucho su belleza. Ella no fué nacida para la práctica diaria: copo de espuma, ave, flor y música, he-

BUENA CLIENTA



EL.—¿Qué tal el último queso que mandé a la señora?
ELLA.—Regular. No murió más que un ratón.

dad de la mujer con todos sus modernismos; y ya encendido el fósforo de la discusión, terciaba en ella con los gestos y ademanes de un tribuno frente a la muchedumbre de los pueblos...

cha fué para la teoría, que es arte y por ende nobleza del espíritu.

—Siempre estaremos en lo mismo —replicaba el gordo Nisde.—Tú ves a la mujer bajo tu lente lírico.

—Sí; precisamente: a fe de buen

poeta, mi querido Gordo, dígame que este lente es de una brillantez inmaculada.

A lo que opinaba Marcelo Alfonso:—Con tus poéticos razonamientos la mujer no debía trabajar jamás; y toda aquella, huérfana sin los amparos del hombre, esposo, padre o hermano, se moriría de hambre.

—¡Qué barbaridad, Alfonso! Por cierto que no te creyeran capaz de ella. La inactividad es una lacra tanto en la mujer como en el hombre, y yo jamás aplaudí el florecimiento de ella.

—Pero tú hablas en contra de la mujer que trabaja.

—Y lo sostengo: en contra de todas las que sostienen las fábricas; en contra de todas las que han usurpado al hombre sus lugares. La mujer activa debe mostrar sus galas en el arreglo del hogar y la crianza de los hijos.

—¿Y si es soltera?

—Así sea viuda, sin hijos y sin recursos: los trabajos propicios a la mujer pueden desempeñarse en la tranquilidad del hogar.

—¿Y cuáles serían esos trabajos?

—¡Hombre, los que realiza la aguja u otros similares, con el arte y delicadeza de la mujer!

—Pero es que esos trabajos son mal remunerados.

—Ahí está lógicamente la verdad sin verdad de que habláis vosotros: esa independencia que decís ver en ella, fuera más noble si tendiera a desenvolverse dentro del radio perteneciente a su feminidad. Al perder la mujer su valor de mujer, perdieron los trabajos propios a sus manos el precio merecido a sus esfuerzos. Ella vió en ciertas labores del hombre medios fáciles para ganar dinero; mató su recato; se despojó de sus encantos espirituales y allá fué, a disputarle a éste su trabajo y su felicidad; y...

—Mirá, ché, poeta — interrumpía Nisde—la vida siempre fué una lucha.

—Sí; ¡noble lucha! pero para el hombre. Vosotros, hombres... ¿no os lastimáis viendo la caravana de vuestros hermanos inactivos, sin trabajos ni recursos? Ejércitos de jóvenes vagabundos. ¡Fuerzas sin luchas; nervios muertos! Y son vidas cuyas auroras nubló la mujer al desterrarlas de los cielos laboriosos; la mujer, sí; acaso inconsciente, para caer en las garras de los patronos y compañías sin conciencia.

—No se le puede culpar de esto. La vida tiene sus épocas y evoluciones. Hoy estamos, acaso, en la más noble: la mujer ha sido llamada a ocupar muchos lugares del hombre.

—¡Vaya con la nobleza! Y el hombre ¿a qué ha sido llamado? A la vagancia, a los vicios y a la delincuencia. No a otras cosas conduce la inactividad.

—No, mis queridos amigos: otros sitios reclaman a la mujer con todos sus esfuerzos e inteligencia: los hospitales y las aulas, los hogares sin risas y sin flores, aguardando están las rosas de su amor y de sus caricias, el canto de sus desvelos y de sus enseñanzas. Sino, ¿qué será la mujer de mañana?

—Bueno. Dejando este asunto en el cual no nos entendemos, no me negarás, Cliptón, que la mujer de hoy es superior a la de ayer, en encantos y costumbres — opinaba Marcelo Alfonso. — En primer lugar, la melena la rejuvenece, y...

LA IGNORANCIA

La ignorancia es la condición necesaria, no diré de la felicidad, sino de la existencia misma. Si lo conociéramos todo, no podríamos soportar la vida ni una hora: los sentimientos que nos la ofrecen apacible o por lo menos tolerable, nacen de una mentira y se alimentan de ilusiones.

Si un hombre poseyera, como Dios, la verdad única, la única verdad, y la dejara caer de sus manos, el Mundo quedaría aniquilado inmediatamente, y el Universo también se disiparía como una sombra.

La verdad divina, como un juicio final, lo reduciría todo a polvo.

ANATOLE FRANCE.



—¡Mientes!—interrumpía el poeta; y allí era más fogoso en el ataque.—Yo proclamo la bancarrota de la mujer: ella ha caído deplorablemente de su pedestal de reina. Ya no es la diosa que admiró el hombre con todos sus respetos por...

—Pero, ¿por qué? —clamaba el Gordo con tono de nerviosidad.

—Porque el noventa y cinco por ciento de las mujeres modernas son extravagantes y ridículas, porque han perdido sus mejores atributos; porque al despojarse de la pomposidad de su cabellera, nos han dicho su despreocupación y su mal gusto.

—No será de tu gusto —replicaba Marcelo Alfonso — pero la melena tiende más al aseo...

—¡Mentira! La melena es haraganería. En cuanto al aseo; si la mujer vivió en el largo de su cabellera motivo de suciedad, ¿por qué no se la cortó de raíz? Lo mismo, —y esto en la mujer abandonada, —se ensucia el cabello corto o largo. De acuerdo con tu lógica, mi nunca bien ponderado Marcelo, antes de esta moda —símbolo de la coquetería — no hubo sobre la tierra mujer cuyos cabellos fueran limpios.

—¿Y por qué no atacas al hombre que haciendo galas de vanidad se despojó de su bigote?

—No; no fué vanidad en el hombre, fué buen gusto. El hombre, entendiéndome bien, Alfonso: el Hombre, así con mayúscula, no se deshizo de su bigote por razones de belleza, pero sí por motivos de aseo: porque comprendió que no podía lucir tan noble atributo después de empaparlo y ensuciarlo en las comidas diarias. Y conste, mi querido Alfonso, que hablo del Hombre enemigo de la gominá y otras ridiculeces de actualidad.

—Tendrán mucho peso tus razonamientos; pero yo —contestaba el Gordo — me descubro ante el paso de una mujer moderna, y clamo: ¡paso a la venus griega! Ahí va el símbolo de la belleza y el progreso!

—¡No seas loco! Jamás una mujer de melena podrá compararse en belleza y buen tono con aquella que nos deslumbró con la majestad de su peinado y la decencia de sus ropas. En cuanto al progreso que tú saludas en ella, ya ha llegado a la cúspide de la materialidad. Acercuemos una mariposa a la llama de un simple fósforo y quemaremos sus galas. Así la mujer moderna: se acercó tanto a la materia, que las alas de su espíritu se quebraron lamentablemente. Hoy, su alma huérfana está de poesía; y la mujer que es poesía, alejándose de ésta, ¿dónde va?

—Pero es que la mujer culta siempre tiene su poesía.

—También la tiene la diosa del lupanar, pero ha perdido el perfume sacro que la distinguió entre las demás. La poesía que es espíritu y por ende ala, suspiro, música y recuerdo, al penetrar en los laberintos de la práctica y la materialidad, deja de ser poesía.

—¿Acaso la Materia no guarda su poesía?

—Sí; triste poesía, baja y mediocre, que jamás podrá compararse con la que suspira la sublimidad del alma. Porque en verdad os digo: poesía que besó la sensualidad, manchada fué. ¡Cómo queréis que la estulticia de Sancho, pueda elevarse siquiera al peldaño más bajo de la regia escalinata que pisó la suprema idealidad del Quijote!

—Pese a tus razones, poeta—razones que no acepto—la mujer de hoy es la expresión más acabada del arte.

—No, Gordo. La verdad es amarga pero es noble. Creedme que estas polémicas abren en mi alma surcos de amargura. Duéleme grandemente la bancarrota de la mujer, pero debo proclamarla porque así lo impone mi lirismo sano; y no yo solo: todos los buenos poetas lamentarán esta bancarrota y lucharán contra ella. Porque solamente los líricos son los llamados a salvar a la mujer moderna de sus extravagancias. Ella ha caído en lamentables extravíos y marcha su alma sin control. Ha marchitado su belleza en las auroras de la vida, y al pasar, es sólo un perfume de sensualismo que aspira el hombre

al sentir despiertos sus instintos primitivos. Sí, mis queridos amigos: yo proclamo la bancarrota de la mujer, con todo el dolor de un muchacho noble, y nadie podrá proclamar lo contrario.

—Tú te olvidas, poeta, que vivimos en el siglo veinte.

—Es verdad —repetía Marcelo Alfonso — Cliptón tiene los gustos e ideas de siglos pasados.

—Sí, amigos: honor a los pasados siglos. Ellos fueron para la mujer, épocas de nobles ideales. En ellos fueron reinas por sus gracias y matronas por sus respetos. Épocas de Cervantes y Víctor Hugo; románticos siglos!, sin las vulgaridades y las pequeñeces de la actualidad, plena de artificios y tragedias!

VIRGEN TRISTE

Tú sueñas con las flores de otras praderas,
nacidas bajo cielos desconocidos
al soplo fecundante de primaveras
que, avivando las llamas de tus sentidos,
engendran en tu alma nuevas quimeras.

Hastada de los goces que el mundo brinda,
perenne desencanto tus frases hiela,
ante tí no hay coraje que no se rinda,
y siendo aun inocente como Graciela,
pareces tan nefasta como Florinda.

Nada de la existencia tu ánimo encanta,
quien te hable de placeres tus nervios crispa
y terrores secretos en tí levanta,
como si te acosase tenaz avispa
o brotaran serpientes bajo tu planta.

No hay nadie que contemple tu gracia excelsa
que eternizar debiera la voz de un bardo,
sin que sienta en su alma de amor el dardo,
cual lo sintió Lohengrin delante de Elsa
y, al mirar a Eloísa, Pedro Abelardo.

Al roce imperceptible de tus sandalias
polvo místico dejas en leves huellas,
y entre las adoradas sola descuellas,
pues sin tener fragancia, como las dalias,
tienes más esplendores que las estrellas.

Viéndote en la baranda de tus balcones,
de la luna de nácar a los reflejos,
imitas una de esas castas visiones
que, teniendo nostalgia de otras regiones,
ansían de la tierra volar muy lejos.

Y es que al probar un día del vino amargo
de la vid de los sueños, tu alma de artista
huyendo de su siglo materialista
persigue entre las sombras de hondo letargo
ideales que surgen ante su vista.

¡Ah! Yo siempre te adoro como un hermano,
no sólo porque todo lo juzgas vano,
y la expresión celeste de tu belleza,
sino porque en tí veo ya la tristeza
de los seres que deben morir temprano.

JULIAN DEL CASAL.

Una obra curiosa

El reloj de los presidentes norteamericanos

En Chicago, la populosa ciudad norteamericana, existe una obra maravillosa, el célebre reloj de los Presidentes.

Este reloj, que iguala, por lo complicado de su mecanismo y lo ingenioso de su disposición, a los que se construían en los siglos XIV y XV, costó veinte años de pacientes trabajos al relojero Franz Bohoeck, natural de Gatrall (Bohemia), en quien parece reencarnar el espíritu de los antiguos maestros germanos. En su construcción combinó el gusto artístico de un artífice de la Edad Media con la seguridad del hombre de ciencia del siglo XX.

El reloj consta de más de mil piezas y ocupa dos pisos. Consta de cinco esferas. La primera de todas es idéntica a la de todos los relojes o sea meramente para indicar la hora del día. La segunda esfera está destinada para este mismo fin, sólo que, en lugar de tener únicamente doce numerales, tiene veinticuatro. En la próxima esfera, los días de la semana, del mes y del año están indicados por tres series de números y tres manos. La cuarta, que tiene seis pies de diámetro, representa el sistema solar, con el sol en el centro y varios planetas girando alrededor de él, moviéndose todos de acuerdo con el sistema solar.

La quinta esfera marca el tiempo en exacta armonía con las leyes de la astronomía y señala con arreglo a la división de que el año consta de 365 días, 5 horas, 48 minutos y 48 segundos, de que cada mes, 13 en total, conste de 28 días y cada día tenga 24 horas, 4 minutos y 54 segundos.

La sexta esfera debe ser para marcar las horas al modo ordinario: pues del estudio de donde se sacan estos datos no sólo se le asigna cometido determinado, sino que no se hace siquiera mención de ella.

Otro de los atractivos que el reloj ofrece es el desfile en intervalos sucesivos de todos los presidentes de la república norteamericana, que aparecen por orden de precedencia.

UN COMPASIVO

Un hombre llegó a la boletería del teatro y preguntó:

—¿Tiene usted cuarenta y cinco plateas?

—Sí, señor —contestó alegre el boleterero.

—Entonces, lo siento por la empresa —replicó el preguntador reanudando su camino.

LOGICA PURA

El profesor. — Si un ratero fuese detenido y al registrarle se le encontrase un reloj, ¿qué deduciría usted de todo esto?

El alumno. — Que el reloj estaba en su poder.

DEPORTES SALUDABLES

Arturo. — ¿Es realmente el "golf" bueno para la salud?

Alberto. — Lo mismo que como medicina; sólo que en lugar de tragar la píldora se la hace rodar.

La tumba vacía del Zar

Por B. Artigas Arpón

Ningún pueblo como el ruso ha sentido a lo largo de los siglos sacudimientos colectivos producidos por el fanatismo y por las crisis profundas de la conciencia. La población desperdigada y la virginidad de las almas, a las cuales no llegó la obra de desfonde del cultivo progresivo, han sido los factores fundamentales de la vida espiritual anacrónica de Rusia, desprendida del ritmo de los demás pueblos como si quisiera constituir un acervo arqueológico de la conciencia colectiva primaria. En ese medio espiritual, incongruente con el progreso medio humano, los mitos, las leyendas, han tenido adecuado ambiente para prosperar, y más de una vez, en la Rusia de los zares, no fueron el mito ni la leyenda, sino la acción de desertores cosacos lo que estremeció al pueblo ruso, hasta el punto de llevar al trono imperial a fugitivos y aventureros. Por el contrario, no se sabe si una crisis de la conciencia, como en el caso de Tolstoi, o la imaginación exaltada de los mujicks, hizo que algún zar, tal que Alejandro I, que salvase simuladamente las fronteras de la vida y de la muerte, con objeto de llevar en el yermo vida austera, cremítica, de flagelación del espíritu, sobriedad material y ejemplo de las más austeras virtudes para edificación de los rudimentarios campesinos.

Grichka Otropieff fué el primero de los falsos Demetrios que escalaron el solio de los zares. La simulación, la superchería, encontraron apoyo en la ingenua conciencia rusa, para encaramarse en las cumbres del poder, suplantando la personalidad del auténtico padrecito. Después, Grichka Otropieff fué arrojado por una ventana, murió asesinado, las llamas destruyeron su cadáver y las cenizas sirvieron de carga a un cañón, que se las aventó y dispersó a los cuatro vientos. Pero reinó. Puschkin, el gran poeta ruso, en una de sus obras en prosa, destaca la personalidad de Iemeliano Pugatcheff. Es otro aventurero. Cosaco desertor, tuvo la insolencia de usurpar el nombre del difunto emperador Pedro III. Congregó a su torno bandoleros y fugitivos de Siberia; conmocionó las aldeas de Iaik, se apoderó de fortalezas, tuvo en jaque a las fuerzas imperiales, avanzó hasta cerca de Moscú; hubiera podido franquear las puertas de la ciudad codiciada de no haber vacilado en los últimos momentos. Pero fué vencido, y en el mismo campo de fácil germinación de los fanatismos, germinaron los delatores. Los compañeros de Iemeliano Pugatcheff lo entregaron a las tropas imperiales por 100.000 rublos. Encerrado en una caja de hierro, se le condujo a Moscú y murió ejecutado en 1775. Puschkin ha escrito una de sus mejores novelas intercalando episodios románticos entre los hechos del seudo Pedro III redivivo. Y si no fuera cierta la existencia de Iemeliano Pugatcheff, diríase que la novela de Puschkin es una más de las escritas para recoger y repujar leyendas de

aquellos tiempos relacionadas con el zar Alejandro I.

Puschkin vivió desde 1789 a 1837. No rimaba su espíritu con la corte de los zares, y estuvo alejado hasta el 1825, en que lo llamó el emperador Nicolás, a la muerte de Alejandro I. ¿Murió, en efecto, Alejandro I en 1825? Se dijo que en su viaje a Crimea había sucumbido súbitamente, víctima de unas fiebres palúdicas, en Taganrog. Se efectuaron los funerales en San Petersburgo. Había sido transportado el cadáver, pero en condiciones que no era posible reconocer al emperador: estaba enteramente negro. Esto, ayudado por la simplicidad del alma rusa y el fanatismo del

pues el cadáver no se parecía al emperador y debía de ser el de un soldado víctima de la epidemia cólera. Y en torno a estas dudas se forjó la leyenda y se escribieron novelas. La de Puschkin, a que nos hemos referido, podía ser una más de éstas si no estuviese comprobada la existencia de Iemeliano Pugatcheff: Inspirada por el manantial de la leyenda abierto por la cándida alma rusa en vida de Puschkin, el gran poeta de los comienzos del pasado siglo, habría seguido derroteros distintos al reflejar la vida del falso padrecito, hasta llegar al desenlace trágico.

El caso de Alejandro I es el inverso de Grichka Otropieff y de Iemeliano Pugatcheff. Abandonó el trono imperial abrumado por el peso de sus crímenes; hizo circular la noticia de su muerte y dejó que su hermano Nicolás fuese proclamado zar. Muerto civilmente, un día tuvo una indiscreción; pretendió llamarse Feodor Kusmitch y se le condujo a la Siberia. Pero allí quedó en libertad. Su vida eremítica, de austeridad y de pobreza,

PENSANDO

La contradicción es tan humana, que a veces sentimos profundamente no poder contradecirnos.

* * *

Alguien, por ahí afirma, que la paradoja es el camino de la verdad; permítidme agregar, utilizando: Paradoja...

* * *

De la bondad nace la perfección, pero de la belleza nace perfección y bondad.

* * *

Amad, y ya el secreto de la vida habrá muerto para vosotros; pero amad verdaderamente.

* * *

Compadeced a aquella persona que no pueda odiar; compadecedla, porque tampoco es capaz de amar.

CARLOS MARIA PODESTA.

pueblo, hizo que ya en los funerales se lanzase al aire la duda de que el emperador hubiese muerto y aquél fuese su cadáver. Ciertamente le sucedió su hermano Nicolás; pero se siguió hablando de que la muerte de Alejandro no había sido natural. Se hizo por otros hincapié en que Alejandro no había muerto,

fué la admiración de los campesinos rusos y de gentes de más alta condición. Llegó a tener discípulos, que le edificaron una casa en la cual murió. La fama del eremita, que hablaba de los tiempos del zar Alejandro como si él mismo hubiera sido quien llenó los veinticuatro años de reinado, se extendió hasta

Viuda que quiere comer con los dientes del marido

La viuda del difunto campeón de boxeo Roberto Fitzsimmons ha dirigido a las autoridades de Nueva York una curiosa solicitud.

Desde la muerte de su esposo la viuda de Fitzsimmons ha sufrido grandes quebrantos económicos y ha llegado a encontrarse en la miseria.

Repasando en su memoria los objetos de su propiedad que aun pudieran ser reducidos a dinero, recordó que el difunto tenía dos dientes de oro en los que había engastados dos diamantes de un quilate y medio, respectivamente, y ha solicitado de las autoridades se autorice la exhumación del cadáver de su marido para que le sean entregados sus valiosos dientes.

El Caloragua "LONGVIE"

proporciona

AGUA CALIENTE

BARATA AUTOMATICA Y PERMANENTE

VISITE LA

Exposición Longvie

TUCUMAN 727

salvar las fronteras. Las gentes iban en peregrinación a escuchar las sabias palabras del santo. Hasta se constituyó en Rusia una sociedad para la propagación de las enseñanzas del zar que se depuso a sí mismo. Y entonces el gobierno combatió el nuevo culto, que prendía en las conciencias, porque la leyenda aseguraba que el ermitaño era el antiguo zar de Rusia Alejandro I. El ermitaño murió. Cuando ya estaba cierto de que era llegada su última hora, se negó a confesar, diciendo: "Si no digo la verdad me cerrará el cielo; si la digo el mundo sentirá espanto". El monstruo seguía teniendo horror de sí mismo.

La leyenda, a través de un siglo, ha seguido manteniendo que el zar Alejandro no murió en 1825. La Historia ha rectificado constantemente a la leyenda. Sin embargo, un hecho reciente ha venido a dejar en pie la inquietante pregunta: ¿Era del zar Alejandro I el cuerpo que fué inhumado en la fortaleza de Pedro y Pablo, en San Petersburgo? El comisariado de instrucción pública de la república de los Soviets ha resuelto la apertura, en la fortaleza de Pedro y Pablo, de las tumbas de los antiguos señores de Rusia. Después de los sarcófagos de Pedro el Grande y de Catalina tocó el turno al de Alejandro I. Lunatcharski, el comisario, presenció la apertura con la emoción del inminente derrumbamiento de una leyenda. Todos los presentes pudieron ver que el sepulcro estaba vacío.

¿Qué fué de Alejandro I?

El cable telefónico más largo del mundo

El cable telefónico más largo del mundo conecta las ciudades de Nueva York y Chicago. Es un cable de 861 millas de largo formado por cerca de 600 hilos finísimos de alambre de cobre, cada uno de los cuales va envuelto con papel bien seco por vía de aislamiento. Los alambres están arreglados de modo que forman diversas capas cubiertas de una funda de plomo. Este cable surte a más de doscientos cincuenta circuitos telefónicos; más de 500 mensajes telegráficos pueden pasarse al mismo tiempo como mensajes telefónicos. La línea de que se trata fué completada recientemente con un costo de veinte y cinco millones de dólares.

La casualidad me llevó a ser, hace años, testigo de un drama bastante extraño, y me permitió recoger una confidencia tan grave que no debo determinar la fecha. Fue de 1910 a 1912, y en un departamento de Francia, del que no debo decir siquiera si está situado en el Sur, en el Norte o en el Centro.

El joven que me escribió ha sido condenado a muerte y ejecutado. Era un hombre del pueblo. Los que lo juzgaron, los que asistieron a su proceso, el abogado mismo que lo defendió lo consideraron como un ser grosero, de aspecto y de espíritu. Logró, en efecto, dar esta impresión.

Había dado muerte, en una ciudad provinciana, a un anciano rentista. Confesó su crimen. El sumario comprobó que se había apoderado de billetes, oro y alhajas. Confesó también el robo.

Yo sé que ese hombre, que fué un homicida, no fué un ladrón.

El móvil del crimen no fué la venganza ni el crimen. Agregaré que el condenado no era un loco, sino un hombre perfectamente responsable de sus actos.

Durante el proceso todo el mundo tuvo la impresión de que se trataba de un crimen feroz y ordinario: un hombre había matado para robar. El procesado no manifestó arrepentimiento. No se conocía más que su nombre y el lugar de su nacimiento. Huérfano a temprana edad, había abandonado su aldea a los doce años, después de permanecer unos años en la escuela.

Su abogado le había obligado a firmar un apetición de apelación y luego un recurso de gracia. Ambos fueron rechazados.

El mismo día de la ejecución recibí en París un sobre voluminoso, debidamente franqueado y puesto en el correo por un intermediario desconocido; en todo caso no había pasado por las manos del director de la cárcel.

El hombre me recordaba en su carta que me había conocido en otra ciudad, mientras estaba empleado en una gran fábrica que pertenecía a uno de mis amigos.

"En esa ocasión — me decía — usted me interrogó, y comprendí en seguida que no era por simple curiosidad, sino por una especie de compasión afectuosa. Creyó, sin duda, que yo era un hombre superior a mi condición. Debo decirle que nunca fui más que un simple obrero y que asistí a la escuela sólo cuatro años.

Me reunía poco con mis compañeros, y rara vez iba a la taberna. No les gustaba salir conmigo; no era lo que se llama un buen compañero, y mi aspecto era triste. Y usted me dijo que fué precisamente esta expresión de mi rostro lo que le impulsó la primera vez a dirigirme la palabra... Una vez llegué a decirle, y era verdad, que me sentía triste sin motivo, o más bien por el motivo más grave, simplemente porque me decía que la felicidad existía en alguna parte en el mundo y que yo no la conocería jamás...

Un día abandoné la fábrica sin avisar a nadie para irme lejos de allí, a un sitio donde quizás alentara a la vida un poco de esperanza...

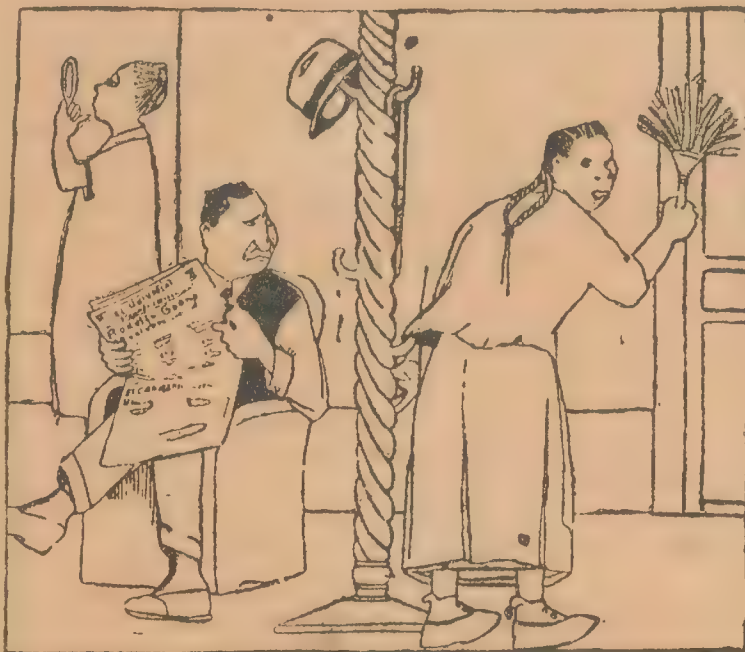
Y me vine a esta ciudad, desde donde le escribo. Encontré ocupación como jardinero en casa de personas ricas. La dueña de casa, cuyo marido se hallaba en el Japón

LA SEÑORA

Por Tristán Bernard

por sus negocios, era una mujer rubia que me pareció muy bella. Desde el momento en que la vi, y eso que apenas la miré, comenzó para mí otra vida.

Todas las mañanas había un ramo de flores en el marco de su ventana... No sé si ella apreciaba la atención, pero ¡qué alegría para mí depositarlo allí todas las mañanas!



LA MUCAMA.—¡Estése quieto, señor, que puede vernos la señora!

Nada en el mundo, estaba seguro, me permitiría jamás aproximarme a la señora. Pero el amor que yo alentaba hacía de mí un hombre feliz.

Un día la señora me habló. Me dijo:

—¿Es usted quien me deja esas flores?

Contesté tontamente, con voz ron-

ASCO.

Y le dije al barquero:—Boga, muchacho, boga. No es bien azul la mar, y aun la costa diviso... En este bajo fondo ni una rata se ahoga... (El mar era un espejo, yo era un nuevo Narciso).

Desconfianza en los claros ojos de mi piloto. Temor de lo imprevisible que le aturde y agobia. Yo aventuraba el viaje hacia un lugar ignoto. El evocaba acaso los ojos de su novia...!

Cuán distintos entrambos...!—Boga, muchacho, aprisa... Pon velas hacia el Este... que te impele la brisa... Al mar ven siempre listo como para una guerra,

que en mar y tierra en guerra perpetuamente estamos... —¿A dónde vamos? diga, señor, ¿a dónde vamos?... —No sé... pero sepáreme un poco de la tierra...!

AGUSTIN ACOSTA.

ca, con los ojos bajos, continuando mi trabajo:

—Sí; sé que las flores siempre gustan...

Como usted comprende, no quería decir nada, ni siquiera mostrarme a ella tal como era.

Un día la vi pasar, y súbitamente, con mirada furtiva, noté que tenía los ojos enrojecidos... Una doncella me dijo que había llegado una carta del señor en que le anunciaba que sus negocios iban muy mal. Supe el mismo día, por otro conducto, que esa gente no sería rica ni estaría al abrigo de la desgracia sino cuando heredaran de su tío, un viejo rentista de la comarca.

Sin duda sospecha usted quién era ese viejo rentista... Cuando la idea cruzó por mi mente todo el cuerpo me tembló de miedo; pero jamás me había sentido con tanto amor. No era el caso de reflexionar: mi resolución estaba adoptada. Esa noche mismo sucedió lo que sucedió...

El oro, los billetes, las alhajas, que me llevé para hacer creer en un robo las arrojé en cualquier parte, en el río. Los encontrarán o no los encontrarán. Representaban algún dinero; pero no es nada comparado con la fortuna que él le ha dejado. Le escribo todo esto en plena confianza. Estoy seguro de que usted no me delatará. Por otra parte, sería inútil. Habré sido ejecutado cuando lea usted esta carta. Mi memoria no interesa a nadie. Además es un secreto mío el que le confío, pidiéndole que no lo revele. Ella jamás ha sabido nada de nada. La he visto en la sala de Audiencias durante el proceso. Y llevo ahora al punto más grave de mi confesión...

La he visto en la sala de Audiencias. Entró. Me miró con temor, como a un asesino que soy. Yo la miré como hasta entonces no lo había hecho... Ella comenzó a declarar, una declaración cualquiera, en la que decía que jamás había sospechado que yo era un bandido; pero que, sin embargo, su gobernanta, mujer de experiencia, de mucho mundo rodar, le había observado sus desconfianzas y seguridades sobre la mala calaña del sujeto, que, evidentemente, tenía los clásicos rasgos de los delincuentes y degenerados clasificados hasta en los manuales de antropometría.

Y a medida que ella hablaba, señor, a medida también que yo la miraba, yo me decía — oiga usted bien — que no amaba, que no amaba absolutamente a esa mujer; que no la había amado jamás... Había matado a un hombre por ella y jamás la había amado...

Desde ese momento nada escuché, ni a los otros testigos, ni al fiscal, ni a mi abogado. ¡Ah, qué cabeza de imbécil había en mis hombros! ¡Vaya! ¡Pronto! Que libren de una vez al mundo de esa cabeza, que la hagan saltar de una vez al cesto."

Un convidado útil

El marido.—He traído a don Rustiano para que coma con nosotros.

La mujer (que está en los trabajos del alfombrado de las habitaciones).—¿No es posible, Jorge! ¿No ves que hoy es...?

El marido.—¡Calla, querida! ¡Es precisamente el hombre que necesitamos para que nos mude el piano!

Historia constitucional. Criterio sobre precedentes de la Constitución de 1860. Groussac y las bases de Alberdi. Después de Caseros. Originalidad de una Constitución. Diferencias entre la Constitución Argentina y la de Estados Unidos. Fuentes de la Constitución de 1853. El pacto federal.

Por el doctor Mario A. Carranza

De la importante obra que, bajo el título "LA CONSTITUCION Y EL REGIMEN FEDERAL", acaba de publicar el distinguido jurista consulto, doctor Mario A. Carranza, transcribimos el siguiente interesante capítulo:

Para llegar a una eficaz investigación de los antecedentes de los artículos 5° y 6°, parece indispensable, y será de todos modos interesante como estudio, establecer con la mayor precisión la historia o si se quiere, el proceso orgánico de la Constitución desde 1810 hasta quedar sancionada definitivamente en 1860.

Votada la Constitución de 1853 con la declaración de que respondía al sistema federal de gobierno, y de consiguiente en principio semejante a la de los Estados Unidos — cuyos resultados ya irradiaban en el mundo a mitad del siglo XIX, — ha dado autoridad a la tesis y opiniones de que esta carta fué una traducción o copia más o menos de aquélla. Auspicada esta creencia por autoridades científicas y literarias y no discutida con demostraciones reales y razonamientos, se ha generalizado.

Groussac, que aborda con talento todos los temas, aunque no siempre con igual conocimiento y justicia, ha sometido a su crítica el problema de la Constitución y vinculándolo con un estudio sobre las "Bases" de Alberdi, se empeña en demostrar con su formidable dialéctica la misma tesis, para llegar a la conclusión de que no hay originalidad en nuestra Carta Fundamental y menos que sea la obra de Alberdi, el modelo seguido por los Constituyentes de 1853.

Se ha inspirado evidentemente — y es su punto de partida aunque no lo haga notar — en una publicación de Calvo y Scalabrini, quienes pretenden haber descubierto que hay sesenta y tres artículos de la Constitución Argentina que corresponden a iguales disposiciones de la Americana.

Procura a su vez demostrar Groussac la cantidad de párrafos o cláusulas que, a su juicio, son traducción del inglés, olvidando lo que él seguramente haría notar con ironía en el caso que quisiera demostrar lo contrario a su tesis, que cuando los conceptos coinciden en dos cláusulas legales, sea o no Constitución, es casi indispensable que los textos se asemejen, y hasta se encuentre una cantidad de palabras o frases iguales.

Así, por ejemplo, la Constitución Alemana de 1919 establece en el artículo 45 que "el Presidente representa el Reich en las relaciones exteriores. Concluye las alianzas y otros tratados con las potencias ex-

tranjeras. Acredita y recibe el cuerpo diplomático". El artículo 47 dispone: "El Presidente del Reich es el comandante supremo de toda la fuerza pública del Reich".

¿Son, acaso, estos artículos traducción de los incisos 14 y 15 del artículo 86 de nuestra Constitución? No pueden ser más idénticos, pero no podían redactarse en otros términos siendo idéntico el concepto que los inspira. Otra cosa es el plagio en literatura, que tantos ha descubierto Groussac para castigo y ejemplo, y el no haberse fijado la materia que trataba ha dado lugar al error en que incurre.

¿Quiero sostener con esto que están en la verdad los que atribuyen al proyecto de Alberdi la confección íntegra de la Constitución de 1853? Absolutamente.

Iniciaré, pues, la investigación sin prejuicio, procurando llegar conscientemente a la verdad, porque así podré, con más seguridad, entrar al desarrollo de la segunda parte de este trabajo.

Cuando después de la batalla de Caseros, Urquiza, triunfante, se quiso entregar a la tarea de la organización nacional, encontró el mismo patriótico anhelo en los hombres de Buenos Aires; pero la desconfianza, los celos y las divergencias de opiniones en los medios de llegar a la finalidad, provocaron nuevos conflictos y rompieron otra vez las hostilidades entre Buenos Aires y

la Confederación, que detuvieron la solución del problema de la unión definitiva hasta 1862.

No sólo dentro del país se manifestó públicamente el anhelo de la organización. Alberdi, en Chile, con visión de estadista y encontrando que allí se vivía en paz después de la Constitución de 1833, consideró que lo fundamental para que su país alcanzara la unidad, era darle una Constitución. Redactó con pasión y sin descanso un proyecto, acompañándolo con las "Bases", que es el comentario histórico, económico y político de sus cláusulas, como la explicación de la conveniencia de cada una.

Alberdi, aunque no quieran reconocerlo sus críticos, sugestionados quizá por la prédica de sus enemigos, fué un creador en el sentido más amplio del término. Pretender que creador o inventor es el que brinda a la sociedad lo que no ha existido en una forma u otra, lo que carece de antecedentes o jamás mencionado en algo semejante, es desconocer hasta el trillado debate sobre si el inventor industrial o científico tiene derecho a un privilegio, sosteniéndose por los que son contrarios, que nadie puede crear lo que no sea el resultado de lo que está ya en el ambiente, de lo que se ensaya, de lo que se conoce y escribe en la literatura del ramo. De ahí la transacción estableciendo las leyes protectoras del inventor, limitando la propiedad del invento a un corto número de años.

En la ciencia política sería fantasma sostener que alguien haya inventado algo desconocido, porque aun Montesquieu, en el "Espíritu de las Leyes", construye a base de lo conocido desde Aristóteles, sugiriendo simplemente nuevas formas o métodos de organización y gobierno.

Refiriéndose al origen de la declaración de derechos en Francia, dice Barthelemy, en el libro que acaba de publicar: "Los hombres de una época no pueden abstraerse de todos los pensamientos, de todos los esfuerzos, de todas las producciones de aquéllos que los han

¡Es para mí!

Una rata campesina saliendo de su madriguera vió, no lejos de ella, una hermosa manzana madura.

—¡Es para mí! — chilló, apoderándose de la fruta.

Pero un mono, descendiendo rápidamente de un árbol, aproximóse a la rata, le arrebató la manzana y ganó de nuevo la copa del árbol, gritando triunfante:

—¡Es para mí!

Un águila que desde el espacio presenciaba la escena, no dejó tiempo al mono para gozar de su victoria; arrojóse sobre él, clavó sus garras sobre la manzana y remontó su vuelo, exclamando:

—¡Es para mí!

Entonces un hombre que cazaba por aquellos parajes se echó la escopeta a la cara, y atravesó de un balazo al ave que cayó a sus pies.

—Soy el primero entre todos los seres de la tierra, y pues me denominan el rey de la creación, ¡la manzana es para mí!

El hombre le clavó al punto el diente, pero notó, con gran disgusto, que el fruto estaba casi hueco y que del centro salía un repugnante gusano que triunfante le decía:

—La manzana, como tu propio cuerpo algún día, será sólo para mí...

RAMIRO BLANCO.



precedido. Todo pensador, todo artista, aprovecha, consciente e inconscientemente, de los trabajos por los cuales sus predecesores han enriquecido la lengua, el patrimonio intelectual de la humanidad".

(1)

Alberdi no podía inventar una Constitución. Tenía presente, puesto que las había estudiado, no sólo la de los Estados Unidos, sino la de Chile, donde vivía, y las otras que menciona en sus "Bases". Todo eso debía aplicarlo a la redacción del trabajo que se proponía para su patria, amoldado a las circunstancias. Para conocer su pensamiento nada mejor que leer sus propias palabras en el "Estudio de la Constitución de 1853" (2). "El Federalismo no debió su inspiración a la República de Norte América exclusivamente". Sostiene en seguida que Holanda y Suiza sirvieron anterior, que Rousseau, Necker y otros aportaron a la Revolución Francesa el liberalismo de la Confederación Helvética; que el comentario de Story, llegado en 1845, vino a completar la evolución que habían preparado los publicistas franceses vulgarizando las doctrinas de gobierno federal y democrático, y después de muchas consideraciones, concreta su concepto en un párrafo decisivo: "He ahí el origen doctrinal de nuestro federalismo argentino, por cuya razón fuera conveniente no buscar luz a nuestro texto en el ejemplo exclusivo de los Estados Unidos, sino también en el de otros países regidos por ese sistema".

Y da más fuerza al pensamiento transcrito, si se recuerda que Alberdi escribió este último trabajo para refutar a Sarmiento los "Comentarios a la Constitución de 1853", cuando separada Buenos Aires de la Confederación no se omitía medio de hacerle ambiente político favorable y parecía eficaz criticar el documento sancionado en Santa Fe, precisamente por conceptualizarlo pensamiento de Alberdi y obra de Urquiza. La crítica de Sarmiento no fué sincera, sino fruto de las pasiones. Tan es así, que él mismo había escrito una carta a Alberdi, en Septiembre de 1852, desde Jungay, felicitándolo en estos términos: "Su Constitución es un monumento. Es posible que su Constitución sea adoptada, es posible que sea truncada, alterada, etc.; pero nada le quita su valor". Por eso Alberdi, encabeza el Capítulo XXI del trabajo que cito, diciendo: "El autor de los Comentarios censura hoy lo que aplaudió ayer".

A Sarmiento se le debe disculpar esa contradicción, porque fué Sarmiento y escribía con toda la pasión que lo dominó siempre que emprendía una empresa y respondiendo en esa hora al ambiente que

(1) Le Gouvernement de la France. Cap. XII.

(2) Cap. III, pág. 152. Edición 1886.

se respiraba en Buenos Aires en lucha ardiente con la Confederación.

Si Groussac hubiera meditado con los textos de la Constitución a la vista y sus comentarios, no buscando con su volteriano espíritu de crítico-pesquisa descubrir pequeñas deficiencias de redacción o semejanzas, sino levantando la mirada para encontrar el significado superior de cada texto en las orientaciones doctrinarias de la época o en principios de gobierno, habría llegado a conclusiones muy diferentes. Habría encontrado, entre otras, estas diferencias fundamentales con la Americana:

- 1.º La Constitución Argentina está encabezada por un capítulo de declaraciones, derechos y garantías.
- 2.º La Constitución Argentina sostiene el culto católico, apostólico, romano.
- 3.º La Constitución Argentina deja librada a ley del Congreso la cuestión capital de la Nación.
- 4.º La Constitución Argentina impone las condiciones a que deben sujetarse las Provincias al dictar sus Constituciones. La del 53 las sometía a la previa aprobación del Congreso.
- 5.º La Constitución Argentina declara que el Presidente es el Jefe Supremo de la Nación y tiene a su cargo la administración general del país.
- 6.º La Constitución Argentina no admite la reelección inmediata del Presidente.
- 7.º La Constitución Argentina fomenta la inmigración europea, como previendo el peligro futuro y lo que ocurre en los Estados Unidos con la inmigración amarilla.
- 8.º La Constitución Argentina establece que el Presidente jura por Dios y los Santos Evangelios.
- 9.º La Constitución Argentina dispone que el Congreso Nacional dictará los Códigos Civil, Penal, de Comercio y Minería.
- 10.º Por la Constitución Argentina los gobernadores son agentes naturales del Gobierno Federal.

Esta sola enumeración de diferencias basta para demostrar que no puede sostenerse que la Constitución de 1853 fué copia o traducción de la Constitución de Filadelfia. Menos la de 1860.

Más adelante haré demostraciones comparativas al examinar precedentes argentinos, pero concretando la refutación, me permito afirmar que en conocimiento de lo que quiere decir el vocablo "traducir", no puede un escritor por detallista y severo que sea sostener que un documento que consta de 110 artículos y ocupa casi tres pliegos del formato corriente, sea traducción de otro que sólo necesita medio pliego del mismo formato en siete artículos enumerativos. Ni modelo ni traducción. Groussac, que le gusta remachar sus conclusiones, agregaría: "Traducir, según el diccionario, es: 'Expresar exactamente en una lengua lo que está escrito o se ha expresado en otra'".

Hay otra razón, también funda-

mental. Los Constituyentes de Filadelfia querían contentar a los Estados Confederados, porque había grandes disidencias dentro de la Convención, y no convenía dar tema para discusiones públicas una vez que terminara la sanción de la Constitución en sus sesiones secretas; los Constituyentes de Santa Fe querían decir todo, porque todo tenía que preverse, pues no obstante desear cada Provincia la unión, el vínculo estaba en un hilo, porque no había base de gobierno regular provincial ni nacional; de ahí que resultara tan larga y detallada.

Actualmente, al estudiarla, quien no conozca la historia argentina, la publique al final una carta del emisor encontrará excesiva. Precisamente nente constitucionalista americano H. T. Atwood, comentando nuestra Constitución, en la que dice: "Mi crítica sería, que es muy larga, que contiene algún material que debería estar en las leyes; algún material que está de más y alguno que es repetición". ¿Hubiera dicho lo mismo conociendo la historia del

tivo fuerte, acumularon todo lo que fué posible como antecedente para redactar el texto: La Constitución Unitaria de 1819, la de 1826; el pacto federal de 1831, que tenía sus formas de Constitución y llega a señalar un término en el artículo 14: "en que podrían ser admitidas otras provincias en esta Federación"; las ideas propagadas y difundidas por Sarmiento, Echeverría y del Carril, respecto a la organización nacional y, sobre todo, las Bases de Alberdi, que es la espina dorsal del documento de Santa Fe; aprovecharon también las enseñanzas de Story los pocos que sabían leer inglés; tuvieron a la vista la Constitución de Estados Unidos, de Suiza, de España de 1812, copia de la de Sieyes, la producción francesa en sus Códigos y de los escritores, la obra de Tocqueville "La Democracia de América", etc., etc. Con todos estos elementos y con un estudio y penetración de las fundadas exigencias de las Provincias y de las conveniencias del momento político y social, del carácter y las

Mary "la rubia"

Mary... tiene el nombre inglés, la gracia francesa y el corazón español... tiene la cabellera, dorada como un rayo de sol hecho hebras; el rostro pálido y casi redondo, como el de una muñeca de marfil; el cuerpo fino, cimbreño, elástico y sin morbideces como el de un efebo; y las claras pupilas miopes como dos gotas de diabólico ajeno... Mary... rosa carnal de los jardines de Afrodita... su belleza ambigua y pálida; su gesto cansado; sus flexibles languideces felinas; sus ojeras moradas y sus labios pintados, en forma de corazón, hablan de la intimidad propicia de los "boudoirs" y de la animación cosmopolita de los cabarets en la hora maga de la madrugada, cuando en las lujosas salas galantes los siete pecados vestidos de etiqueta, bailan la danza de moda entre el humo azul de los cigarrillos egipcios. Mary "la rubia" ha oído balbucear al deseo en todos los idiomas; conoce la fugaz alucinación de todos los paraísos artificiales y la embriaguez discreta de todos los vinos... Y así, aventurera, lírica, sentimental y ultrachic, va por el mundo Mary. Con una canción en los labios y la secreta esperanza de un amor redentor, en el corazón...

FRANCISCO PETITE.

medio siglo de anarquía, guerra civil, que fué la escuela de nuestro republicanismo? ¿Hubiera dicho eso, de haber encontrado que la Constitución Argentina, que lefa por vez primera, era reproducción o copia de la Americana que vive comentando y enseñando?

No está de más recordar que uno de los convencionales de mayor ilustración de la época de la Confederación y miembro informante del proyecto negó que la Comisión se hubiera inspirado en la Constitución de los Estados Unidos o de los Cantones Suizos; lo mismo sostuvo Mitre en la Convención de 1860, cuando las enmiendas de Buenos Aires, y puede leerse lo que dice Sarmiento en el tomo XXXI, pág. 220, de sus obras.

Se llega a la conclusión, y es la que tendrá que aceptarse en definitiva, que los Constituyentes de 1853 convencidos y conviniendo que era necesario sancionar una Constitución Federal, con un Poder Ejecu-

costumbres del país, de los recelos de Buenos Aires, la Comisión, en esfuerzo inteligente, noble y patriótico redactó el admirable proyecto de Constitución, obra original, aunque siguiera el plan de Alberdi, que permite sostener que no es ni federal ni unitaria en absoluto, sino un régimen mixto. Así fué sancionada y al someter las provincias, incluyendo Buenos Aires, a una Constitución, dejaron desde ese momento constituida la Nación.

Dieron facultades al Presidente que no las acuerda el criterio ni la doctrina del régimen federal, ni la Carta de Filadelfia; establecen que los Códigos se dictarán por el Congreso Nacional, que es unitarismo subido, pero en cambio las provincias conservan "todo el poder no delegado a la Nación", que es federalismo puro, y "se dictan sus propias instituciones", que es facultad inherente a los Estados independientes. Es el espíritu del tratado del Pilar de 1820, que siempre estuvo latente en las Provincias.

Todo esto se explica en presencia de las diferencias entre la historia colonial argentina y la colonial norteamericana. Cuando los confederados de 1776 resolvieron declararse independientes de la Gran Bretaña, sólo tuvieron que modificar la forma de gobierno con relación a la Corona, pues la Confederación venía formándose paulatinamente desde el proyecto de Franklin en 1854; cada colonia tenía sus instituciones y algunas elegían gobernadores y Legislatura. Había un pueblo preparado para gobernar y ser gobernado. Aquí, en cambio, no había existido gobierno regular en ninguna provincia antes de la Revolución y los ensayos posteriores en el orden nacional y provincial fueron improvisaciones para sostener gobiernos creados por el motín o la fuerza, a base del soldado, que era el único que ejercía derechos de ciudadano. Por eso el primer estatuto lo dicta el Poder Ejecutivo, lo mismo que los posteriores, como también el Reglamento Provisorio de 1817, pues recién en 1819, un Congreso Nacional sanciona la Constitución que no entra en vigencia, como tampoco la de 1826. Puede decirse que recién el pacto Federal de 1831, que lo celebran cuatro gobernadores, pero al que se adhieren casi todos, respondía al propósito sincero de formar un gobierno confederado, aunque ninguna intervención tuvo el pueblo de las provincias signatarias.

Vicente F. López, acepta sin embargo que ese pacto era por lo menos una ley de la Nación, y en su discurso colosal pronunciado en la Legislatura de Buenos Aires, discutiendo el acuerdo de San Nicolás, tuvo la valentía de sostener: "Es un acto de gobierno emanado de la obligación que tiene de cumplir religiosamente leyes anteriores, leyes fundamentales y vigentes hasta la fecha, leyes sancionadas por el sentimiento de todos los pueblos de la República; leyes, en fin, que ninguna Provincia puede contradecir sin caer en un acto de rebelión contra el pacto fundamental que constituye la Nación Argentina". Recalco la palabra sentimiento, para demostrar la habilidad de lenguaje del orador, que no podía afirmar que era sanción de las Legislaturas de las Provincias y aunque parece un absurdo jurídico decir que el "sentimiento" sanciona una ley, dijo la verdad, porque en todos los hombres del país, aunque en forma inconsciente, existía el anhelo de la organización a base de federalismo.

Es que el pacto federal ya encerraba los conceptos primordiales de una carta o Constitución y concordante con eso, el artículo 1.º del Acuerdo de San Nicolás, dispone: Observar fielmente el tratado de 1831. Además la Convención de Santa Fe declaró que el Pacto del 4 de Enero de 1831 determinaba la forma de gobierno que debía adoptar la Nación.

¿Cómo puede entonces sostenerse que los Constituyentes de 1853, que son los mismos hombres del Acuerdo de San Nicolás, han hecho una traducción o copiado la Constitución de los Estados Unidos?

«El Progreso». - (Crítica a la tesis de Herbert Spencer), por el doctor Manuel Rosés Lacoigne

Editado por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de La Plata, ha aparecido en folleto el trabajo del epígrafe, el cual ha sido premiado últimamente por la institución Mitre.

El folleto del doctor Rosés Lacoigne es un valioso aporte al estudio de ese punto, y tanto las citas que realiza, que demuestran una erudición escogida como las sugerencias que consigna, revelan un pleno dominio del tema. Constituye una crítica a la tesis de Herbert Spencer, basada en la fórmula: "El progreso orgánico consiste en un cambio de lo homogéneo a lo heterogéneo".

El autor analiza esa definición, oponiéndole concienzudos razonamientos y realizando acertadas consideraciones acerca del progreso y sus concomitancias con la evolución y estableciendo que no toda evolución es progreso.

En uno de sus párrafos llega a la conclusión de que "cuando una especie alcanza el máximo de desarrollo está en vías de desaparecer. Evolucionar, pues, para desaparecer". Esta afirmación podría destruir la ley del progreso y el desiderátum largamente acuciado por la humanidad que le empuja hacia el bienestar posible. Todo estado de plenitud puede ser, pues, una premisa de destrucción o de fenecimiento, lo cual establecería la eternidad del progreso y de la evolución y, junto con ello, la de la lucha por la vida o razón de ser de la existencia. Es el caso que recuerda la historia griega, de Diágoras, todos cuyos hijos habían triunfado en memorable liza, y al cual le dijeron: "Muere Diágoras, puesto que no puedes ser Dios!"

El problema del progreso es en su esencia uno de los más arduos del mundo, puesto que el mismo prurito de los esfuerzos humanos involucra el afán de superación o sea de progreso. En cierto modo, podría decirse que el progreso no existe sino en determinadas actividades. El progreso tampoco es general sino particular, pues mientras se progresa en un derrotero se retrocede en otro. De ahí la discordia entre el progreso oriental y el occidental, que alientan ideales opuestos.

Estas reflexiones nos ha sugerido la lectura de la obra del doctor Rosés Lacoigne.

Por falta de espacio, no nos es posible, desgraciadamente, extendernos en mayores consideraciones sobre tan interesante trabajo, en el cual el doctor Manuel Rosés Lacoigne se revela como un temperamento talentoso y excepcionalmente dotado para el cultivo de la filosofía.

R. DE C. E.

«Momento musical», por Mayorino Ferrara.

Con un prólogo de Díez Canedo y un comentario de González Martínez, el poeta Mayorino Ferrara termina de dar a la publicidad un bello libro de poemas.

Ferrara es un poeta objetivo y sobre todo original. No tienen sus rimas sencillez ni son demasiado

PAPEL Y TINTA

extravagantes. Suple a lo fácil con figuras brillantes que dan a sus versos una rara musicalidad. Tal vez en algunas metáforas se exceda un poco, pero resultan siempre aceptables porque, excelente conocedor del verso, cuida de unificar la forma al color y armonía, sin que éstas salgan de los moldes en que las encierra.

Tiene composiciones panteístas, otras describen estados de alma, manteniendo siempre la armonía, como parte tónica de su rima.

Dice muy acertadamente el comentarista González Martínez:

"Entre la sombra, misteriosamente, "Sonreía el silencio!"

El final de esta composición es bellísimo y las figuras que anteceden, originales.

Como he dicho anteriormente, Ferrara es un excelente poeta colorista; en todo lo que ve descubre una metáfora brillante, lástima que la emoción empalidezca en ciertos poemas.

En su obra se destacan composiciones de un gran valor estético: "Nocturno", "La música de Mozart" y otros no menos interesantes.

Esta obra de Ferrara dará mayor relieve a su nombre de poeta,

Nos place que el señor García y Mellid no se halle encastillado en una tendencia irreductible en favor o en contra de la rara teoría moderna, porque entonces su producción adquiere así el valer real que, indudablemente, no es patrimonio de las obras apasionadas.

Nos manifestamos de acuerdo con el autor en las consideraciones adversas a la novísima tendencia, que hace en algunos pasajes de su folleto, así como creemos que cierta parte del entusiasmo que el señor García y Mellid expresa por el futurismo es plausible, puesto que las teorías más desorbitadas contienen su medida de bondad, necesaria a la renovación de las ideas humanas.

En cuanto a la aceptación que, de lo que se ha dado en llamar "el reinado de la máquina", hace el señor García y Mellid, disintimos en absoluto con él, estando persuadidos que esta tendencia en lo que tiene de avasalladora, es una fuente de perturbación mundial y que su imperio creciente es una causa poderosa del olvido de las leyes de la naturaleza, síntesis de verdad, y del verdadero espiritualismo, arrollado por el concepto materialista que hace que la moral y el intelecto se vean suplantados con harta frecuencia.

El mundo vive asfixiado por un artificialismo creciente, al cual contribuye la teoría en cuestión, aparte, claro está, de la proporción que le corresponde en la renovación de los valores humanos.

"Glosas sin trascendencia al "Futurismo" y su apostol F. T. Marinetti", es una apreciable contribución a la famosa teoría, en cuyas páginas los anhelos de conocer sus orígenes y propósitos encontrarán excelentes elementos de juicio.

R. DE C. E.

Noticias literarias

LEONIDAS BARLETTA.—

Lanzará en breve por intermedio de la Editorial Tor, su novela "Vidas Perdidas", en donde se cuenta la historia sentimental de unos seres a quienes el amor unía y la fatalidad separaba.

ALFREDO ESPINOSA.—

Tiene en prensa en la Editorial Tor una selección de sus mejores cuentos breves que titula "Del amor y de la vida". Aparecerá en el corriente mes.

R. L. ZIA.—

Este joven escritor argentino que tantos éxitos obtiene con su "Universidad Rioplatense", anuncia para en breve la aparición de una revista que será el órgano oficial de la misma.

Salvando un error

En el soneto titulado "Invitación" y firmado por el señor José Guerrero Locamoux, que apareció en nuestra edición del 3 del actual, se deslizó un error tipográfico, que salvamos a continuación.

El noveno verso empieza diciendo:

"Sed la sacerdotisa..." y debe leerse:

"Sé la sacerdotisa..." etcétera.

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Amadeo Natale

Jefe del Servicio del Hospital Pirovano
ENFERMEDADES DE LOS OJOS
Consultas de 14 a 18
SARMIENTO 735 U. T. 7382, Avenida

Dr. Juan E. Carulla

Médico del Hospital Alvear
ATENDE ESPECIALMENTE
ENFERMEDADES INTERNAS
MEJICO 1360
Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Victor Moraschi

OCULISTA
JEFE DE CLÍNICA DEL HOSPITAL
OPTALMOLÓGICO «SANTA LUCÍA»
DE 2 A 4 1/2
BERNARDO DE IRIGOYEN 257
U. T. 4728, Rivadavia

Dr. Alberto T. Barragan

DENTISTA CIRUJANO
De 14 a 18 SAENZ PEÑA 216
U. T. 38, Mayo 6837

Dr. A. R. Zambrini

Prof. Suplente de la F. de Medicina
Jefe del Servicio de nariz, garganta y
oidos del Hosp. San Roque
VIAMONTE 726 De 2 a 4
Menos los Miércoles

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz
y oídos del Hospital San Roque
Asistente a la clínica del profesor
Sebileau (Paris)
Consultas: de 2 a 4 p. m.
LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal
BUENOS AIRES

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson
MATRIZ, OVARIOS Y CIRUJIA
DE SENORAS
B. MITRE, 1266. U. T. 422, Adrogué
ADROGUE

Dr. ELOY A. ESCOBAR BAVIO

Médico oficial del Círculo de
La Prensa y Director del Ser-
vicio Médico del Jockey Club.
LAS HERAS 1877
Consultas: de 3 a 5 p. m.
Unión Telef. 5728, Juncal

"Con los versos de Ferrara se oye más que se ve", y así es, en efecto, pues cada uno de éstos es una gama musical que despierta en el lector exquisiteces, y muchas veces dejan algo como una extraña y recóndita armonía.

No es un poeta de técnica complicada, sólo que, al encerrar sus ideas en viejos moldes y unificar a éstos el color de sus metáforas, parece que se descompusieran dando a la estructura una diferencia a las consagradas por nuestros primeros apolonistas.

Damos a nuestros lectores una composición que resulta agradable, y sus figuras originales están dentro de la lógica:

"La tarde es una lágrima"
"Sobre el inmenso párpado del [cielo]."

"Mi corazón bebióla ávidamente"
"Oh! el amargo sabor de los [recuerdos]."

pues gana a su anterior en belleza. Es un poeta que, dentro de su estilo, avanza enormemente.

Orna la iniciación del libro una imagen del poeta, obra de la señorita Romilda Ferrara, hermana del escritor, en la cual se destaca una gran alma de artista.

V.

«Glosas sin trascendencia al «Futurismo» y su apóstol F. T. Marinetti», por Atilio García y Mellid.

El equilibrio de concepto del autor acerca de la zarandeada cuestión del futurismo, es el rasgo dominante en el citado folleto, en el cual se deja trasuntar desde el primer momento el conocimiento que éste posee del tema abordado.

La impregnación de los postes de madera

La mayor parte de los postes de madera que se emplean en América son de ciprés y tienen una duración media de doce años. En Europa, casi siempre se emplean postes de pino y su duración es de poco más de cinco años. Merced a la impregnación con diferentes materias, puede triplicarse y hasta cuadruplicarse esa duración. La impregnación con el cloruro de cinc hace que la duración de los postes sea de unos doce años; el procedimiento Boucherie, con el sulfato de cobre, da una duración de catorce a quince años; la kyanización (impregnación con el bicloruro de mercurio), de dieciséis a diecisiete años, y la impregnación con el aceite de alquitrán, unos veintitrés años. Estas cifras corresponden a una impregnación completa de 200 a 300 kilogramos por metro cúbico.

De las últimas experiencias realizadas resulta que una impregnación con 60 kilogramos de aceite de alquitrán produce la misma duración de los postes, que la kyanización.

Desde el punto de vista de la acción sobre los hongos destructores de la madera, su eficacia proporcional está representada por las cifras siguientes: bicloruro de mercurio, 100; fluoruro de sodio, 25; sulfato de cobre y cloruro de cinc, 3 a 5.

Los mejores resultados se obtienen con una impregnación de 1 kilogramo de bicloruro de mercurio, de 10 a 12 kilogramos de cloruro de cinc, 6 a 10 kilogramos de sulfato de cobre ó 60 kilogramos de aceite de alquitrán por metro cúbico de madera.

Puede admitirse que aumentando la proporción de las materias que se impregnan por metro cúbico de madera, se aumenta poco su eficacia; por el contrario, disminuyendo esa proporción decrece mucho su eficacia.

Los mejores procedimientos de impregnación parecen ser los siguientes:

- Impregnación con 60 kilogramos de alquitrán por metro cúbico.
- Impregnación a presión de 3 a 4 kilogramos de fluoruro de sodio y solución de creosol o fenol.
- Kyanización con solución de sublimado al 0,66 por 100.
- Kyanización con solución de sublimado al 0,66 por 100, y de fluoruro de sodio al 1 por 100.

Con estos procedimientos la impregnación resulta eficazísima y los postes, en condiciones de resistir los cambios de temperatura por extremos que sean.

El Kremlin y su campana

Al hablar de la "Santa Madre Moscú" como llamaban los rusos del pasado régimen a la vieja capital de Rusia y segunda ciudad del vasto imperio, lo primero que acude a la imaginación es su Kremlin y su célebre campana.

El Kremlin puede calificarse de Capitolio de Moscú, pues resume todos los recuerdos de pasadas épocas. A él concurren anualmente millares de peregrinos de todas partes de Rusia.

En sus murallas, altas y coronadas de torres, se encuentran cinco puertas, entre ellas la del Salvador con una imagen milagrosa ante la cual es obligatorio descubrirse. El interior del Kremlin contiene soberbios palacios e iglesias. Figura entre las principales la catedral de la Asunción de María, construida de madera en 1326 y reedificada en piedra un siglo después. Fue pasto de las llamas cuatro veces y otras tantas reconstruida. En el iconostasio o prebisterio hay o había, si el nuevo gobierno no lo ha retirado, cerca de seis mil kilos de oro. En el santuario hay un friso de mármol con un monte Sinaí todo de oro, encuya cima aparece la efigie de Moisés con las Tablas de la Ley.

El edificio de carácter civil más

importante del Kremlin es el Gran Palacio, imponente monumento concluido de construir en 1849. Entre sus dependencias, la más notable es el "Salón o Cámara de Plata", donde hay numerosos objetos de este metal precioso y cuatro gobelinos con escenas del "Don Quijote".

El templo de Juan el Grande es muy notable por su campanario, aislado y próximo a la catedral de San Miguel.

Alcanza la soberbia torre noventa y ocho metros de altura y termina en una reluciente cúpula de cobre. Las campanas tienen proporciones gigantescas, singularmente el bordón, que fué fundido en 1817 y pesa 6.425 kilos.

Al pie de esta torre se encuentra sobre un sólido pedestal la famosa campana llamada "Zar Kolokol", que mide más de diez y ocho metros de circunferencia, tiene seis metros de altura y pesa ciento noventa y seis mil kilogramos, siendo la mayor del mundo. Su interior sirve de capilla.

El poder germinativo de las semillas

El poder germinativo o facultad germinativa de una semilla se expresa por el número de ellas que en 100 granos de semilla pura son ca-

paces de procurar gérmenes sanos.

Para determinarlo, las semillas se colocan en las condiciones exigidas por la germinación — aire, temperatura y humedad, — utilizando para ello germinador o estufas de germinación. La germinación conviene realizarla en la oscuridad o en la luz, según las semillas.

El ensayo permite seguir día por día el proceso germinativo y fijar al cabo de determinado número de fechas, variable con la naturaleza de los granos, el tanto por ciento de semillas en condiciones de ser plantadas.

La determinación de este poder germinativo se hace apartando 600 granos en seis series de 100, o de tres de 200, y poniéndolos a germinar. La media de los resultados obtenidos en cada serie indicará el poder germinativo de la semilla.

Caso en que los resultados de las distintas series presenten entre sí diferencias sensibles, convendrá repetir el ensayo y tomar como resultado la media de estos últimos, si fueran poco diferentes, o en caso contrario, la media de las series más concordantes en los dos ensayos.

En las determinaciones del poder germinativo, los métodos y aparatos empleados varían con la naturaleza de las muestras. En todos los casos, las bolsas de papel de filtro dan resultados aceptables, pero según el tamaño y clase de la semilla, será o no preferible emplear otros procedimientos.

Tratándose de semillas pequeñas, lo más indicado es, el germinador tipo Jacobsen.

Para semillas de mayor tamaño, como cereales, remolachas, guisantes, garbanzos, etc., lo más práctico son los platos con arena húmeda, o las bolsas de papel filtro.

Los platos serán de loza o de cristal, de un diámetro medio de 22 centímetros y de una altura aproximada de cinco centímetros. Se llenarán hasta un centímetro o centímetro y medio del borde con arena del río, bien lavada y calcinada, y se cubrirán, una vez puestas en ellos las semillas.

En visita

La mamá. — Pero, ¿por qué no quieres dar un beso a la señora de López?

El nene. — ¡Porque me daría un bofetón, como el que le dió ayer a papá!

Conyugal

—¿Milton no es ese poeta inglés que escribió "El Paraíso perdido"?

—El mismo, y que cuando envidó escribió "El Paraíso recobrado".

Una curiosa predicción

EN EL SIGLO XIII YA SABIA UN CIUDADANO LO QUE OCURRIRIA EN EUROPA, DURANTE EL INVIERNO DE 1925.—

Un periódico parisién publica la siguiente curiosísima información:

"El invierno de 1925 será largo y bastante seco. Habrá grandes heladas y mucha nieve hasta el fin de enero, en que vendrá el deshielo con abundancia de agua. Se recogerá el grano en cantidades bastante razonables y será muy caro".

¿Quién ha dicho esto?

Tomás José Moul, que vivía en el siglo XIII en Saint-Denis, Francia.

Moul nació en Nápoles, y sus predicciones, que se prolongan hasta el año 2063, han sido corregidas por Nostradamus y traducidas al francés alrededor de trescientos años más tarde.

Así, desde el siglo XIII, Moul había hecho la predicción no solamente de la temperatura para el pasado invierno europeo, sino también de la vida cara.

La información curiosísima, que antecede, ha sido objeto de muchos comentarios y hay quien se preocupa de averiguar nuevos datos de la vida de Moul.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18

U. T. 428, B. Orden

Sábados: de 9 a 12

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre . . . \$ 2.50	Trimestre . . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre . . . 5.00	Semestre . . . 6.00	Semestre . . . 4.00
Año . . . 9.00	Año . . . 11.00	Año . . . 8.00
N.º suelto . . 20 cts.	N.º suelto . . 25 cts.	
N.º atrasado 40 "	N.º atrasado 50 "	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reporteros, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande cada tomo	\$ 12.—	3.70
" " " chico " " "	8.—	8.—
Tapas sueltas " " grande " " "	9.—	2.—
" " " chico " " "	6.—	1.50

"BANDONEON", DE JOSE A. SALDIAS, EN EL NACIONAL.

José A. Saldías, que tiene en su haber una buena cantidad de éxitos, ha creído necesario rendir un nuevo tributo al tango nacional y recargando la dosis que es usual en cierta producción del género chico, ha instilado en su última pieza dos tangos a cargo de distintos intérpretes, para asegurar más la eficacia del recurso. Uno de ellos lo canta Olinda Bozán con su gracia picaresca y expresiva; el otro lo musita Libertad Lamarque, con una deliciosa voz, dulce y sentimental, pero un poco exagerada la tenue emisión vocal. Ambos tangos resultaron muy del agrado del público, teniendo que bisarse los dos ante los estruendosos aplausos con que fueron acogidos. Agregado esto a la vis cómica de Cicarelli y a la rica contribución de la Bozán y de Bustos en ese mismo sentido, con una labor casi exclusivamente personal en muchos momentos, el sainete de Saldías quedó revestido con los caracteres de una pieza de larga duración en el cartel del Nacional, Saldías y el teatro Nacional (casi, con mayúscula), son los únicos favorecidos por el estreno de esa producción.

"VIVA LA REPUBLICA", DE ELIAS ALIPPI, MARONI, SAN ROMAN Y EL MAESTRO TERES, EN EL SAN MARTIN.

Si se tiene en cuenta lo que es una revista, lo que significa un espectáculo barato y lo difícil que es conseguir originalidad en lo que está muy trillado, podemos decir sin temor de ser rectificadas que la última pieza estrenada en el San Martín llena cumplidamente su cometido. Es cierto que no se derrocha en ella el ingenio, pero en cambio la parte coreográfica ha sido preparada por Sacha Goudine con todo esmero y buen logro. La música es amena y pegadiza, que es todo lo que puede pedírsele a la partitura de una revista. Los buenos elementos con que cuenta la compañía del San Martín no defraudaron al público, de modo que el éxito fué rotundo y quedó incorporada esta nueva revista al grupo reducido de las que pueden verse varias veces sin lamentar el gasto, que en esta boletería es, como se sabe, bastante reducido. Enriqueta Pereda y Sofia Bozán tienen una actuación destacada, que el público aplaudió con entusiasmo, así como a Mazoky y el grupo de bailarinas que estrenaron algunas danzas originales y armoniosas.

"LA SEGUNDA NOCHE"

El director del conjunto de zarzuela china española que actúa en el Mayo, hizo estrenar la pieza en dos cuadros "La segunda noche", que tiene algunos números musicales del maestro Luis Metón. La obra del señor Anastasio Melancho fué amablemente recibida por el público, el que reconoció en la producción bastante interés teatral y aplaudió los pasajes musicales, acertadamente por el director de la orquesta de la compañía.

En "La segunda noche" el asunto gira en torno de los recursos de

TEATROS

que echa mano cierto monarca para desplazar sus preocupaciones regias y poder entregarse, como cualquiera de sus vasallos, a los encantos del amor, que en este rey resultan más importantes que los asuntos palaciegos. Secundado por un paje, que es su favorito, el monarca va en pos de los halagos y expansiones de la vida sentimental y se suscita con ese motivo interesantes incidentes que mantienen fija la atención del auditorio, a través de los dos cuadros, no exentos de gracia e ingenio en algunas escenas, la mayoría de las cuales están dialogadas discretamente.

Quizás la pieza del señor Manteluche resulta un tanto lenta en su desarrollo, defecto fácil de subsanar podando determinadas escenas que para nada contribuyen al interés de la acción.

Se destacaron en la interpretación de "La segunda noche", la simpática tiple Manuelita Rosales, muy eficaz en su papel, y Pilar Santauria, acertada en la composición de su personaje. De los actores, cabe nombrar a Catalán.

CASAUX

Se hizo cargo de la dirección de la compañía del Nuevo el conocido autor Ivo Pelay, quien con "Judío" proporcionó a Casaux el mejor éxito de la temporada. Se esperaba dar a conocer en estos últimos días por esta compañía, "Los mellizos de la Flor", de García Velloso, que se ha venido ensayando cuidadosamente.

Ha sido aceptada la obra de J. J. Berrutti, "Mister Brown", a estrenarse después de la citada.

NOVEDAD EN EL SARMIENTO

El conjunto que dirige don Octavio Palazzolo ha debido poner en escena a estas horas "La llave de oro", clasificada de comedia frívola por sus autores, señores Pablo Suero y Mario Flores. Es una pieza que ha gustado en su lectura y de la que esperaba la dirección obtener buen éxito.

En otra edición haremos el comentario de estilo.

PROXIMO DEBUT EN EL LICEO

Se ha fijado para el 20 del actual el debut en el Liceo, de una compañía nacional de género chico encabezada por los populares actores Marcelo Ruggero y León Zárate y de la que será primera actriz la señora Ada Cornaro.

Es otro conjunto que se incorpora a la temporada del año y que, dirigido por el autor Alberto Ballester, tiene en cartera varias obras cedidas por prestigiosas firmas. Desde luego, en la noche de la presentación serán puestas en escena "Aquella cantina de la ribera", original de Federico Mertens y Arnaldo Mafatti, y "El castillo de los leones", de los señores Antonio Botta y Antonio De Bassi, dos novedades con las que se propone la empresa despertar la atención del público por la nueva temporada de sainetes y comedias que se hará en el Liceo.

El género chico nacional, en plena crisis, puede obtener un buen concurso con este conjunto, donde no faltan las figuras de relieve en el género.

UN TIO PARA MUIÑO

Acaba de estrenar la compañía del Buenos Aires, la pieza cómica "El tío Perfecto", de los señores Rafael M. Cabrera y G. L. Fernández, este último autor de la pochade "Margot", que tantas veces se representó en el Nacional en temporadas pretéritas.

Sin dejar de adelantar que la obrita gustó y fué particularmente celebrado el actor Muíño, aplazamos hasta nuestro próximo número la crónica respectiva.

PARECE QUE FUE AYER

Todo está igual, parece que fué ayer. En el Maipo es donde menos puede averiguarse la fecha en que se vive. Las revistas que allí se estrenan gozan de una estabilidad que para sí quisieran los empleados públicos. Contrariamente a lo que ocurre en casi todas las otras salas, donde el bordereaux registra días fastos y nefastos, allí todos los días son iguales: casi podría decirse que frente a los mismos cómicos de todas las noches, se sienta siempre el mismo público, es decir, la misma cantidad, que hace suponer que sean los mismos. Siempre hay aplausos en abundancia, siempre hay entusiasmo, siempre se pide bis, siempre sale la gente con alegre rostro. Todo está igual, parece que fué ayer. Siempre parece que fué ayer, cuando se estrenó cada una de las revistas en cartel.

TRANSMITE RATTICULTURA

Hemos escuchado la siguiente transmisión que damos al público en forma no garantizada, pero sí en lo que se refiere al fondo: "Transmite C. y P. P. Ratticultura. — Estación Smart. — Buenos Aires. — El éxito de "Muchachos locos" persiste, a pesar de las cincuenta representaciones dadas. "El patio de los fantasmas" asustará por el número de veces que durará su reposición. Se ensaya cuidadosamente para ser estrenada en breve, una nueva obra que firman Suero y Contursi y que se titula "Maldito Cabaret (o Cachito patotero)". Este estreno merece toda la confianza de esta estación, que cuenta con un selecto y numeroso público de carácter permanente, no obstante el predominio femenino que en él se observa. — Damos por terminada nuestra transmisión. — C. y P. P. Ratticultura. — Estación Smart. — Buenos Aires".

LA NOVEDAD DEL ATENEO

Constituye la novedad del Ateneo y uno de los sucesos de más importancia en este momento de la temporada teatral, el estreno de la pieza en tres actos de Pedro E. Pico, titulada "La novia de los forasteros". En el número próximo nos ocuparemos con el debido detenimiento de esta nueva producción interpretada por Camila Quiroga.

UN GALLEGO EN EL APOLO

No nos referimos ni al vestíbulo, ni a la platea, ni al escenario. El gallego a que aludimos debe figurar en el cartel del Apolo y se trata de "El gallego Mondoñedo", pieza

de Mariano de la Torre, que ha debido estrenarse en la semana y de la que, si hay caso, haremos el correspondiente comentario en el número que está al caer. Según se dice, Arata y Morganti tienen una destacada actuación en dicha obra, dentro de sus características personales.

OTRO ESTRENO

No consiguió entusiasmar al público del Marconi el drama "Natividad", de González Pacheco. Ha sido, pues, necesario variar el cartel, poniendo en escena otra obra. Esta vez le ha tocado el turno a Francisco Defilipis Novoa con la pieza titulada "El alma del hombre honrado", drama en cuatro actos que debió estrenarse en los últimos días. De ser así comentaremos en el número próximo.

EL RESERVISTA

La hilarante pochade que estrenó últimamente Parravicini, atrae numeroso público al Argentino. El admirable bufo realiza en ella una de sus más graciosas interpretaciones y es largamente celebrado por sus millares de admiradores. Pese a la crisis de nuestro teatro, siempre son legión los que, hartos del sainete orillero y su desfile de malevos, y de la revista con sus estupideces brillantes, ansían pasar unas horas de regocijo, abrir las ventanas del espíritu a la alegría de vivir. Y esto sólo se puede conseguir viéndolo al inimitable artista que es Parra, cuyo talento de comediante y natural ingenio no envejecen nunca, como todo lo que es de calidad óptima.

Parravicini es un actor único, aquí y en todo el mundo.

GRAN SPLENDID

La incorporación del popular cantor criollo Carlos Gardel, es un aliciente más para las funciones de esta bellísima sala, donde se dan cita las familias más calificadas de nuestra sociedad. "Cobra, la venenosa", por Rodolfo Valentino, último estreno notable que hemos visto, ha llamado la atención por su belleza escenográfica y el sabor humano de su argumento, un drama emocionante.

CAPITOL

Notables producciones cinematográficas serán pasadas en estos días en la acreditada sala de la calle Santa Fe, concurrida por familias seleccionadas. Los últimos estrenos han sido bien recibidos y se espera lo mismo de las próximas novedades.

CINE PARC

Con numeroso público viene efectuando sus funciones esta elegante sala de Palermo, en cuya administración, demuestra el señor Ramón J. Lecnona, actividad y acierto.

En esta semana, el cartel será cubierto con bellas películas de las mejores marcas.

Constantemente nos regalan los diarios espeluznantes noticias de horribles y repugnantes crímenes, en los que unos desalmados, no contentos con quitar la vida a un semejante, se han deleitado martirizando a su víctima, cometiendo crueldades que dan náuseas; empleando refinamientos de tortura, que nos parecen incapaces de salir de un cerebro humano.

Hay una gran diferencia entre los procedimientos empleados por la justicia hace solamente cien años y los empleados ahora.

En otros tiempos se prodigaba cierta ingenuidad en instrumentos de procedimiento y tortura, mientras que ahora sólo se recurre a la muerte y en algún raro sitio, a la hoguera y a la flagelación.

Desde mediados del siglo XIX, la aplicación del tormento con el objeto de hacer confesar a los supuestos criminales y a los testigos se abolió por completo, es decir, en la forma, por lo menos.

La pena del tormento, aun en épocas muy remotas, no se aplicaba completamente desprovista de un sentido de rectitud, aunque esta afirmación parezca contradictoria. Vemos que, aunque parece que no existía un átomo de conciencia ni de piedad en la aplicación de los tormentos para castigo o para sacar una confesión, se veía, sin embargo, en los jueces un profundo escrúpulo de conciencia, una idea legal decidida para que nadie fuese sentenciado ni ejecutado mientras no fuese probada su culpabilidad; y la única prueba convincente y definitiva de ella era la confesión de parte, la culpabilidad declarada por los labios del procesado. Prácticamente, la confesión se consideraba esencial, y no había más remedio que acudir al tormento para obtenerla.

La aplicación del tormento data de tiempos antiquísimos; probablemente es tan antigua como la humanidad misma, y la literatura sobre este asunto es abundantísima.

En ella vemos que, durante siglos, estas prácticas estaban reglamentadas por la ley, y que variaban según los países. Hace varios cientos de años, constituían las tesis principales de los estudiantes, y muchos eran aceptados como los mejores métodos de castigar a los presuntos delincuentes; y las viejas leyes decían claramente que a nadie se le quitase la vida sin el absoluto convencimiento de que era culpable.

Una confesión era la evidencia, y por consiguiente, se recurría lógicamente al potro, a la rueda o a cualquier otro tormento que hiciese hablar al supuesto criminal.

Es muy curioso seguir la historia del tormento. Entre las referencias más antiguas, encontramos las del Antiguo Testamento, en el que se describe la flagelación.

En un principio, no era una medida exageradamente cruel, pues se estipula que no se podían administrar a una persona más de cuarenta latigazos.

Los látigos usados por los judíos tenían tres colas: una larga, y dos más cortas. En un curioso y antiguo libro, escrito en latín, se da la descripción del látigo. Las dos colas menores estaban hechas con "cuero de ternera" o becerro, y la más larga, de piel de asno, animales que en las Sagradas Escrituras se presentan como ejemplo de reses inteligentes. Se dice, además, que

la largura doble de una de las tres colas tenía por objeto flagelar la parte delantera del cuerpo, mientras las otras dos sólo castigaban el dorso.

Cada azote se contaba por tres latigazos; por consiguiente, trece golpes sumaban treinta y nueve latigazos, y como estaba estrictamente ordenado que no se administrasen más de cuarenta latigazos, nunca se llegaban a dar, pues con trece azotes ya se sumaba el máximo.

En los buques mercantes y en los halleneros, la ley no se aplicaba con tanta piedad. A los infelices tripulantes que cometían una falta se les ataban las manos a las espaldas, se les colgaba, suspendidos de ellas, de una verga, y se les azotaba hasta que perdían el sentido, sin contar el número de azotes.

La hoguera fué otro sistema de tortura introducido posteriormente.

En este suplicio, las víctimas después de sufrir horribles dolores con las quemaduras, morían asfixiadas, o hasta que se les echaba plomo derretido en la boca.

En tiempos de los romanos, los tormentos se suprimieron para los ciudadanos, pero quedaron vigentes para los esclavos. En Roma había una legislación especial para los esclavos. Muchos de ellos eran personas muy educadas, que desempeñaban altos empleos en la sociedad romana; pero como pertenecían a la clase de esclavos, estaban sujetos a la pena de tormento, de la que el más modesto ciudadano romano estaba excluido.

De todos modos, en la mayoría de los casos, desde los tiempos más

Los antiguos tormentos

Se venden los clisés utilizados en esta Revista

Dirigirse a la Administración de
FRAY MOCHO

Bolívar, 879

Buenos Aires

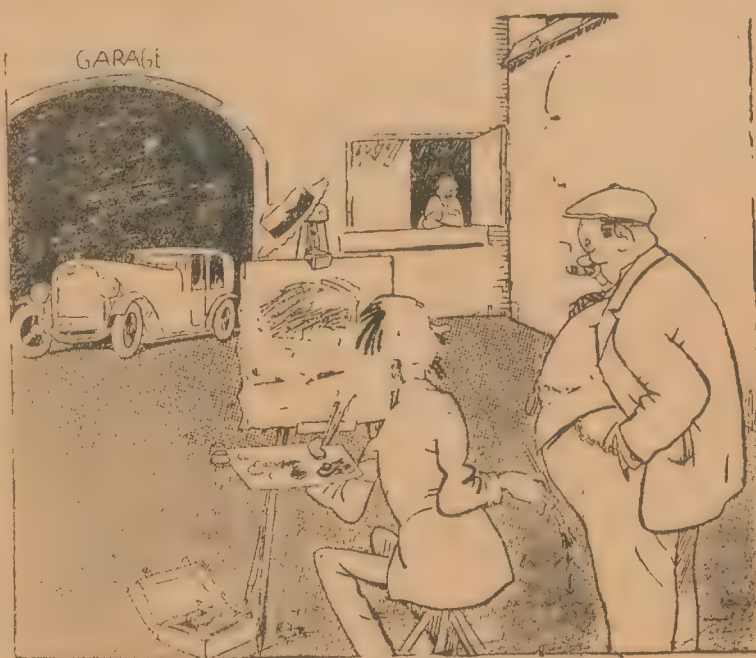
No era la flagelación el único tormento empleado por los judíos. Cuando había condena a muerte, se lapidaba al reo, género de suplicio que también estaba reglamentado.

La primera piedra la lanzaba un testigo, y tenía que herir al condenado más abajo de la cintura. Si no daba en el blanco, tiraba otro testigo, apuntando de la cintura arriba, y si éste tampoco daba en el blanco, toda la concurrencia empezaba a arrojar piedras y tomar parte en la diversión popular. Esto seguía hasta que la víctima caía desfallecida, y aun en el suelo, seguía la pedrea hasta que moría.

antiguos hasta casi en nuestros días, puede decirse que el tormento se ha aplicado, en la mayoría de los casos, para hacer confesar a reos y testigos, para "hacer cantar" como aun se dice, para encontrar una prueba definitiva de culpabilidad, más que como castigo.

Como hemos dicho, el ciudadano romano estaba libre, por la ley, del tormento; pero esta regla, en Roma como en todas partes, tuvo sus excepciones.

San Pablo, que era ciudadano romano, hizo valer su condición para librarse de él, y por una vez fué escuchado y complacido; pero Cice-



EL DUEÑO DE CASA.—¡Me gusta, me gusta! ¡Está muy propio ese autorretrato!

rón nos dice cómo Verreas aplicó a un individuo el tormento, a pesar de sus protestas y de proclamar su ciudadanía romana.

No queremos entrar a describir las diferentes clases de tornos, ruedas, potros, poleas, cuñas; el tormento del agua, el del fuego; miles inventados por la diabólica imaginación humana para satisfacer el placer de hacer sufrir; pero citaremos un caso que da idea de lo convenientes que eran los tormentos para arrancar delaciones y confesiones.

El tormento de las cuñas en los dedos de pies y manos se empleaba con gran frecuencia en Inglaterra, y se cuenta que en una ocasión uno de sus reyes quiso darse una idea del tormento. Se hizo colocar las cuñas, y a la primera presión del tornillo lanzó un grito, y mandó que le quitasen aquel diabólico aparato, afirmando que a la segunda vuelta del tornillo hubiera confesado cuanto se le hubiese exigido.

Mandamientos higiénicos

Amarás la luz sobre todas las cosas. La luz del sol es el símbolo de Dios. Todos los bienes proceden de ella.

Jurarás no probar licores ni asistir a espectáculos cerrados.

Higienizarás las fiestas. Las prácticas higiénicas son el mejor medio de aprovechar el tiempo cuando no se trabaja.

Honrarás el aire y el agua corriente. Son el padre y la madre de nuestra salud, que necesita para engendrarse y sostenerse de la ventilación y de la limpieza.

No beberás; quien bebe se mata o puede matar al prójimo.

No fumarás; quien fuma respira humo en vez de aire y causa molestias a los demás.

No escupirás; quien escupe roba la salud a sus semejantes.

No levantarás polvo bajo ningún pretexto, ni trasnochará; quien hace lo primero siembra el dolor; quien hace lo segundo no ama la luz del sol, que es el símbolo de la vida y de la verdad.

No desearás nada que venga del azar o del albur; quien juega no trabaja; engaña o es engañado; si alguna vez gana dinero, pierde la tranquilidad, que es la salud del alma, y la salud, que es la paz del cuerpo.

No gastarás el dinero más que en alimento sano, ropa limpia y cama dura, para conseguir lo cual no se necesita codiciar los bienes ajenos.

El misterio de las aguas

Son tantos y de tan diversa índole los fenómenos que en el mar se producen, que hacen por demás interesante y atractiva la ciencia que de ellos se ocupa, la cual permanecería en estado embrionario todavía, si no hubiese aparecido su más infatigable apóstol, el príncipe de Mónaco, cuyos estudios profundos descubrimientos valiosos le consiguieron un puesto honroso en el mundo de las ciencias.

En anteriores artículos nos hemos ocupado ya de algunos de dichos fenómenos, y continuando la labor emprendida, en el de hoy estudiaremos lo que son y cómo se forman las corrientes marinas.

La importancia de ellas es a todas luces vista, pues conociéndose su curso, origen y formación, se pueden marcar los más convenientes derroteros para trasladarse de un punto a otro con mayor facilidad y rapidez.

A los primeros navegantes españoles que se dirigieron al Nuevo Mundo no dejaba de extrañarles cierto canturreo especial que en las aguas notaban a veces, y que la distancia navegada en el transcurso de una singladura no era igualmente proporcional a la intensidad del viento en días climatológicamente iguales; unos días habían avanzado mucho más de la cuenta y otros, bastante menos. Pero en aquellos tiempos, en que ciertas ciencias eran todavía una incógnita que despejar, se atribuía todo a misteriosos influjos de hadas, ninfas y sirenas, y, sin intentar descubrir las verdaderas causas originarias del retardo o adelanto de sus travesías, hacían ofrendas, a veces espeluznantes, a los santos de su devoción, que cumplían tan pronto llegaban felizmente al puerto de su destino.

No se tardó muchos años en descender el velo que cubría el misterio de las aguas.

Los inteligentes marinos que observaron a conciencia el fenómeno y lo divulgaron cual merecía, a fin de que posteriores estudios enteraran a la Humanidad de la buena o mala influencia que ejercer pudiera sobre la climatología de la región, y de los beneficios y perjuicios que reportara a las distintas navegaciones, fueron dos viejos lobos de mar, que allá por los comienzos del siglo XVI se llenaron de gloria: Alaminos y Ponce de León.

* * *

El curso de las aguas en los principales mares del globo está distribuido en forma tal, que guardan cierta simetría a ambos lados del Ecuador; y en las costas puede verse siempre que donde hay una corriente de aguas frías y turbias que baja de latitud, va otra cálida y de aguas azuladas hacia el polo superior, y así sucesivamente, alternando.

Las corrientes van del Ecuador a los polos, y de éstos al Ecuador; las primeras arrastran las aguas superficiales y elevan su natural temperatura, dejándolas templadas, claras, limpias y de un azul muy

marcado; las segundas son frías, turbias y corren bajas, profundas hasta el fondo del mar.

En las costas también se encuentran corrientes frías; esto se explica con facilidad sabiendo lo anteriormente dicho, pues al recorrer el fondo de los mares, forzosamente han de seguir las desiguales pendientes y los planos inclinados que les conducen hasta las costas de los continentes.

Las corrientes ecuatoriales, o sean las cálidas, siempre se deslizan sobre otra fría que les sirve como de cauce, la cual tiene su radio de acción a varios centenares de metros bajo la superficie del mar.

El recorrido de las corrientes, así como su extensión, anchura, profundidad y velocidad, es muy variable, o por mejor decir, es completamente distinto en cada una. Sólo tienen el mismo origen; la teoría de formación abarca en general todo cuando se comprende con el nombre "corrientes marinas".

Estas, con las aéreas, se ha demostrado que están íntimamente ligadas; que las aguas, en el recorrido de grandes circuitos, giran

alrededor de otros tantos centros de altas presiones.

Y es natural que así sea. Las corrientes marítimas formadas por agua caliente hemos visto que eran las superficiales; por lo tanto, contribuirán mucho a elevar la temperatura de las altas latitudes, resultando que la atmósfera, a más de ser más caliente de lo que correspondía por el lugar será muy rica en vapor de agua, que las mismas corrientes le comunican.

Esta es la causa de que a la famosa "corriente del Golfo", más comúnmente conocida por el nombre inglés *Gulf stream* — que por su importancia merece un artículo aparte, — se le haya dado el nombre de "foco o engendro de temporales", ya que del *gulf stream aéreo* — nombrémosle así — nacen las espantosas tempestades giratorias que se conocen con el nombre de ciclones, o con más propiedad, huracanes.

Por regla general, las corrientes siguen la orientación de las costas y se ensanchan en el mar libre; caminan con lentitud y aceleran su marcha en los pasos más angostos.

Antiguamente, en épocas que se calculan no muy remotas, la temperatura del mar era única; las aguas oceánicas no conocían la temperatura media ni la elevada; del fondo a la superficie era fría la masa líquida.

Una de las principales causas originarias del fenómeno que estamos estudiando, es la diferencia de temperatura y la diferencia de composición de las aguas en un mismo paraje; en la distribución vertical de las mismas.

La constancia de los vientos que soplan con relativa intensidad en un mismo sentido, azotando siempre la superficie del mar, tienen gran influencia en la formación de las corrientes superficiales por efecto del rozamiento entre las distintas capas, y de la marcada presión que a las de encima ejerce, produciéndose un marcado movimiento de traslación. Prueba lo dicho, las dos corrientes ecuatoriales: la del Norte, originada por los alisios del NE. y por los del SE., la corriente del Sur del Ecuador.

FRANCISCO SERRA SERRA.

Notas cinematográficas

Max Glücksmann firmó contrato con tres grandes editoras. — El representante de Max Glücksmann en los Estados Unidos acaba de informar que ha adquirido toda la producción de tres importantes editoras de películas. Son ellas First National Circuit, Associated Producers Distributing y Chadwick.

Se asegura así la casa Max Glücksmann, con esta importante operación, parte de lo mejor que produce la poderosa industria cinematográfica norteamericana. En efecto, estas tres marcas incluyen en sus elencos artísticos los actores más famosos y los directores más reputados de los Estados Unidos.

Los detalles de esta importante adquisición, — nombres, títulos, etc. — serán dados a conocer oportunamente.

La receta de Anita

Los marrons glacés no se crían en árboles especiales, como me hicieron creer cuando yo era niño. Al contrario, la preparación de los marrons es una operación delicada y llena de peligros. Hoy, lectoras mías, voy a divulgar una excelente receta para la confección de los marrons glacés.

La receta no es mía; es de Anita.

Anita es una linda amiga mía, muy bonita, ingeniosa y de una encantadora ingenuidad.

De vez en cuando Anita me da un abrazo y me dice:

—Tengo capricho de comer marrons glacés; pero son muy caros. Así es que no me los traigas de la confitería; yo misma los haré.

Anita compra entonces tres kilos de castañas y otros tantos de azúcar.

Cuando está en posesión de sus castañas y de su azúcar, mi gentil amiga tiene un momento de indecisión. Nunca se acuerda bien de su famosa receta.

En seguida entra en la cocina, se pone un impresionante delantal blanco, moviliza todas las cacerolas y empieza la labor.

Si en aquel momento tuviese alguien la mala ocurrencia de interrumpirla, Anita lo recibiría con cara de pocos amigos. Le gusta trabajar con gran recogimiento.

El primer día cuece las castañas. El segundo liquida el azúcar y munda las castañas. Al día siguiente pone las castañas en íntimo contacto con el azúcar disuelto.

El cuarto, quinto, sexto y séptimo días los dedica a volver a cocer las castañas y el azúcar, junta o separadamente, según los casos y su inspiración personal. Porque hay que advertir que todas estas operaciones las ejecuta como un rito, en el que hay cierto misticismo.

Al mismo tiempo no cesa de repetir:

—¡Qué pesado es esto de los marrons glacés! ¿Te haces cargo?

El octavo día Anita logra indefectiblemente una especie de mezcla compacta, una melaza oscura, en la que se destacan algunos trozos de castaña.

Entonces, Anita muestra cierta nerviosidad que se exterioriza en la rotura de dos o tres platos.

Al día siguiente Anita trata en vano de separar las castañas del azúcar, o viceversa.

El décimo día tira la mezcla por la ventana. Hecho esto, baja a la confitería de la esquina y compra 50 francos de marrons glacés.

Por la noche me dice:

—¡Verdad que me han salido muy bien estos marrons!

Y es cierto que están deliciosos.

Esto es lo que hace Anita de vez en cuando.

Y ya saben, lectoras mías, la receta de Anita. Con que... ¡manos a la obra!

HENRI MEGUIN.

LA COLOCACION Y BAJADA DE LA ANTENA

El alambre de antena, fué, en los comienzos de la radio, objeto de gran discusión, pero luego, por medio de numerosas experiencias se llegó a la conclusión de que el alambre, que entonces se utilizaba y el que aún hoy se emplea, es decir, el torcido de siete hilos, daba buenos resultados y no había mayor ventaja en sustituirlo por otro. Es, por otra parte, el más económico y el que con más facilidad se encuentra en el comercio. Para estos fines también puede utilizarse un alambre de antena que tiene 40 hilos y otro esmaltado, que son muy eficientes.

Es posible que el aficionado deba instalar su antena en una casa de departamentos, en cuyo caso la instalación se complica si el propietario de la misma se niega a ello. Esto, sin embargo, no es un obstáculo insalvable; así, por ejemplo, se puede colocar una antena denominada interior, la cual, como su nombre lo indica, se instala en el interior de la casa, para lo cual basta con tender un alambre, siguiendo las indicaciones que se dieron en el artículo anterior, ya sea en el interior de la o las piezas de la casa, o bien en el patio o corredor de la misma; este alambre debe ser lo más largo posible, no bastando para el caso que tenga el largo de una sola pieza, debiéndose instalar un hilo que tenga por lo menos 15 metros, haciéndose pasar el hilo por la parte superior de las puertas por medio de tubitos de porcelana.

En caso de que este método no se quiera o no pueda usarse, queda el recurso de colocar la antena en el patio o pasillo y hacerla entrar por medio del vidrio de la banderola de la puerta; si aun este modo no es practicable, hay la solución de colocarla en el frente del edificio, ya sea a lo alto en forma vertical o bien a lo ancho, tomando todo el largo. En todo caso deberá mantenerse alejada de la pared unos 30 centímetros. En el caso de que haya aparato telefónico, podrá usarse éste como antena, haciendo conexión de la horquilla con el borne tierra del aparato. También puede colocarse un disco de metal debajo del teléfono, si éste es de candelero y unir éste al receptor.

Si este método falla, se utilizaría un dispositivo denominado antenella, el cual se aplica a la corriente del alumbrado enchufándolo en la misma forma que una lámpara común. En el caso máximo de desgracia, que no se pudiera colocar una antena, deberá recurrirse a la antena de cuadro.

No siempre habrá estas dificultades; así, por ejemplo, los que habitan en la campaña pueden hacer las instalaciones que crean más conveniente y para ello lo más recomendable es la colocación de una antena en forma de L invertida, sostenida por dos mástiles de diez metros de altura y a una distancia entre sí de más o menos 25 metros, que conjuntamente con los doce o quince de la bajada, se tendrá un total de 25 a 30 metros, de los cuales no conviene pasar. La diferencia de longitud de antenas necesarias para el campo y la ciudad, reside en los estáticos, que son las

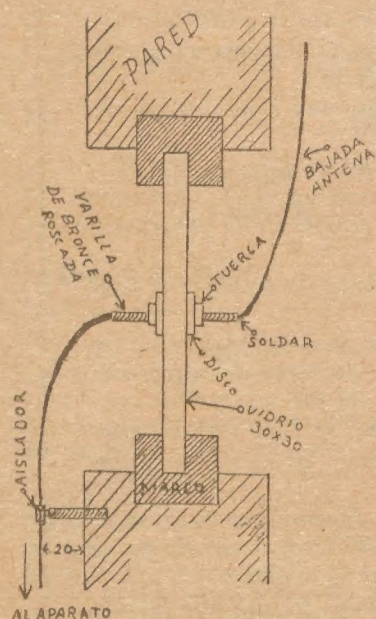


RADIOTELEFONIA



descargas atmosféricas que se hacen sentir con mayor intensidad en el campo que en la ciudad. Por ello, si se usa una antena chica se disminuirán las descargas y se oírán en días que con una antena grande sería imposible.

Los mástiles, pueden hacerse de caño o de madera, de dimensiones convenientes y de acuerdo con el presupuesto personal; los vientos o riendas que se le coloquen, deberán ir munidas de aisladores. Se ha hablado mucho de la orientación de la antena, pero, en general, sólo debe tenerse presente, al hacer la instalación, de que no esté colocada paralelamente a los conductores de luz y fuerza motriz, pues de no tomarse esta precaución, se oírán en el receptor numerosos ruidos y chillidos desagradables.



INSTALACION DEL RECEPTOR Y LA ENTRADA DE LA ANTENA

Una vez instalada la antena y colocado el hilo de la bajada de antena, que será el que servirá para

colocar la antena al receptor, vamos a ver cómo debemos conducirlos para llevarlos en las mejores condiciones. El hilo de bajada de antena era común anteriormente verlo colocado de alambre forrado y aislado, con objeto de que como se pensaba que debía de tocar las paredes, era conveniente que estuviera forrado para que no hubiese ningún contacto, pero un estudio detenido del punto y numerosas experiencias demostraron que era un error el obrar así, ya que las corrientes de radio de alta frecuencia, pasaban a través de un conductor en estas condiciones.

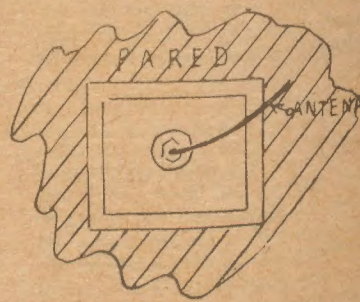
Además, la resistencia de éste a las corrientes de radio era mayor por muchas razones a la que posea un simple alambre desnudo; debido a esto ya las instalaciones de una buena antena no se hacen sino utilizando alambre desnudo por todas partes, pues aparte de la menor resistencia del hilo, con el consiguiente aumento de las señales, estando en descubierto, se toman mayores precauciones, pues se ve más fácilmente el sitio de las pérdidas, beneficiándose así la recepción de las señales. En resumen, se deberá utilizar el mismo tipo de alambre trenzado de siete hilos, que es el mismo que se usa para la parte superior de la antena.

A veces, con el objeto de evitarse la confección de una soldadura, que es muchas veces dificultosa por falta de radios adecuados, conviene no cortar el hilo de la antena sino haciendo en el sitio de la bajada una pequeña torcedura para que el hilo no se corra por el aislador, pero si no se desea o no se puede tomar esta precaución, se deberá soldar con estaño y resina. Una vez que el hilo ha llegado a la altura de la pared, se sujetará a ésta, por medio de aisladores colocados en la punta de maderas, las cuales se fijan en la pared en forma conveniente, debiéndose seguir así hasta llegar al receptor.

La entrada de la antena, al interior de la habitación donde se ha colocado el receptor, puede hacerse de muy distintas maneras, según sea la situación del poseedor del aparato. En rigor, la entrada que reúne las mejores condiciones técnicas, es la que se efectúa por el centro de un vidrio o cristal de 30 x 30 cm., el cual está colocado en la forma que se ve en la figura, en el centro de un agujero ad hoc y en sitio elegido, de manera que la antena deberá recorrer el menor espacio posible. Pero si ello no fuera posible, se consigue el mismo objeto haciendo penetrar la bajada de antena, por el medio del cristal de la banderola de la puerta; claro está, que esto a veces presenta dificultades para cerrar la persiana, pero con un poco de buena voluntad se pueden remediar estas cosas y entonces se habrá conseguido no solo una buena entrada de antena, sino que ella habrá salido muy económica.

En la mayoría de los casos, puede hacerse dicha entrada haciendo un agujero en la pared y colocando un cañito de porcelana que se vende especialmente para ello; este cañito debe ser del mayor diámetro posible y tratar de que el alambre no toque los bordes, aun cuando ello no es imprescindible. También puede hacerse uso del mismo cañito efectuando un agujero en el marco de una puerta, o una ventana adecuada, cosa más fácil que el pasaje a través de las paredes. Hay veces que se conecta el para-rayos, que conviene colocarle a toda instalación, el cual se adquiere en las casas del ramo, pidiendo de los para conectar en el exterior. Es muy conveniente que se le coloque una llave que permita desconectar dicho implemento, cuando no se desea proseguir la audición, pues si éste no es de muy buena calidad, puede hacer disminuir la intensidad de las señales.

Queda, entonces, bien entendido que la antena, desde la entrada de la misma hasta el sitio destinado para la colocación del receptor, debe tener el menor contacto posible con la pared, debiéndose tratar que vaya directamente desde el sitio de la entrada de antena, sin que sea necesaria la colocación de aisladores de soporte; todo lo que pueda hacerse en este sentido, redundará en beneficio de la intensidad de las señales. Es bueno, también, tener



presente que si por casualidad la antena debe sujetarse a algún otro sitio, de manera de formar un ángulo para penetrar a la entrada de antena, esto debe efectuarse por medio de un alambre el cual esté debidamente aislado, por la colocación de dos aisladores en serie, por lo menos.

Quando en el año 1897 Marconi inició sus primeras experiencias, apenas pudo comunicarse por medio del alfabeto Morse, es decir por telegrafía, a una milla de distancia. Ya en 1904 se estableció la primera comunicación entre Inglaterra y Norte América y en el año 1906 se descubrió la lámpara audición, que permitió poner en manos de los particulares la radio. Ese fué el comienzo de la radiotelefonía, en forma intensiva, pues antes sólo había ensayos más o menos felices, naturalmente que la gente no podía creer lo que oía, hasta que poco después se transmitieron mensajes hablados a través del Atlántico, lo cual marcó un record. Hoy la radiotelefonía es eminentemente popular y comienza la era de la radiofotografía, la cual ya está en uso comercial y dentro de poco veremos la transmisión de las imágenes en movimiento, dado los resultados que se han obtenido en los primeros ensayos.

Quando ello se obtenga de una manera definitiva, será fácil a los oyentes del interior, escuchar las óperas del Colón al mismo tiempo que ver la escena que se representa. Esto parece cuento de hadas, pero es lo que seguramente pensaron nuestros padres al oír decir que se oíría la voz desde miles de kilómetros.

Últimas creaciones de la moda femenina



1. Modelo Paquin.—Dos telas componen este traje de crespón de China rojo cereza liso y crespón blanco estampado rojo y negro. Los botones bordados oro y cinturón de cuero rojo.—2. Modelo Paquin. Traje de crespón Majunga azul rey, con volantes plisados, montados sobre tafetán del mismo tono. El vestido está hecho de crespón blanco con medallones bordados en el tono azul y circundados de "broderie" inglesa.—3. Modelo Lenief. Lindo traje "floue", con volantes, de muselina de seda estampado verde y rosa. El cuerpo, anudado a un costado, se abre sobre una "guimpe" de muselina rosa.—4. Modelo Martial et Armand. - Este traje de crespón Georgette azul "hierba doncella", estampado con florecillas, está guarnecido con tiras azul liso montadas con calados; el fondo, liso también, está plisado muy finamente.





Galletitas
Digestiva
Bágley

Exquisitas galletitas elaboradas con trigo entero, poco endulzadas, sumamente nutritivas por la cantidad de vitaminas que contienen.



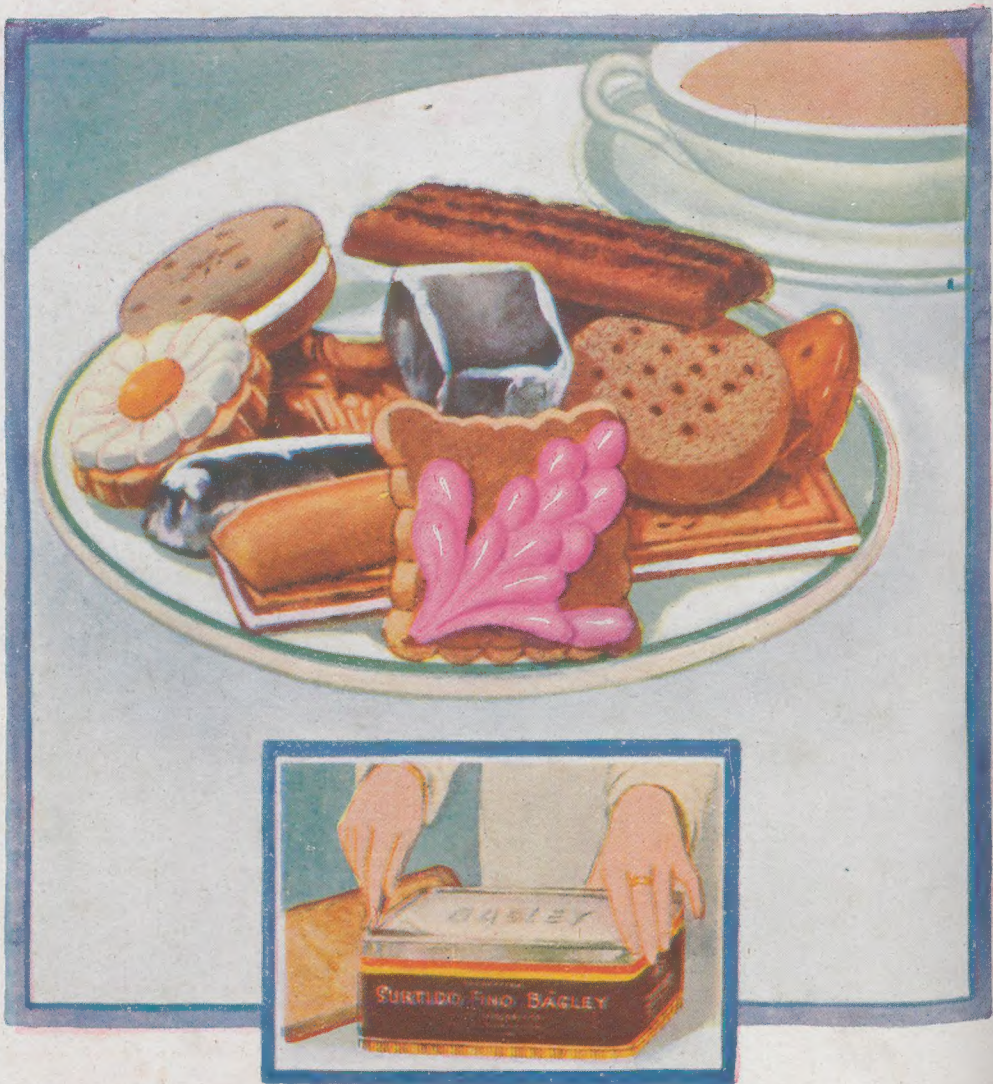
GALLETITAS
CON CREMA
"AMOR"
BÁGLEY

Deliciosos bocados rellenos con crema, de exquisito y variado gusto. Especiales para postre y para el té con leche. Satisfacen gratamente el gusto más delicado.



Bizcuelos
BÁGLEY

El riquísimo bizcochuelo que contiene mayor porcentaje de huevo. Sanos, nutritivos y livianos; son deliciosos tomados con leche.



Una deliciosa selección de exquisitos bocados

Las visitas expresan invariablemente su satisfacción cuando la dueña de casa les sirve con el té, el chocolate, el café o la copita de licor, los apetitosos bocados que constituyen el Surtido Fino Bágley.

Es una selección riquísima y delicada de 21 de las clases de Galletitas Bágley de más esmerada elaboración e incomparable finura.

IMPORTANTE. — Desde hace tiempo, la casa Bágley presenta sus galletitas en envases herméticamente cerrados con doble tapa, la primera de ellas bien remachada. Este cierre es el mejor que se conoce para conservar las galletitas en perfecto estado en climas como el de la Argentina. Prefiera galletitas Bágley a las que se venden sueltas, expuestas al manoseo y a la humedad del clima. Además de obtener un producto fresco y delicioso, adquirirá usted galletitas tan excelentes como las importadas.

EN VENTA EN TODOS LOS ALMACENES DEL PAIS

GALLETITAS **SURTIDO FINO** BÁGLEY

TALL. GRAF. A. GARCIA & C. - PATAGONES 2490
INDUSTRIA ARGENTINA